RODEO INCEL

Arnau [redacted] Hidalgo
0034 [redacted]
[redacted]@[redacted]

Un incel (/*in'θel*/, *forma abreviada del inglés "involuntary celibate"; en español "célibe involuntario"*) es un miembro de una subcultura online de personas que se definen como incapaces de conseguir una pareja romántica o sexual a pesar de desear tener una. Las discusiones en los foros 'incel' se caracterizan a menudo por el resentimiento y el odio, la misoginia, la misantropía, la autocompasión, el odio hacia uno mismo, el racismo y una sensación de derecho al sexo, así como el apoyo a actos de violencia contra las mujeres y las personas sexualmente activas.

DEMASIADOS JAVIS.

Me llamo Denís y odio mi nombre. Odio mi nombre y seguramente odiaría el tuyo si lo supiera, pero dudo que jamás vayamos a conocernos en persona. Odiaría tu nombre porque muy probablemente sea un nombre común, un típico nombre de chico joven sin complejos como Edu o Javi. Hay demasiados Javis en el mundo. Demasiados Javis empecinados en hacer oír su opinión de Javi, que casi seguro es la misma opinión que tiene un Edu y ni me interesa ni quiero saberla.

¿Conoces a algún Denís? Yo tampoco porque es un nombre de mierda. Denís suena a niño rubio con peinado militar que lleva la camisa por dentro del pantalón y unas zapatillas deportivas atadas muy fuerte; tan fuerte que le cortan la circulación de los pies porque tiene los tobillos muy finos y no quiere perderlas porque se las regaló su madre. También tiene acné y da la mano floja. Da el apretón de manos más flojo y sudoroso que puedas imaginarte. A eso suena el nombre de Denís.

Pero resulta que yo soy un chaval corpulento. Fuerte, grande, alto. Esto quiere decir que existe una disonancia cognitiva entre mi nombre y mi aspecto que suele desembocar en preguntas impertinentes del estilo: *"¿Enserio te llamas Denís?* o *"¿Por qué Denís?*, ante las cuales yo siempre respondo que mi padre maltrataba a mi madre y que no había otra opción. Era o ponerle Denís al niño, o el cinturón de cuero. La gente siempre empatiza con una buena historia de violencia doméstica y llegados a ese punto el asunto de mi nombre queda zanjado.

Soy grande, alto, fuerte, corpulento y tengo el nombre de un niño rata. En otro momento histórico mi aspecto físico me hubiese garantizado cientos de concubinas y quizá una o dos esposas, un rango de general y el respeto entre los hombres. Sería un *primus inter pares* en la época adecuada. Hoy por hoy lo más lejos que me ha llevado mi tamaño es a trabajar en una empresa de mudanzas cargando muebles. A eso y a años y años de escarnio público en el colegio y el instituto por parte de imbéciles semi-retrasados con problemas hormonales y altas cotas de popularidad. Mi psicóloga dice que estoy enfadado. Muchas gracias por la observación, doctora Sherlock, aquí tiene sus setenta pavos la hora, gracias, en serio.

Estoy sentado en el banco del paseo observando a la gente pasar. Me gusta sentarme siempre en el mismo banco del mismo paseo a la misma hora. Esto responde a la incesante actividad de mi cerebro reptiliano que interpreta que, si el primer día que decidí sentarme

en ese banco y no en otro, en ese paseo y no en otro, a esa hora y no a otra hora, no me pasó nada malo... Debería repetir el patrón para no arriesgarme a morir descuartizado en cualquier otro lugar del mundo, como en el banco de al lado, por ejemplo. Soy un animal de costumbres. Me siento en el banco y me como un helado mientras observo a la gente pasar.

Comer cosas frías es esencial para el desarrollo de un hombre. Por eso como helado en invierno o en verano. Llueva o nieve. Es muy importante comer cosas frías. De pequeño mi madre me preparaba cada mañana un batido especial de zumo de zanahoria, vino tinto y clara de huevo con toda la frialdad de su corazón. Tras obligarme a ingerirlo en un máximo de tres tragos por lo de no perder las vitaminas, me despedía de ella al salir y sin una palabra de ánimo o cariño me cerraba la puerta en la cara. Ese es el tipo de alimento frío que hace al hombre ser un hombre. Saberte solo, aislado y probablemente aborrecido por tu madre es lo que marca la diferencia entre un auténtico guerrero y un pajillero infantilizado que colecciona figuras Pokémon con treinta y cuatro años. Yo tuve que robar los cromos, a ti te los compraba tu mamá. No hay color.

Mi psicóloga dice que tengo problemas de autoestima relacionados con carencias afectivas en la infancia. Gracias por su observación, doctora Einstein. Aquí tiene los setenta euros que me cuesta su profesionalidad. Son unas diez horas de mi trabajo de mierda.

Me siento en el banco del paseo a comer helado y mirar a la gente pasar y repaso mentalmente mis éxitos del día: Me he comprado un helado y me lo estoy comiendo sentado en el banco del paseo, viendo a la gente pasar. *Check.*

CLASE TRABAJADORA.

Tengo trabajo, no puedo quejarme. Aunque precisamente porque lo tengo, debería poder quejarme de él. Quizá la única forma de poder quejarse sea teniendo un trabajo, pero... ¿Quién coño quiere tener un trabajo? Me refiero al tipo de trabajo precario que tanto abunda en este país. Nadie quiere tenerlo, aunque no tenerlo no es una opción. *"De algo hay que vivir"* dice la gente, aunque suele ser la misma gente a la que no parece importarle en absoluto que el mismo "algo" del que viven les esté acercando al suicidio día tras día. En cualquier caso, no me quejo.

Limpio las estanterías de una librería los lunes, miércoles y viernes por la tarde. Me lleva unas dos horas aproximadamente retirar los libros, pasar el trapo, quitar el polvo y fumarme tres cigarros en la

puerta. Me los fumo seguidos, uno detrás de otro, así sólo uso uno de los tres descansos de diez minutos de los que dispongo. Los otros dos los intercambio por plegar veinte minutos antes. Gestión impecable del tiempo.

De vez en cuando entra algún cliente en la librería. Es el tipo de cliente que puedes esperar iría a una librería a las cuatro de la tarde en pleno mes de Julio, que supongo es el mismo tipo de cliente que iría a una librería a las cuatro de la tarde en pleno mes de Enero. Ese tipo de cliente. Por norma, todos los clientes que entran visten igual, con ropa de esa que intenta decir *"no me importa la estética tanto como tú crees que me importa"*, pero yo sé que sí les importa la estética, si no, no llevarían esas zapatillas tan llamativas, ni camisetas con frases irónicas o citas célebres de cine de culto, ni la barba tan premeditadamente descuidada. También he visto entrar a mujeres en la librería en alguna ocasión. Muy de vez en cuando. Ellas no tratan de decir nada con su estética. En general no dicen nada nunca. O al menos no me lo dicen a mí, y yo lo agradezco profundamente, porque las últimas interacciones que he tenido con mujeres han sido un desastre de grandes proporciones. El once de Setiembre de mi autoestima.

Aún me acuerdo de la chica de las sandalias con velcro. Entró a hojear un libro en concreto, una biografía aburrida de un autor escandinavo con nombre de mueble barato. Todos los escandinavos son iguales, no puedo distinguirlos nunca. Son copias los unos de los otros, tanto en el aspecto físico como en la prosa. ¡Qué plastas! Tienen la misma personalidad que los muebles insulsos y prefabricados que exportan al resto del mundo, aunque esta tía parecía estar disfrutando de la aburrida biografía del Sören o Markus o Gustavssen de turno. Total, que me parapeté entre dos estantes y me puse a mirarla fijamente. Tengo entendido que las mujeres responden a eso, a las miradas. Tú la miras, ella te mira, los dos os miráis y si todo va bien, se alinean los astros y tu cuerpo desprende las feromonas adecuadas, acabas follando.

Tengo que reconocer que respiro bastante fuerte y con dificultad. Debe ser por mi tamaño y envergadura imponentes. Debido a mi corpulencia, sueno a híbrido de perro *pug* con el motor oxidado de una *lambretta ciento cincuenta rallymaster* del año sesenta y dos. Es bastante *heavy*. Resulta que mi fuerte y masculina respiración entrecortada llamó la atención de la chica que al verme se asustó, dio un paso en falso y golpeó la estantería en la que estaba semi apoyada, lo que hizo que un tomo gordísimo se tambalease y se precipitase al vacío, así que me abalancé sobre ella heroicamente y a

toda velocidad y la plaqué contra el suelo, rodeándola con mis brazos y protegiéndola de la caída. Perfecto. El libro me cayó en la cadera desde una altura considerable y me hizo bastante daño, pero la dama estaba a salvo. Podría haber sido mucho peor.

La cuestión es que la muy desagradecida se puso a chillar y empezó a montar un pollo muy bestia mientras se apartaba de mí y me señalaba con el dedo índice más acusador de la historia. ¡Nunca intentes taparle la boca a una mujer mientras te insulta y trata de llamar a la policía! Tampoco le quites el teléfono de las manos. Deja que se vaya o márchate del lugar tú mismo lo antes posible. Ahórrate las explicaciones sobre la amenaza que se cernía sobre su cabeza, tu acto heroico y la dificultad que tienes al interactuar con mujeres y todos esos rollos para los agentes de policía que te interrogarán más tarde en el rellano de tu casa.

A pesar de todo, mi jefa es distinta. Es una mujer amable, cariñosa. Ella siempre escucha mis explicaciones y confía en mis buenas intenciones y mi predisposición (dado mi tamaño) a abalanzarme sobre una mujer para protegerla de un peligro inminente. Mi psicóloga dice que proyecto las bondades de una relación materno-filial sana en mi jefa para contrarrestar las carencias afectivas y los traumas generados por el narcisismo y el neuroticismo tóxico de mi madre durante toda mi vida. Gracias por la observación, doctora Freud. Aquí tiene sus inmerecidos setenta euros la hora que tanto necesita usted. Zorra.

No me disgusta mi trabajo, pero soy consciente de que me pega más un trabajo distinto. Quizá un trabajo más noble o fuerte. Un trabajo más físico que no se base en limpiar estanterías y clasificar libros. Por eso levanto pesas a diario, de buena mañana, antes de ir a mi curro matutino, el que de verdad me da dinero. Hago mudanzas. Transporto muebles, los subo y los bajo, los cargo, los amarro y los descargo. Conduzco la furgoneta de mudanzas Lozano y muevo y desplazo peso de día. Por la tarde limpio el polvo de estanterías llenas de libros. El trabajo nunca dignifica, pero ocupa un buen pedazo de tiempo que podría estar empleando en hacer cosas peores, como drogarme o ser portero de discoteca.

FANTASY TACO.

Entro descalzo a un *Taco Bell* dándole una patada a la puerta. Llevo una camisa de lino blanco sin abrochar; voy a pecho descubierto. Mis bermudas son unos tejanos mal cortados con una pernera ligeramente más larga que la otra. De mi cuello cuelgan tres cadenas de oro, una de ellas con un Cristo en la cruz.

Taco Bell es, sin lugar a dudas, la peor franquicia de comida rápida que existe en el mundo. Huele mal, sabe peor y sus empleados parecen recién rescatados del sótano de *Josef Fritzl*, también conocido como "El Monstruo de Amstetten". Es un lugar turbio que me repugna, pero el destino del hombre a veces requiere de sacrificios insalvables que deben ser afrontados sin titubeo.

Ando directo hacia el mostrador obviando los paneles electrónicos en los que se puede hacer el pedido. Quiero un trato personal e individualizado. Quiero entablar conversación con un humano, con una persona. La gente que espera en la cola me mira escandalizada. Me estoy colando claramente, pero nadie se atreve a alzar la voz por miedo a las represalias. Soy demasiado grande, demasiado fuerte, visto de forma demasiado atrevida y voy descalzo. Descalzo en un *Taco Bell*. Debo estar loco.

Saco del bolsillo trasero del tejano un panfleto de ofertas, descuentos y dos por uno y lo estampo fuertemente contra el mostrador. *¡PLAS!* Se hace el silencio. Un chico joven se acerca, tembloroso. Tiene el rostro lleno de acné. Su frente supura aceite de girasol alto oleico y anda envuelto en un aura de fritanga maloliente que le acompañará hasta que cumpla treinta y cinco años. No debe tener más de veinte. Pobre criatura.

El chico extiende su brazo lentamente para coger el *flyer* que aún permanece aplastado sobre el mostrador bajo mi diestra, pero justo antes de alcanzarlo *¡PLAS!* Le suelto un guantazo fugaz en la mano y el chaval la retira al instante, recogiéndola sobre su pecho como un perrito asustado. Silencio. La tensión se palpa en el ambiente. La tensión y la fritanga.

Señalo a una empleada que está detrás del chico, semi-escondida en la cocina. Hago un gesto con el dedo índice de mi mano izquierda indicándole que se acerque. Se escuchan murmullos entre los presentes. Es una chica joven, de unos veintitrés años. Tiene el pelo recogido en una rejilla elástica de poliéster coronada por un gorro de cuartel corporativo al estilo legionario. Puedo entrever su figura esbelta escondida tras el indigno uniforme de *Taco Bell* que delata una genética perfecta. ¿Quién querría ocultar semejante belleza? Crimen total.

Anda los pocos metros que la separan del mostrador con una mezcla de seguridad y miedo que la hace aún más atractiva. Es ella. Ella es la mujer que he estado esperando tanto tiempo. Sus ojos color verde

claro no están destinados a mirar la plancha mugrienta de una franquicia de comida rápida ni el rostro lleno de acné de los parias que en ella trabajan. Sus delicadas manos no deberían pulsar botones y sacar patatas congeladas de la freidora hirviente. Esta mujer está destinada a algo mucho más grande, y yo estoy aquí para rescatarla de su grasienta prisión.

"Hola bienv... Bienven... ¡Bienvenido a Taco Bell...!"

El tartamudeo inicial indica inequívocamente que le gusto. Está loca por mí. Su voz es más harmoniosa de lo que imaginaba. Ya no quiero mi dos por uno. Debo desposarla de inmediato.

En un gesto ágil la agarro de la cintura y la alzo sin esfuerzo por encima del mostrador. Los empleados y los comensales ahogan un grito. La sujeto en brazos contra mi pecho desnudo y retiro el gorro y la rejilla que cubren su pelo. Una melena color castaño claro cae sobre sus hombros mientras su rostro se enrojece y escalfa. Es perfecta. Somos perfectos. Acerco mis labios a los suyos para fundirnos en un apasionado beso. Será un beso con lengua y muchas babas.

"Son cincuenta céntimos más..."

Parpadeo atónito. ¿Qué acaba de decir?

"Son cincuenta céntimos más si quieres otro ketchup. Cobramos el ketchup."

Debe estar confusa, quizá mi furor masculino le ha hecho perder la cabeza por un instante. Aún así es preciosa...

"¿Lo quieres o no? No tengo todo el día..."

Leo la placa en su uniforme: "TANIA". Ya no la sostengo en brazos. Llevo unas sandalias horribles, un pantalón corto de chándal y mi camiseta básica blanca está manchada de café. Tania está frente a mí, tras el mostrador. Sujeta un paquetito de ketchup en la mano que sacude en el aire mientras alza ambas cejas y esboza una mueca queriendo decir algo así como "venga, espabila". Parece molesta.

"Ehh... No... No, bueno...No. No hace falta."

"Son diecinueve setenta y cinco. ¿Tarjeta o efectivo?"

Palpo mis bolsillos rápidamente en busca de dinero. Escucho el repicar de monedas y noto algún billete, pero temo hacerla esperar más. No quiero cabrearla.

"Tarjeta, tarjeta..."

Recojo mi bandeja en silencio, absolutamente derrotado y ando cabizbajo hacia la mesa en la que comeré solo y desde la que miraré a Tania despachar a clientes de forma áspera y sin entusiasmo alguno. Es preciosa, joder.

Odio *Taco Bell*.

ERES UN GUSANO Y NADIE TE VA A QUERER JAMÁS.

Nunca busques novia. Una novia no se busca, porque si la buscas y vas y la encuentras, lo más probable es que deje de interesarte a la semana siguiente, cuando sientas que ya es hora de buscar una novia mejor, el *upgrade*, la actualización de la que tienes, que ya ha quedado obsoleta. Obsolescencia programada femenina, se le llama a esto. Es un círculo vicioso del que no se puede salir. Queremos a la que no tenemos hasta que la tenemos, entonces dejamos de quererla. Nunca busques novia, lo mejor es dejar que te encuentre ella a ti. Miento. Lo mejor es no tener relación alguna con una mujer por la que te sientas atraído sexualmente. Lo mejor es tener alguna amiga fea o lesbiana, o ambas a la vez, con la cual puedas obtener experiencia femenina real sin tener que hundirte en el fango de sentir algo por ella. Sentir algo por una mujer es un lodazal en el que no quieres verte inmerso jamás.

No busques novia. Deja de prestar atención a mujeres en internet. Deja de babear digitalmente, de mendigar por redes sociales. No hay nada más patético que arrastrarte por el suelo como un gusano para ser visto y recompensado por una mujer a la que le importas lo mismo que una pelusa en el pantalón. O menos, francamente, le importas menos, porque la puta pelusa igual le molesta y pierde dos segundos en quitársela de encima sacudiéndola con la mano. Tú jamás vas a sentir el roce de su mano en tu cuerpo. Eres un iluso total si crees que tus esfuerzos serán recompensados alguna vez. Aléjate de las mujeres en internet.

Si en algún punto de tu insulsa vida encuentras el amor, cosa que dudo, aférrate a él. No lo dejes escapar como han hecho tantos imbéciles románticos antes que tú. Hay mucho imbécil romántico enamorado de enamorarse. Enamorado de estar enamorándose todo

el tiempo. Nunca nada bueno salió de enamorarse todo el tiempo. Igual algún combate a pistola y espada en otra época más noble e interesante que la nuestra, pero poco más. No pierdas el amor si lo has encontrado, imbécil.

Perder el amor de tu vida es facilísimo. Es de las cosas más fáciles que hay. Lo das todo por sentado cuando has encontrado al amor de tu vida. Te relajas. La mente del hombre, acostumbrada a ir siempre un paso más allá, empieza a recrear nuevos escenarios y nuevas realidades y tórridas y fantásticas conquistas de cuerpos más sinuosos y piernas más largas y, en resumen, nuevas formas de cagarla para que al amor de tu vida se le hinchen los ovarios y te envíe a la mierda de una vez por todas.

Acepta lo que tienes y dalo por bueno si tienes algo de amor en tu vida. Acéptalo y acepta también que cualquier paso que des en cualquier dirección que no sea hacia adelante con esa persona, es un paso en falso. Si existe la mínima posibilidad de que funcione, debes sacrificarte y hacer que funcione. Hazlo por ti. Hazlo por mí. Hazlo por todos aquellos que no tienen a nadie en su vida. ¿Te sientes miserable a su lado? No lo estás haciendo lo suficientemente bien. ¿Te trata mal? Intenta escucharla más, ser más paciente. ¿Se ha enrollado con otro? Igual la empujaste hasta ese límite con tu incompetencia como novio. Mejora, hombre.

No busques novia. No te relaciones con mujeres a las que encuentres sexualmente atractivas. La única relación importante es la que existe entre Dios omnipotente y tú en tu eterna e inconmensurable debilidad. Trabaja esa relación a diario y Él proveerá a la mujer ideal con la que puedas convivir y formar una familia. No tiene ni que caerte bien. Confía y proveerá hasta si eres gay. Si eres gay, tendrás que conformarte con una mujer también. Lo siento. Dios no juega a los dados.

Mi psicóloga insiste en que le hable de Cristi, la única chica con la que he tenido una "conexión sentimental" en toda mi vida. La única chica con la que me he besado. La única chica que ha reconocido sentir algo por mí. Lo siento, pero no pago setenta euros la hora para pasármela hablando de una mujer a la que no soporto. *Next*.

BAREFOOT BLUES.

Salgo a dar un paseo descalzo desde mi casa hasta el antiguo quiosco de la playa. Me gusta sentir el asfalto en los pies. Es una sensación extraña, dolorosa a ratos, pero placentera en general. Mi meta es conseguir tener los pies de un *hobbit* a tamaño real. A tamaño

humano. Me gustaría tener los pies duros y bien andados de un *hobbit* pero sin pelos. No hay nada más horrible que unos pies cubiertos de pelo. Quizá un par de tetas cubiertas de pelo, pero hasta eso tiene su público en el foro de internet adecuado, seguro. Mujeres de pelo en pecho. Fijo que "Lobeznas" existe como categoría porno.

Llevo un par de zapatillas deportivas guardadas en la mochila, porque hasta yo sé dónde poner el límite cuando se trata de andar descalzo. Al primer sangrado, obviamente. No llevo nada más en la mochila, solo el par de zapatillas, y las llevo en la mochila por no llevarlas en la mano a la vista de todo el mundo. ¿Qué pensaría la gente si me viera llevando unas zapatillas en perfecto estado en la mano mientras ando descalzo? No quiero llamar ese tipo de atención. No lo hago para hacerme el chulo, lo hago por placer. Por placer y por conseguir tener los pies de un *hobbit* a medio, largo plazo. El hecho de llevar las zapatillas escondidas me garantiza el beneficio de la duda por parte del resto de viandantes. *"Igual las ha perdido... Igual se las han robado, pobrecillo"*. Si las llevase en la mano a la vista de todo el mundo simplemente pensarían que soy subnormal. No es que me importe demasiado pero no quiero llamar ese tipo de atención. Hoy en día no se lleva ese tipo de atención.

Lo esperpéntico, lo grotesco o estrafalario asusta y fascina a partes iguales. Hoy queremos deslumbrar a los demás, pero queremos hacerlo de forma cómoda, de forma que no duela. *"Voy a hacer lo mismo que hace todo el mundo desde mi punto de vista único que comparten todos los demás. Voy a rebelarme contra el sistema de manera que moleste lo menos posible al sistema. Quiero destacar por repetición y réplica. ¡Admiradme por mi forma de imitar lo estandarizado! Valorad mi increíble capacidad de encajar en el molde. ¡Nadie encaja en el molde tan bien como yo!"*

Acabo de dejar una huella rojiza en el suelo. Me sangra el pie izquierdo justo al llegar al antiguo quiosco de la playa. Gestión impecable del espacio y el tiempo.

MUJERES Y DIVISAS.

La chica rubia que viaja conmigo en el tren y que lee a Schopenhauer parece no haber leído si quiera la saga de crepúsculo, pero si es la mitad (o una cuarta parte) de inteligente que de guapa, debe ser sin duda un puto genio.

Sujeta un billete extranjero en la mano. Me refiero a una divisa extranjera, claro, no a un billete de tren. Dinero. No reconozco el

país y eso me jode y me molesta más de lo que me gustaría. Quiero saber de dónde proviene ese billete. Vuelvo a fijarme en ella y la analizo minuciosamente. Por la nariz podría ser rusa. Apuesto por Rusia. El libro ha sido comprado recientemente. Creo que se trata de "Los dolores del mundo", pero no puedo ver la edición ni la ilustración de la portada, sólo alcanzo a leer *A. Schopenhauer*. El billete puede que sólo sea su punto de libro, nada más. Igual hasta es portuguesa... La península ibérica ha sido lugar de mezcla de tantas culturas y razas que en la actualidad sus habitantes presentan las características genéticas más variadas y antiguas de todo el continente europeo: Celtas, godos, germanos, griegos, romanos, íberos, eslavos, también turcos y africanos... Pero es demasiado blanca, demasiado rubia... Está buenísima y lo sabe.

Me molesta muchísimo no reconocer el puto billete que sujeta en la mano la tía esta. Es guapísima... La observo desde mi asiento en completo silencio. Trato de respirar todo lo bajito que puedo, hasta el punto en el que aguanto la respiración a ratos para no llamar su atención. Creo que me estoy ahogando. ¿Qué cojones pretendo? Tomo aire de forma escandalosa y reemprendo mi respiración normal. Que patético, joder.

La chica no parece estar muy concentrada. No parece muy metida en el libro. Una lástima, la verdad, porque pare leer a Schopenhauer no basta con estar un poco concentrado. El hijo de puta se marcaba unas frases kilométricas sin signos de puntuación tan impresionantes como difíciles de seguir. Cuando llegas al final de la frase te has olvidado ya de lo que estaba tratando de decir al comienzo de la misma. ¿Cuál era la premisa? Seguramente él era la premisa. Él y su ego gigante de genio flipado.

No está centrada en el libro. Para nada, vamos. Debe haber releído el mismo párrafo unas cincuenta veces ya. Sus ojos no avanzan hacia ninguna dirección dentro del papel. Dentro del vagón sí, porque el tren en conjunto avanza imparable hacia el extrarradio metropolitano, pero en el espacio comprendido entre los cuatro márgenes del folio, sus ojos llevan un buen rato estancados. Tan lista no es.

Advierto que tiene una luna tatuada en el tobillo izquierdo. No es musulmana... ¿Por qué habrá escogido ese libro? Schopenhauer es conocido como "el filósofo misógino". Me descuadra por completo. Seres realmente inescrutables, las mujeres. Fascinantes y misteriosos. Incomprensibles a mi juicio.

Creo que me ha mirado de reojo. Carraspeo exageradamente y me cambio de asiento. ¿Igual es italiana? Nada, tampoco está tan buena...

"Tal como la hormiga voladora hembra pierde las alas al copular, puesto que son superfluas e incluso inconvenientes para la procreación y el cuidado de la familia, del mismo modo pierde la belleza la mujer tras uno o dos partos, probablemente por la misma razón" - A. Schopenhauer.

CRONOS.

El futuro está de moda. El futuro está de moda desde hace mucho tiempo. Demasiado tiempo. Que el futuro esté de moda, a estas alturas, ya es cosa del pasado. El pasado nunca pasa de moda. El futuro es algo que no es presente pero que juega un papel central en el desarrollo del mismo. ¿Qué nos depara el futuro? Dicen que estamos condenados a repetir la historia si no la conocemos bien. El pasado es el futuro de las sociedades decadentes y atolondradas. Aquellas sociedades que han olvidado su pasado irremediablemente lo van a vivir de nuevo. Así que técnicamente el pasado volverá a estar de moda en un futuro cercano. Regreso al pasado, pero... ¿A cuál de ellos?

Resoplo y me llevo las manos a la cara.

"Creo que hay algún tipo de miedo relacionado con el paso del tiempo en el que podríamos profundizar un poco más, Denís..."

El único miedo que tengo relacionado con el paso del tiempo es el de que acabe esta hora y deba desembolsar setenta euros por la terapia más banal y estúpida de toda la puta historia. ¡Qué observaciones de mierda, qué simples, qué superficiales, qué jodidamente intrascendentes son los comentarios de esta mujer, por Dios! ¿Por qué coño sigo viniendo a su consulta? Preferiría ser devorado por un titán antes que pagar otra sesión con la doctora "Obviedades" García.

"Sí... creo que algo hay, no lo había pensado antes..."

Payasa.

TIRAN MÁS DOS SIGNOS DEL ZODÍACO.

Hace relativamente poco que el ser humano ha dejado de mirar al cielo para centrarse en el suelo. *"El suelo esto, el suelo lo otro... Aquí una ciudad, aquí un estanco, aquí un campo de golf, aquí una franquicia de cafetería de mierda..."*

Viniendo hacia el trabajo me he cruzado con una chica más o menos de mi edad que llevaba una camiseta con los doce signos del zodíaco estampados en el pecho. He notado su mirada y he bajado la vista rápidamente a la acera. Asfalto, un espacio absolutamente seguro en el que centrar la atención. Colillas, baldosas, concreto, mis pies. *Safe fucking space.* En ese momento la chica se ha detenido y se ha dirigido a mí directamente.

"*¿Perdona, la calle Aries sabes por dónde queda?"*

¡Qué atrevimiento! Qué invasión de mi intimidad, qué forma más burda de llamar mi atención sin consentimiento alguno... Obviamente he tenido que detenerme y alzar la vista de nuevo, arriesgándome a ser juzgado, arriesgándome a no saber contestar adecuadamente, arriesgándome a ver en el reflejo de sus ojos el miedo que debe darle enfrentarse a una bestia parda como yo en mitad de la calle.

"...¿Perdón?"

"¿Sabes dónde está la calle Sagitario?"

Por alguna razón no he acabado de entender su pregunta.

"Tauro, la calle Tauro. ¿Sabes si está cerca...?

Me he quedado helado sin comprender nada de nada.

"Géminis. Creo que me la he pasado ¿No?"

He salido corriendo.

Puede que no haya acabado de entender su pregunta, puede que estuviera demasiado distraído observando su pecho estampado en simbología arcana esotérica, pero no seré yo el que caiga en la trampa de una mujer. Son astutas y fecundas en ardides. Ella sabía perfectamente donde estaba esa calle, y yo sé perfectamente donde están sus tetas. *"Una retirada a tiempo es una victoria"* me repito mientras avanzo con la mirada centrada en el suelo.

Quizá el hombre dejó de mirar al cielo por un momento, su mirada se topó con un par de tetas y para evitar el embrujo decidió bajar la vista al suelo. Y a partir de ahí, todo es historia.

Me he librado de esa bruja por muy poco.

UN PASITO EXTRA.

Cuatro de la mañana, la hora más peligrosa. La hora en la que me doy cuenta de que ya es demasiado tarde para descansar como Dios manda y de que ya es demasiado pronto como para dar rienda suelta a los más íntimos y oscuros deseos de libertinaje y corrupción nocturnos. ¿Travestis calientes en mi zona? Sólo hasta las tres cincuenta y nueve.

Ya lo advirtió un famoso filósofo del siglo IV: *"La noche me confunde"*. Creo que fue un famoso filósofo del siglo IV el que lo dijo, o quizá algún otro famoso genérico, pero sin duda el tipo que pronunció estas palabras fue alguien con dos dedos de frente que se había comido una polla de mujer de madrugada durante alguna borrachera. *No homo.*

Ayer una chica me confesó que tiene las mejores ideas de noche. Me dijo que de noche es cuando se hace promesas increíbles en las que cambia de vida y mejora como persona, pero que al despertar, a la mañana siguiente, todo queda difuminado y la realidad se asienta inexorable, tirando por tierra toda esperanza de llevar a cabo los planes y clarividencias maquinados en ausencia del astro rey. Esa chica no existe, lo publicó un usuario anónimo en un hilo de un foro de internet. Sé que el autor es un tío, pero cuando te es tan complicado hablar con mujeres como lo es para mi, empiezas a cambiarle el género a la gente con la que interactúas para no levantar sospechas. *"Sí, me lo contó una supermodelo rubia en bikini"*.

A las cuatro de la mañana no hay nada que valga la pena fuera de la naturaleza. Y fuera de la naturaleza es donde me suelen pillar las cuatro de la mañana, fermentándome en el sofá frente a algún show de mierda de alguna plataforma de mierda de vídeo *on demand* de mierda por la que sigo pagando una suscripción mensual de mierda con el poco dinero que tengo. Vaya mierda. Siendo sincero, viviría de forma más holgada si no me hubieran inoculado a base de anuncios a todo volumen y presión social y estética la falsa creencia de que necesito tener *Netflix* o *HBO* o *Filmin* o *Disney+* o *DAZN* o *PrimeVideo* para estar al día de todo y no perderme absolutamente nada. ¿Quién cojones necesita estar al día de todo en una era tan irrelevante como esta? Gente enferma. Esa es la gente que necesita estar al día. Gente con graves problemas mentales que no distingue entre la realidad y la ficción y que necesita a toda costa empaparse en series para que el córtex frontal derecho de su cerebro desconecte por unos instantes, cese su actividad y deje de darles la

tabarra tratando de impulsarles hacia algún lugar más productivo, interesante y auténticamente humano.

Mi psicóloga me ha dado la tarjeta de un compañero suyo *"con muy buenas referencias dentro de su campo"* que *"puede que te ayude a dar ese pasito extra"* de cara a la mejora de mi salud mental. Gracias por su entrega, doctora Frankenstein, aquí tiene los setenta euros la hora que me cuesta el que me dé calabazas y me derive a un sucio psiquiatra versado en firmar recetas de drogas que atrofian el cerebro. Le haré una mención especial en mi nota de suicidio si aún puedo sujetar un bolígrafo para escribirla tras tanta pastilla. Gracias.

LA DENISEIDA.

Soy demasiado robusto como para escribir como un poeta clásico. Mi aspecto no es el de un Denís poeta, mi aspecto es más bien el de un Juanma hijo de puta que te quita el bocadillo, te da una colleja y se ríe en tu cara mientras se lo come. Soy un Héctor domador de caballos con el espíritu de un Paris roba-novias. Aunque pensándolo mejor, más que un Héctor Priámida soy un Áyax Telamonio. Pero llamándome Denís, un nombre que infunde cero respeto. Es bastante confuso. En otra época me hubiese llamado *Dionisos* directamente y hubiese blandido un hacha a dos manos y quizá Homero hubiese escrito versos preciosos sobre mi cuerpo y mis gestas bélicas. Y hasta le hubiese robado la novia a Paris, quién sabe.

El epíteto de Paris me lo he inventado. Paris era sin duda un roba-novias, pero Homero nunca lo llamó así. Homero nunca presenta a Paris como lo que es: un gilipollas total. Paris es el típico guaperas imbécil que no ve más allá de su propia polla y que cree que los demás le debemos algo solo por el hecho de existir en el mundo y ser guapo y tener estilo. Mires a donde mires todo está lleno de guaperas imbéciles que creen tenerlo todo ganado por el simple hecho de tener un *sixpack* y poner morritos en las fotos.

Trabajé una vez en una empresa que se jactaba de no contratar a personas guapas y atractivas porque el jefe tenía la teoría de que suponían una distracción para el resto de trabajadores y hacían caer la productividad. Lo más curioso es que a mí me parecía que la empresa estaba llena de pibonazos... La misma tía de recursos humanos que me entrevistó en dos ocasiones era preciosa. *"¿Recursos humanos, eh?",* le pregunté una vez firmados todos los documentos del contrato.

Siempre hay un montón de documentos que firmar cuando entras a trabajar a un sitio. A cualquier sitio. Los tentáculos de la burocracia

lo abarcan todo y lo hacen extremadamente tedioso y aburrido. De hecho, a mayor número de documentos o formularios a rellenar, peor va a ser el trabajo. Y no por duro, precisamente, si no por estandarizado. Será un trabajo mecánico, llano, absolutamente anodino y prescindible. Un trabajo cien por cien automatizable y cien por cien demoledor para el espíritu humano. Alguien dijo una vez que la segunda guerra mundial fue un infierno, pero ese alguien no sabía lo que supone enfrentarse a una jornada de cuarenta y cinco horas semanales delante de un documento excel en una corporación normal y corriente de las que tanto abundan en el siglo XXI. Introduce tus horas, los datos, conoce a tus compañeros, trabaja unos minutos, critica a los compañeros, atiende esa llamada, rellena tus horas, critica a tus jefes con otros compañeros a los que no has criticado antes, critica a esos mismos compañeros con tu jefe, ve a la máquina de café, vuelve a tu mesa, mueve el ratón, pulsa tres teclas, vuelve a tu casa y llora pensando en mañana. Y empieza el ciclo de nuevo. Creo que a esto se le conoce como el *Samsara* en la doctrina místico-religiosa oriental. Sólo espero no reencarnarme en oficinista de nuevo.

"¿Recursos humanos, eh?", le pregunté a la chica tras firmar los doscientos papeles de cláusulas ininteligibles que no me molesté en mirar si quiera. Me contestó algo confusa con un *"¿Disculpa?"*. Sin levantar la mirada del contrato insistí un poco más: *"Recursos humanos, ya sabes... Eich Ar en inglés"*. Su cara era un cuadro. Me miraba con una mezcla de ternura y preocupación. Igual acababa de contratar a un retrasado mental. Igual debía darme otro formulario para así poder desgravar dinero con mi fichaje. *"Human resources... HR. ¡Eich Ar!"* La tía me dio la razón contestando que sí, que recursos humanos, es HR en inglés. Jamás había visto a una mujer con tantas ganas de salir de un despacho.

En aquel momento me puse en pie y le dije mirándola fijamente a los ojos:

"¿Te parezco guapo?

La característica principal de Áyax el grande no era ser guapo. La verdad es que soy demasiado robusto como para que mi belleza pueda ser apreciada por el sexo opuesto. Mi constitución fuerte abruma la mentalidad débil de la mujer media, que al intentar comprender cómo puede existir semejante portento de la naturaleza, deja de percibir la belleza inherente a mi rostro de facciones dionisíacas.

No fue fácil evitar a la responsable de recursos humanos durante los siguientes siete meses en los que curré allí, sobretodo porque su oficina daba directamente a la sala en la que yo trabajaba, y a menudo cruzábamos miradas furtivas. Yo creo que en el fondo estaba enamorada de mí, aunque al final resulta que la tía salía con el cretino de marketing, el Paris roba-novias de turno.

La misma historia de siempre.

EL CAMINO DEL HIERRO Y LA CAFEÍNA.

Estoy levantando pesas en casa con las mancuernas de mi padre. Las mancuernas son una de esas cosas que no se compran, siempre deberían ser heredadas o prestadas o encontradas por la calle aleatoriamente. Nunca te compres unas mancuernas. Si no te ha tocado tener unas porque la vida te trata mal, levanta otras cosas que pesen, como paquetes de arroz, la lámpara del comedor o doce iPhones.

A Cristi no le gustaba que hiciera pesas. Decía que me hacía sudar demasiado y que olía fuerte. No vivíamos juntos ni nada, las pesas las hacía en mi casa, pero es verdad que sudo mucho y me ducho poco. Después de una sesión solía ir a visitarla a su piso. Allí seguía sudando, pero por nerviosismo, no por hacer pesas. A veces nos besábamos, pero por lo general, hablábamos más que besarnos. En realidad ella hablaba y hablaba y hablaba y yo intentaba seguir su chapa, aunque mi intención siempre era follar. Ella básicamente hablaba y yo esperaba pacientemente a que se callara y de repente le soltaba un beso. Lo esquivaba a menudo.

Follar debe estar bien cuando follas con alguien que te gusta. La gente da por hecho que si follas con alguien es porque debe gustarte, pero yo soy el claro ejemplo de que no, porque he intentado follar con Cristi en más de una ocasión y no la soporto. No puedo con ella. Aún así, de vez en cuando le escribo y trato de convencerme de que sí me gusta. Ella está enamorada de mi, seguro. Debe de estarlo, porque sólo una persona enamorada tropezaría tantas veces con la misma piedra. Y yo, cuando no aguanto más, cuando estoy absolutamente desesperado y necesitado, vuelvo a escribirle, y vuelvo a convencerme de que me gusta para poder ir a visitarla a su piso y tratar de seguir su chapa mientras habla y habla y habla y con un poco de suerte acabar follando. Nunca sucede. Nunca hemos follado. Está totalmente enamorada de mí y aún así no ha cedido jamás. Es insufrible.

Mientras levanto hierro y pienso en follar, algo llama mi atención. Una mosca ha muerto en mi taza de café. Intuyo que ha muerto porque está pegada a la taza como a desgana. Como desmayada en la posición de menor agarre posible que tiene una mosca. De repente me doy cuenta de que la mosca podría haber muerto de un infarto al beber mi café.

Mi café es famoso en el vecindario. Le llaman el *"Twenty-four / Seven"* porque si le das un trago tienes autonomía garantizada para todo el día. Prometido. Es un café negro, duro, tostado a fuego en carburante para camión y con un fuerte sabor a pólvora. Imbatible. He montado una pequeña paradita de café frente a la puerta de mi casa esperando a que pase algún vecino. Es una paradita marrón de madera de pino y tiene un cartel colgando en el que pone *"Twenty-four / Seven - Coffee"*.

De repente se acerca un señor con traje negro y maletín y le sirvo un buen lingotazo en un vaso de plástico demasiado fino que se funde ligeramente al entrar en contacto con el café hirviendo y adopta una forma extraña algo más ergonómica de lo esperado. (Perfecta para sostener en la mano, imposible de apoyar en una superficie lisa). *"Single shot, sir!"* le digo al tipo de traje mientras le alcanzo el vaso. El tío se lo bebe de un trago y le explota la cabeza. Abro un paraguas al instante y evito mancharme de sangre magistralmente. Era un agente del FBI infiltrado en mi pequeña paradita de café para conseguir información sobre mi receta secreta.

"Veinticuatro siete, baby".

Me río solo y sigo levantando pesas. Un cuerpo imponente como el mío necesita mantenimiento constante, necesita bombeo diario. Miro a la mosca de nuevo. ¿Le habrá dado un infarto de verdad?

COREOMANÍA O EL BAILE DE SAN VITO DOS PUNTO CERO.

¿Qué hace esa niña de trece años convulsionando de pie en la parada del autobús?

Retuerce sus muñecas y aprieta fuerte los puños como si sufriera un grave daño neurológico por causas desconocidas. Sacude la cabeza hacia un lado, luego hacia el otro. Murmura algo entre dientes, como una especie de conjuro en voz baja. Lo recita para sí misma moviendo los labios, pero no alcanzo a leer qué es lo que dice.

Levanta un pie, luego el otro. Se encoge de hombros y guiña un ojo hasta cinco veces consecutivas, desfigurando su rostro en una mueca grotesca solo para volver a hacer girar las muñecas y retorcer su cuerpo en un escorzo al más puro estilo posesión demoníaca.

Parece que se quiere desencajar los codos haciendo girar los brazos a diestra y siniestra, arriba y abajo, pero en cuanto los movimientos se vuelven demasiado bruscos los suaviza de golpe, ralentizándolos, como avergonzada de sí misma, como siendo aún un poco consciente de quién es y de dónde se encuentra. Y de vuelta al cuello. Sacudida de cabeza a lado y lado y cese momentáneo del conjuro silencioso, pues ahora toca esbozar un beso a la nada poniendo los morritos así y... *¡PAM!* Congelada.

De repente relaja su postura y alza la mano para avisar al conductor del bus, que ya se aproxima a la parada. Todo ha quedado en nada. Residuos esquizofrénicos de una *app* que resulta ser eficaz hasta cuando no navegas en ella.

Mejor me espero al siguiente.

HOMBRE, FUEGO Y BRASA.

Estoy en una fiesta con amigos. En realidad estoy en la fiesta de un amigo que más bien es un conocido, junto a un montón de gente que no conozco de nada. Quizá haya una o dos personas que me suenen de vista, pero poco más.

Ya he saludado a mi amigo; es su cumpleaños y nos hemos abrazado momentáneamente de forma incómoda en el recibidor de su casa mientras trataba de atender a otra peña que entraba por la puerta al mismo tiempo. Todo ha sido muy precipitado. Mi tamaño dificultaba la entrada fluida del resto de invitados y un recibidor pequeño lleno de gente no es el mejor espacio como para disfrutar de un saludo íntimo y amistoso. Hemos cruzado un *"¡Hombre, Denís!"* y un *"¡Eeeh!"* fugaces mientras nos palmeábamos las espaldas mútuamente a toda velocidad. Raro. Ha sido raro.

A partir de ahí la fiesta se ha desenvuelto con normalidad. Rápidamente se han establecido dos grupos de acción en la terraza. Por un lado, los hombres con cerveza en mano junto a la parrilla, volteando hamburguesas demasiado pronto y pinchando salchichas demasiadas veces con la clara intención de acentuar la idea de que están llevando a cabo una labor importante. El mejor método que ha inventado el ser humano para aparentar estar ocupado y no tener que interactuar con personas con las que no quiere interactuar es sin

duda alguna la barbacoa. Estar al mando del fuego, la brasa y la carne te parapeta tras un falso muro de responsabilidad, te otorga la capacidad de seleccionar minuciosamente con quién hablas en todo momento y además te permite determinar la duración de la interacción a placer, porque en cualquier momento la hamburguesa puede necesitar una vuelta más, o quizá el fuego requiera un ligero soplo de aire para avivar sus llamas, o un poco más de carbón, o un par de piñas porque sí. *"Perdona un momento eh, es que tengo que estar por el fuego..."*

Por otro lado, en una zona más apartada, bajo un toldo amarillo, las chicas. Están sentadas alrededor de una mesa llena de servilletas de papel y pica-pica mal dispuesto sobre platos de plástico barato. Beben vino. Si invitas a mujeres a una barbacoa, debes tener vino, a poder ser blanco. En realidad, ten vino si invitas a mujeres a cualquier evento. A estas mujeres en concreto no las conozco de nada, pero por lo que tengo entendido no todas son "la novia de". Hacen menos ruido que los tíos, pero hablan más. Ríen menos. Esto me lleva a pensar que o hablan de temas más serios, o simplemente son menos graciosas. Por sus posturas corporales más bien tensas intuyo que deben hablar de temas muy serios, pero confieso que nunca he conocido a una mujer que me haya hecho reír de forma intencional. Las mujeres pueden llegar a ser graciosas, pero no a propósito. Nunca a propósito. Cuando un hombre le ríe una gracia a una mujer siempre hay un momento de confusión plasmado en el rostro de la chica, que duda de si ha sido graciosa o de si está siendo objeto de burla. Esa confusión momentánea lo dice todo. Las mujeres no tienen intencionalidad cómica. Son graciosas sin querer, si es que llegan a serlo alguna vez.

Llevo demasiado tiempo ocupando un mismo espacio cerca de los chicos que más hablan y más fuerte ríen. Hablan mientras ríen. Se ríen de la anécdota antes del *punchline*, antes de llegar al punto álgido de la misma. Antes de que sea graciosa. No creo que se estén escuchando entre ellos, si no, se darían cuenta de que ni es una buena anécdota, ni es divertida. Nadie escucha a nadie alrededor de la barbacoa, solo gruñen y mastican y miran de reojo las brasas.

Gracias a mi aspecto físico suelo encajar bien en grupos de hombres reunidos junto al fuego. Mi corpulencia genera una especie de sensación de relax y seguridad en el grupo que se traduce en un pensamiento colectivo del tipo: *"Este cuatro por cuatro no nos va a juzgar porque es una bestia parda, jeje"* y esto ayuda a que todos puedan dar rienda suelta a su masculinidad más simple, baja y banal. Soy como un ungüento que alivia la tensión del "qué dirán" y permite

que fluya la toxicidad de forma incontrolada. La toxicidad, no la masculinidad tóxica. La masculinidad tóxica no existe *per se*. La masculinidad nunca es tóxica, lo tóxico son los hombres infantiles incapaces de madurar y asumir su verdadera masculinidad. La energía del "macho adolescente" siempre es competitiva, agresiva, egocéntrica, frágil, insegura... Es una energía ciertamente tóxica. La masculinidad es todo lo contrario. El famoso patriarcado es un adolescente narcisista e inseguro con ínfulas de superioridad. El patriarcado teme a los hombres de verdad.

Eructo fuertemente tras dar un trago largo a mi cerveza en lata. Los chicos ríen. Palmadas fuertes en la espalda y aullidos de machote. Ha funcionado. Siempre funciona. El eructo ha sido tal que ha llamado la atención de la zona de chicas, que también ríen. Debe ser lo más gracioso que han escuchado en toda la tarde. Qué ambiente de mierda.

AUTOCONTROL.

Pocas cosas me joden más que no poder dormir. Odio no poder dormir. Odio la sensación de sueño combinada con la incapacidad de caer dormido. Me agobio sólo de pensarlo. Y cuanto más me agobio, más difícil me es dormirme. El insomnio me agobia. Y el agobio me produce insomnio.

Hay muchas otras cosas que me agobian. Por lo general tendemos a agobiarnos en situaciones de baja intensidad emocional, como en la cola del supermercado cuando hay alguien con mucha compra delante y la va colocando en la cinta lentamente y tú vas con prisa. O cuando un semáforo cambia a rojo justo cuando pretendías cruzar. O cuando una mosca te zumba el oído. Tener que hacer una tarea que te disgusta y que no te apetece hacer es un buen motivo de agobio. Quizá te agobie también el hecho de que te recuerden todas aquellas cosas que podrías estar haciendo y que sabes que deberías hacer pero que dejas para otro momento porque eres un puto *zombie* vago e improductivo.

Tener el umbral de agobio bajo es un indicador inequívoco de que algo no funciona correctamente. Te falta sangre. No hay nada peor que la peña sin sangre ni pasión, la gente que no se emociona por nada ni se estremece ante la belleza y la crueldad de la vida misma. Coge un martillo y pégate bien fuerte en la rodilla, payaso. ¡Siente algo! ¡Padece como el resto de mortales!

Creo que nos define aquello que nos mueve cosas por dentro. Lo que nos molesta, lo que no podemos pasar por alto. ¿Por qué esto y

no otra cosa me toca tanto los cojones? Son preguntas que me hago a diario y que definitivamente me hago tumbado en la cama cuando me dispongo a dormir.

Me gustaría controlar mis impulsos un poco más. ¿Es mucho pedir? Tampoco pretendo alcanzar la iluminación ni ser el segundo gordo en pasar siete semanas sentado debajo de un árbol meditando sin que nada ni nadie me haga levantar una ceja... Sólo pido algo de control sobre mis propios impulsos y emociones, coño.

"Y es exactamente por eso por lo que estás aquí, Denís. Por eso hacemos este trabajo juntos, por eso llevamos tanto tiempo caminando en esta misma dirección..."

¿Qué mierda les pasa a los terapeutas? ¿Nadie les ha dicho nunca que no son maestros Zen? Pueden hablar como la gente normal, como las personas de a pie. No es necesario que vayan haciendo comentarios del palo *new age*, como si acabasen de volver de un retiro en el bosque en el que se han puesto ciegos a setas con el mismísimo *Siddhārtha*. No tienes que tirarte el puto farol de ir de alquimista místico del siglo XI. Por el amor de Dios, ni si quiera van bien vestidos para la ocasión. Si quisiera que alguien me diera la turra con consejos crípticos en un lenguaje velado por el misterio de una gnosis hermética ancestral me inscribiría a la antigua orden de los caballeros de la *rosacruz*. ¡Y demandaría togas y capas y escudos y símbolos misteriosos y sellos mágicos y rostros ocultos tras máscaras! ¿Qué coño les pasa a los putos terapeutas? Menudos hijos de la gran puta, con sus tonos pasivo-agresivos y sus sugerencias envueltas en un mar de sinsentido y palabras escogidas de forma forzada. ¡Qué pedantes! ¡Qué inútiles! ¡Qué jauría de vende-motos pseudo-científicos, hijos de puta! Bastante bien le harían al mundo si desaparecieran. Igual las mal llamadas "enfermedades mentales" desaparecerían con ellos. *"Exactamente por eso estás aquí, Denís"* ¡Toma! ¡Toma mi puto dinero! ¡Recógelo del suelo antes de que te lo meta por la garganta hasta el estómago, sucia rata asquerosa! ¡Espero que duermas tranquila cada noche tras beberte tu puta valeriana de mierda que compraste en el viaje organizado al Nepal que pagaste con el dinero de tus pobres "pacientes", payasa!

"Si, bueno, supongo que sí estoy aquí por eso... También me está costando bastante dormir últimamente..."

Pensándolo bien, igual ya he aprendido cierto autocontrol por mi cuenta. Aunque, honestamente, ganas de tirarme por la ventana no me faltan. ¿Dónde está la ventana? ¿Por qué sigo viniendo a esta

consulta? ¿Qué hago pagándole setenta euros la hora a esta charlatana? Creo que me espera otra noche en vela.

TERCERO EN DISCORD.

Mi "colega" David se ha echado novia. No es la primera vez que tiene novia, pero es la primera vez que me molesta profundamente que salga con una tía. Me molesta mucho.

Con esto no quiero decir que me moleste su heterosexualidad, eso no me molesta, lo que me jode es que esté emparejado con *ImmaSueNueve* (ese es su *nickname* en el grupo de *Discord*). David es hetero y eso no me molesta en absoluto, de hecho, creo que lo considero una característica positiva y deseable para cualquiera de los integrantes de nuestro equipo. Heteronormatividad. No es mucho pedir.

Si David fuese gay seguiría formando parte del equipo, que quede claro. De hecho, si David fuese gay yo no estaría sufriendo por este asunto en particular. ¡Ojalá fuese gay! Igual insistiendo mucho consideraría cambiar su orientación sexual y cortaría de raíz este *affair* con *ImmaSueNueve*. David no tiene una personalidad muy fuerte... Quizá presionando, o incluso bajo amenaza... *"¡Sé gay o te expulso!"* Debería haber sido mucho más exhaustivo al redactar las normas y haber prohibido también las relaciones entre compañeros de equipo, pero claro, ¡Quién iba a imaginar que podía darse algo así!

La cuestión es que metí a *ImmaSueNueve* hace cosa de un año en nuestro grupo de chat de *Discord* para que se uniera al equipo. David, *ThorJhonz*, *el_Toti_Vlc*, *PawDvran* y un servidor utilizamos este grupo para comunicarnos entre nosotros e insultar a peña de otros equipos mientras jugamos al *Smite*, un *free-to-play MOBA (multiplayer online battle arena)* de temática mitológica. El nombre del grupo: *"Discord gentlemen skizoid tea-time book club: La Manada retvrns"* El nombre del equipo: *Los Juanes*.

Para no aburrir con detalles diré que *ImmaSueNueve* me impresionó bastante durante un torneo y le hablé por privado para pedirle consejo sobre cómo sacar el máximo partido a Hades, el personaje que ella usaba habitualmente. Tras varias semanas enviándonos *memes* e incluso jugando alguna que otra partida juntos, decidí ficharla como miembro de *Los Juanes* e introducirla al grupo de chat, cuyo nombre había sido editado con antelación y ahora se llamaba: *"Discord gentlepeople skizoid tea-time book club dos: Respecting Women"*

No quiero que esto suene a la típica pataleta infantil de *"yo la vi primero"* pero, para ser sinceros, yo la vi y la conocí primero y fui yo el que la presenté al resto del grupo. ¿No es eso algo a tener en cuenta? ¿No es eso, a caso, algo que debería ser respetado? Además, ¿En qué momento hizo David su acercamiento? Debería haber hablado con ella por el grupo, públicamente, y no a través de mensajes privados como una sucia serpiente traicionera, con nocturnidad y alevosía.

La cabeza me va a mil por hora imaginando a estos dos juntos fuera del grupo de *Discord* mientras tecleo comandos frenéticamente y lanzo mi *ulti* sobre la base del equipo contrario. Hemos ganado la partida. El chillido de *ImmaSueNueve* hace que tenga que quitarme los cascos por un momento. *"¡Hemos ganado Juanes!" "GG"* y otras muestras de júbilo por parte de los miembros del equipo se pueden leer en el chat de la esquina inferior izquierda de la pantalla.

Me desconecto y apago el monitor. Pongo el móvil en modo avión. No me siento ganador, más bien al contrario. Veo mi reflejo en el negro de la pantalla del PC y me siento sucio. Soy un puto *loser* que no puede alegrarse por un compañero de equipo. ¿Qué esperaba? Así son las tías. Quieren atención. Las mujeres quieren atención y yo no le di la suficiente a *ImmaSueNueve*. Seguramente David estuvo encima desde el día uno, dándole la brasa a diario, hablándole de sus combos favoritos, enviándole "fotopollas" y demás cosas que halagan a una mujer. Al final es atención lo que quieren, sea del tipo que sea. Mi problema fue, como siempre, ser cauteloso, querer respetarla demasiado.

A las mujeres no les gusta que las respeten, les gusta que las secuestre un tipo fuerte y grande como yo y las lleve a lomos de su caballo hasta un castillo lejano para casarse con ellas. Eso es lo que les gusta. David fue más rápido, más agresivo. Ya está. Aunque igual aún estoy a tiempo de entrometerme en este falso romance.

ImmaSueNueve merece algo mejor que David, y ese algo mejor soy yo, el primero que se fijó en ella, el que vio su potencial, el que la reclutó y le dio sentido a su vida. Soy lo que merece *ImmaSueNueve*.

Enciendo el monitor de nuevo y vuelvo a conectarme rápidamente al *server*.

"Perdonad, me he caído" escribo.

"¿¿Te has hecho daño??" pregunta David. Acto seguido *ImmaSueNueve* lanza un *"hahahahhhahhhah"* seguido de varios *xd* por el chat. Definitivamente se merecen mutuamente.

Dios los cría.

CONTRA EL VALLE DEL SILICIO.

Las redes sociales son una trampa mortal. Instagram es una máquina tragaperras que consume almas. Te pegas horas haciendo *scroll*, descendiendo en sus abismos esperando a que salga la imagen "siete-siete-siete" que se merezca un *like*. Es un juego en el que tú inviertes tiempo deseando que el algoritmo te proporcione las imágenes que más se ajusten a tu personalidad, y tras conseguirlo, le regalas un corazoncito, ayudando así a la máquina a conocerte un poco más y perdiendo tú mismo un poco más de tu preciado tiempo y atención. Es asqueroso.

Veo a la gente haciendo *scroll* infinito sentada en bancos, en el bus, en el metro. Y puedo verlos en sus casas frente a la televisión encendida, que a su vez está frente al ordenador encendido, que a su vez está frente a un teléfono encendido. Una muñeca rusa de pantallas en la que el usuario se va encerrando cada vez más, perdiéndose en su interior, incapaz de encontrar la salida. Un infierno mental del cual tratamos de escapar huyendo hacia adelante, sin darnos cuenta de que nos perdemos más y más a cada *click,* a cada *tap*, a cada segundo de atención, adentrándonos sin control y sin rumbo en este laberinto construido para agradar y atrapar y confundir a partes iguales. Un laberinto construido por putos empollones desalmados desde sus oficinas en *Silicon Valley*.

En los escasos momentos que pasamos fuera del laberinto, nos sentimos miserables, anhelamos y extrañamos la celda de pantallas, luces, vibraciones y sonidos que nos reclama más y más atención, devolviéndonos más y más dopamina a cuentagotas. Somos momentáneamente libres, pero la ansiedad que este régimen de semi-libertad nos genera es suficiente como para hacernos volver corriendo a nuestra celda a repicar en los barrotes pidiendo a gritos al carcelero invisible que nos vuelva a encerrar. *"No quiero estar aquí fuera! ¡Hay dolor, pensamientos intrusivos, inconvenientes, contradicciones, opiniones distintas a la mía, responsabilidades! ¡Dejadme entrar de nuevo a mi mundo!* Que no es mundo si no cárcel. Que no es nuestro si no de hombres exitosos "hechos a sí mismos" que viven en mansiones de marfil al otro lado del mundo. Hombres exitosos que nos venden su *software* como amigos, aliados y "libertadores".

Cuanto más ascendamos en esta escalada tecnológica sin fin, mayor será la distancia que separe nuestros pies de la tierra y más fuerte será el impacto que sufriremos al caer. Y si algo tengo claro es que caeremos. Caeremos como tantas veces hemos caído antes. Nada es más cierto. Nada ha sido más cierto en la historia del ser humano que los ciclos de ascenso hacia el cielo y de precipitación hacia el vacío. Todo empezó con una caída, con La Caída. Todo lo que sube, baja, y nuestra bajada no será un descenso si no un desplome total en picado hacia la inevitable y dolorosa destrucción del ser. Venimos del polvo y al polvo regresaremos, y lo vamos a morder durante mucho tiempo antes de crear una nueva escalera por la que trepar. Una nueva escalera que nos permita ascender hacia nuevas celdas en las que encerrarnos y sentirnos libres, lejos de nosotros mismos y de la auténtica, bella y cruel realidad del ser humano, que es la única y verdadera realidad que merece ser vivida. Lejos de *likes, taps, clicks* y *scrolls* infinitos.

Cierro hilo.

SOLO CARNE.

Voy andando por la calle con Cristi. Vamos cogidos de la mano porque ha insistido y porque a veces uno debe sacrificarse para conseguir lo que desea. He tardado unos cinco minutos en dejar de sentir el sudor chorreando entre nuestros dedos entrelazados. No la soporto, pero me gusta. Me gusta como me gusta un *dürum solo carne*. En mi cabeza siempre suena genial cuando estoy hambriento, pero si me lo comiera de una sentada me empacharía y acabaría vomitando. Me sentaría mal.

Ese es el problema principal del *dürum solo carne*, te ofrece todo lo que deseas a bocajarro. Todo aquello que deseas pero nada de lo que necesitas. No hay nada refrescante en su interior, no hay ni una hoja de lechuga, ni un trozo de cebolla, ni una triste brizna de rúcula que haga más ligero el viaje. Te da todo lo que te pide el cuerpo en ese momento sin filtro alguno. *"¿Querías carne? ¡Aquí tienes carne!"* Te la entrega envuelta en un formato aparentemente inofensivo que va a facilitarte la ingesta de primeras, pero que te destrozará la vida *a posteriori*.

Nadie debería tener que dar explicaciones de por qué ha pedido un *solo carne*. Me lo pido porque me apetece. Quiero un *dürum solo carne* porque sólo soy un hombre. No quiero tener que dar explicaciones a nadie, y mucho menos acarrear con las repercusiones de habérmelo comido entero de una sentada. Pero siempre hay repercusiones y estas son inevitables. Retortijones, sudores fríos... Ardores en zonas

del estómago que desconozco, falta de aire, presión en el pecho... Mensajes de buenos días y de buenas noches, falsas esperanzas, ideas equivocadas, expectativas que jamás cumpliré, decepción, enfados...

¿A quién voy a culpar? Nadie me obliga a pedírmelo. Nadie me ha puesto una *glock* nueve milímetros en la cabeza al grito de *"¡Pídetelo hijo de puta! ¡Pídetelo y cómetelo entero, joder, que no quede nada!"* Definitivamente no es culpa del *dürum*. Él no tiene la culpa de generar ese deseo irrefrenable en mis adentros. Quería comérmelo y me lo he pedido y ahora, como un hombre, apechugo con las consecuencias. Ahora le doy la mano y ando a su lado, odiándolo y odiándome por ceder a mis instintos más bajos y primarios. Ahora escucho lo que tiene que decir con una falsa mueca de interés en el rostro, arqueando las cejas de vez en cuando haciéndome el sorprendido, convenciéndolo incluso de que me importa lo que me cuenta. Andamos juntos y yo pienso en mis flaquezas y debilidades, en las consecuencias que vendrán y en el dolor de estómago que me podría ahorrar si no me dejase seducir por esa imagen de carne chorreante y suculenta envuelta en una fina torta de maíz turca. Me odio por pedirlo y saber que no puedo digerirlo. Por malbaratar tan deliciosa comida. Ya ha pasado antes.

"Me ha sorprendido mucho que me hayas dicho de quedar para dar un paseo, Denís. A veces pienso que sólo quedas conmigo para... bueno, ya sabes... Y me duele, porque igual quedamos un día y luego desapareces un mes entero..." me dice Cristi apretándome la mano y mirándome fijamente a los ojos.

Lo que no sabe es que ya he desaparecido hace rato. Desaparezco en cuanto el plato aterriza en la mesa. Denís queda a un lado y la gula desenfrenada se abre paso, tomando el control, fantaseando con devorar viciosamente hasta el último pedazo de carne mixta encurtida en ese rollo de lujuria y pasión desmedida. Le devuelvo la mirada y se me hace un nudo el estómago. Ya no tengo hambre. Mi trabajo aquí ha terminado. Regresaré al tiempo, cuando la vergüenza que siento ahora sea sustituida por autocompasión y se me olviden las promesas de no volver a pedir semejante bomba culinaria nunca jamás. La verdad es que no puedo con ella, no la trago.

"¡Denís! ¡¿Denís, dónde vas?!"

Soy un corredor veloz para mi tamaño. Y con el estómago vacío, corro aún más. Nunca podrá alcanzarme. Carece de la *stamina* y la potencia necesarias para hacerlo.

Me haré una ensalada en casa.

UN NUEVO MODELO DE NEGOCIO.

Hay un grupo de adolescentes sentados en un banco opuesto al mío. Los miro fascinado mientras ellos miran sus pantallas ensimismados y chillan y ríen y hacen aspavientos a intervalos de treinta segundos escuchando música de forma cooperativa a través de cascos inalámbricos. Comparten cascos sin cable, lo que les permite no tener que estar muy pegados a la cabeza del colega con el que comparten la música. No sé qué escuchan. Tampoco sé quién comparte con quién. Son siete preadolescentes con las hormonas a tope y las neuronas a medio gas y todos llevan un pedazo de plástico blanco o *earpod* saliéndoles de la oreja.

En un futuro habrá un lumbreras que clasificará esta época como el inicio de la fusión entre el hombre y la máquina. Hablará de humanos que incorporaban un dispositivo auditivo para escuchar la peor música habida hasta la fecha. Lo dirá así, tal cual. Juzgará severamente el gusto musical de los primeros androides mitad adolescente mitad *earpod*. El tío asumirá sin miedo a equivocarse que lo que escuchaban era basura. Yo los tengo enfrente y no sé lo que están escuchando, pero debe ser la peor mierda habida y por haber, porque todos andan distraídos con mil otros estímulos, quizá para no centrar su atención en ese sonido infernal que destroza su oído.

Se critica muy duramente la capacidad de concentración de las nuevas generaciones. Su *attention span* de dos milésimas de segundo, su dispersión mental... Pero para ser honestos, si pueden estar hablando entre ellos mientras usan el teléfono móvil y escuchan música malísima por un oído, quizá los estemos subestimando injustamente. Quizá sean los reyes del *multitasking*. Puede que tengan una capacidad sobrehumana para atender a varias cosas al mismo tiempo sin perder detalle alguno y disfrutándolas todas a la vez. Seres superdotados con la habilidad de lidiar con múltiples tareas simultáneamente, pero sin poder llegar a alcanzar la excelencia en ninguna de ellas. Quizá estamos ante la primera generación de semi-dioses de una era decadente y falta de fe como la nuestra. Es una época tan anodina e insulsa que no es de extrañar que esté produciendo jóvenes *borderline* con disforia de género, carencias afectivas y TDAH.

Observo como interactúan entre ellos con renovado interés. El que parece ser el líder del grupo golpea su pecho e indica algo en la pantalla de su dispositivo móvil que llama la atención de los demás.

Afloran ruidos guturales y agudos chillidos. Hay un consenso respecto a lo que les está mostrando. Debe estar muy buena.

Llamo inmediatamente a mi colega ingeniero del MIT. Tengo algo de dinero ahorrado fruto de mis buenas inversiones en *crypto* y un plan infalible. Acepta mi propuesta sin dudarlo y nueve meses más tarde ya hemos lanzado al mercado los *X-Pundit Vulturewave*, los mejores *earpods* de la historia de la humanidad. No sólo son estéticamente imponentes y emiten todo el sonido a novecientos sesenta y tres megahercios (la frecuencia de Dios), si no que también incorporan una luz láser parpadeante capaz de cegar a quien los mire directamente y cuentan además con un *cheat* en el código que hace que mediante control remoto podamos activar un sistema de autodestrucción que hará que todos vuelen por los aires al unísono. Hemos agotado existencias.

Brindo con mi amigo ingeniero tumbados al sol en la terraza de nuestro apartamento en Malibú. Ha llegado el momento de pulsar el botón. Se escucha un fuerte estallido. Suena a miles de millones de botellas de champán descorchándose al mismo tiempo. Luego, el silencio. Luego, gritos de pánico. Ríos de sangre inundan las calles. Éxito total.

Miro al grupo de preadolescentes que tengo enfrente y ahora siento algo de lástima. Su falta de atención es tal que si sacase la segunda versión de los *X-Pundit Vulturewave* volvería a agotar existencias. Qué pringaos.

COLD WAR LOVE.

Cuando tenía catorce años estaba totalmente enamorado de una chica de mi clase. No era la chica más guapa, ni mucho menos la más popular. Esto último es quizá una obviedad ya que en una clase de segundo de la ESO la popularidad va íntimamente ligada a tu apariencia y es técnicamente inalcanzable si no cumples con los estándares mínimos de belleza estética. La chica tampoco era la más lista, sinceramente. Solía faltar a primera hora, nunca hacía los deberes y mascaba chicle de forma ruidosa y compulsiva. Mascaba chicle como mascaba tabaco un vaquero de Wisconsin en el mil ochocientos ochenta y tres. Así mascaba chicle Zaida.

Yo odiaba su nombre tanto como odio el mío. Zaida. Menudo nombre de mierda. Zaida es un nombre que no trasmite nada y, como Denís, no alberga un futuro de gloria, reconocimiento o riquezas a su portador. Zaida Zambrano Tapia. O como yo la llamaba: “Zeta Zeta Tap”. Un ingenioso mote cuya referencia

musical jamás entendió Zaida, a la que ni le interesaba la música, ni el instituto, ni muy probablemente nada de lo que la rodeaba. Era como un fantasma mal vestido deambulando por los pasillos del instituto en completo silencio sin dirigirle la palabra a nadie ni hacer contacto visual con nada durante demasiado tiempo. Cabizbaja, introvertida, apática. Ciertamente poco atractiva.

Lo que me fascinaba de Zaida no era tanto su aspecto físico mediocre como su impasibilidad ante el acontecer de la vida. Sólo teníamos catorce años, pero a juzgar por su actitud, Zaida ya tenía muy claro que la democracia es una estafa, que los políticos son unos psicópatas narcisistas con ansias de poder y que estar perfectamente adaptado a un sistema enfermo no es un síntoma de salud, precisamente. La vida había arrollado a esa chica y la había dejado en un estado de coma semi-vegetativo que le permitía desplazarse de forma autónoma, mantener sus constantes vitales, masticar chicle y esbozar una pequeña sonrisa de vez en cuando, tímidamente, acompañada de un ligero resoplido por la nariz. Ahí residía su encanto. Su aspecto más atractivo era esa chispa de vitalidad que salía a relucir en los momentos más inesperados, como cuando a la profesora de matemáticas le dio un ataque de epilepsia en pleno examen, cuando alguien atrancó las salidas de emergencia durante un simulacro de incendio o cuando suspendieron la excursión al museo Picasso.

Me enamoré de ella la primera vez que la vi sonreír. Me dio un vuelco el corazón. Por un lado, el personaje oscuro de la chica sin emociones se había roto, había trascendido su papel y había adoptado una nueva dimensión; por el otro, ahora Zaida me resultaba físicamente atractiva. Solo bastó eso, una sonrisa. Una sonrisa y el hecho de que fui yo quien la provocó. Eso fue quizá lo que más me gustó, ser el responsable de esa nueva faceta humana de la chica más depresiva de clase.

Durante aquellos primeros años de la ESO mi principal ocupación era dejarme utilizar por chavales más espabilados y menos corpulentos que yo. Si había algún problema que podía acabar derivando en un confrontación física, me reclutaban inmediatamente. Yo era el armamento nuclear y los demás me blandían y me paseaban frente a sus enemigos cual desfile norcoreano para disuadir a la OTAN de realizar una intervención "democrática" en su territorio. Cuando a los catorce años eres tan fuerte y corpulento es raro que tengas que pelearte, pero debes hacer acto de presencia en todos los follones para que el otro bando sepa que, en efecto, hay un botón rojo que puede ser pulsado en

cualquier momento si escala el conflicto. Mi función era hacerme el duro durante un rato hasta que se rebajase la tensión y se zanjase la trifulca. Denís *AKA* "Guerra Fría" *is in the house.*

La primera vez que vi a Zaida sonreír fue a la salida del instituto. Dos chicos de tercer curso me habían reclutado para intimidar a unos chavales del barrio que les habían criticado a sus espaldas o algo así. Nunca solían darme toda la información del conflicto y yo tampoco hacía demasiadas preguntas. Fui y me planté allí con ellos, listo para ejercer mi tarea: quedarme quieto, cruzarme de brazos y fruncir el ceño y gruñir mientras los demás se insultaban y discutían acaloradamente con amenazas vacías.

Zaida estaba apoyada en la valla mascando chicle de forma ruidosa y yo la miraba de reojo constantemente. La discusión se fue calentando y todo indicaba que pronto iban a llegar a las manos, para lo cual yo no estaba preparado en absoluto. En un giro cien por cien esperado de los acontecimientos, uno de los chavales del barrio lanzó una piedra que impactó directamente en mi frente y yo caí al suelo redondo. Impecable movimiento de estrategia bélica, deshabilitar el armamento pesado del contrincante antes de entrar en confrontación directa. A partir de ahí todo está bastante borroso, excepto la sonrisa discreta y perversa de Zaida, que me miraba impasible mientras soltaba un ligero resoplido por la nariz antes de que yo perdiese el conocimiento del todo.

"Bua, qué guapa es..."

Así es el amor. Contundente, doloroso y con la capacidad de dejar cicatrices para toda la vida.

METAL LIGERO.

El dependiente de la ferretería se despide con un gruñido, un leve gesto con la cabeza y sin alzar la mirada del mostrador al finalizar la transacción económica. No acepta tarjeta, nunca la ha aceptado y nunca lo hará. Y me parece fantástico.

Hay un club muy popular al que pertenecen las personas que cabalgan a lomos del "progreso", en el que creen que cualquier negocio que no acepte pagos en plástico debería ser borrado de la faz de la tierra. A los socios de este club se les puede reconocer por sus ínfulas de superioridad, sus teléfonos inteligentes de última generación y sus muecas faciales acompañadas de frases prediseñadas del tipo: *"¡¿Cómo que no acepta tarjeta?!" "¿Y dónde*

encuentro un cajero yo ahora?" "¡Luego se quejan de que compramos en Amazon!" o "¡Estamos en dos mil veinticuatro!"

El hecho de citar el año en el que te encuentras como justificación moral para defender cualquier posición que consideres correcta es una de las cosas más intelectualmente vagas y estúpidas que existen. *"Estamos en dos mil veinticuatro, por lo tanto, esto que yo considero adecuado debe ser, porque si no, mi idea de progreso y evolución lineal de la sociedad no funcionará, se desmontarán mis expectativas de niño de parbulario sobre una realidad ideal concebida bajo mi punto de vista particular y tendré que montar una pataleta"*. Pero hombre, estamos en dos mil veinticuatro, las cosas no son siempre como uno quiere. Supéralo.

Vuelvo andando a casa por la avenida. La brisa marina llena mis pulmones y acaricia mi piel bronceada. Voy vestido como vestía mi abuelo, como vestía su padre, y como debería vestir cualquier hombre que viva a menos de cinco minutos a pie de las aguas del Mediterráneo. Camisa de manga corta de cualquier color pastel, bañador y chanclas. La camisa debe ir abierta o dejar el pecho al descubierto. Es recomendable llevar oro colgando al cuello, como un nomeolvides con la fecha de tu nacimiento o un buen crucifijo. Este es el estilo adecuado para lucir a orillas del *Mare Nostrum*.

Las mujeres con las que me cruzo no llaman mi atención. Hoy no. Hoy me siento fuerte, me siento vivo. Nada frustra tanto a una mujer como la mirada imperturbable de un hombre centrada en el horizonte y pasándola por alto. Emplear más de veinte segundos en decidir que vas a ponerte al salir a la calle es una auténtica pérdida de tiempo, así que no es de extrañar que a ella le duela tanto que no la mires al pasar. Lleva toda la mañana combinando prendas, escogiendo colores y complementos, seleccionando el atuendo perfecto y colocando cada pelo de su cabeza con precisión milimétrica. Hasta ha escogido la fragancia adecuada a la época del año y su climatología, para que ahora vayas tú y ni la mires de reojo. Entiendo tu frustración, princesa.

Ellas me miran siempre, aunque de soslayo. Y no es porque les resulte un tipo imponente, que lo soy, o porque se sientan atraídas por mi físico, que lo están, si no porque quieren saber que han captado la atención una vez más. Quieren asegurarse de que su tan bien planeada estrategia ha funcionado. Quieren sentir que otro hombre más ha caído en la trampa que han urdido con tanta astucia. Seres misteriosos y peligrosos, sin duda, las mujeres.

Camino de vuelta a casa por la avenida. En el bolsillo de mi bañador resuenan las monedas restantes de la previa transacción económica en la ferretería. Un antiguo signo de riqueza y fortuna, el repicar de monedas. El cobre, el latón, la plata y el oro. Simple quincalla a los ojos de aquellos miembros del club del plástico, quienes con gran celeridad aceptarían dejar de lado las tarjetas de crédito si se pudieran implantar un sistema de pago directamente bajo la piel. Dejarían de ser hombres para pasar a ser aquello que tanto adoran: Métodos de pago digitales, inalámbricos. Diodos silenciosos con patas.

La primera persona en dejar de ser humana dejará también de ser persona. En su mente, un semi-dios. Un nuevo ser elevado al que adorar. Un héroe de su comunidad con superpoderes y nuevas funcionalidades antes imposibles de imaginar. A mis ojos, un imbécil con ínfulas. Un simple fantoche.

La calderilla es el recordatorio sensorial de que somos humanos y estamos supeditados al dinero. Un dinero al que puedes mirar a la cara, al que puedes escupir o lanzar al pozo de los deseos. Un valor real que pesa en tu bolsillo y lastra tu andar, pero que hace resonar tus sueños con el repicar de sus metales.

Estamos en dos mil veinticuatro y el ferretero me ha devuelto mal el cambio.

NOVENO CUMPLEAÑOS.

Salgo de trabajar a mi hora. Mudanzas Lozano no me exige más que portento físico y puntualidad, y Dios sabe que cumplo con creces ambos requisitos. Conducir una furgoneta y cargar muebles durante cinco horas no es el sueño de ningún chaval de mi edad, pero es un trabajo honesto. *"Búscate un trabajo honesto"* decía siempre mi padre. Es uno de los pocos consejos que me dio. Siempre lo recuerdo. Recuerdo ese consejo y aquel otro de... *"Tu mujer nunca puede ser tu mejor amiga"*.

Hombre de pocas palabras, mi padre. Alto, grande, fuerte. Convicción en los gestos. Gesticulaba más que hablaba. Así lo recuerdo. Murió de cáncer cuando cumplí quince años. Mi madre lo superó rápido y se volvió a casar al año y medio de su muerte. Mi madre lo supera todo rápido siempre.

Mi padre era uno de esos hombres a los que no llegas a conocer nunca. Uno de esos hombres silenciosos que siente más que piensa y que funciona a impulsos. No te miraba en dos semanas y de repente

un día sin venir a cuento te daba un abrazo muy fuerte acabado en varias palmadas en la espalda. Las palmadas servían para remarcar la insalvable distancia entre dos hombres, y más que palmadas eran golpes secos. *"Venga tira"*, concluía.

Echo de menos pasear por el parque con mi padre, echo de menos jugar al ajedrez con él, echo de menos que me leyera la Odisea de Homero por las noches antes de irme a dormir. En general echo de menos la relación que nunca tuvimos. En mi cabeza se materializa una relación paterno-filial idílica que nunca experimenté y que echo de menos, pero la realidad fue mas cruda y se podría resumir en una sola palabra: espacio.

Entre mi padre y yo hubo siempre un espacio gigantesco. Él no sabía como relacionarse conmigo, así que trataba de hacerlo lo menos posible y lo lograba a diario. A pesar de ello, recuerdo con ternura los pocos intentos que hizo de acercarse a mí durante mi niñez. Los abrazos repentinos y ásperos, los consejos tajantes y crípticos y el único esfuerzo que hizo por reducir ese espacio gigante que existía entre ambos el día de mi noveno cumpleaños. Nunca lo olvidaré.

Aquella tarde pasó a buscarme por casa de mi tía en su furgón blanco. Me sentó a su lado en el asiento del copiloto y me dijo *"¿Cuántos cumples? ¿Diez, ya?"* mientras arrancaba el motor y subía el volumen de la radio. *"No toques nada"* añadió al ver que intentaba ponerme el cinturón de seguridad. Lo solté de inmediato, claro.

Fumaba más que nadie. Siempre creí que mi padre debía fumar mientras dormía, porque era impensable que estuviera más de una hora sin encenderse un cigarro. Quizá por eso dormía tan poco. Pequeñas siestas entre cigarro y cigarro. Su furgoneta era un cenicero con ruedas y el olor era insoportable para quien no estuviese acostumbrado. *"¿Diez cumples?"* insistió. Yo negué con la cabeza pero él asintió sin mirarme si quiera. Me aterrorizaba llevarle la contraria así que decidí cumplir diez años en aquel mismo instante.

"¿Te gusta el fútbol?" me preguntó sin apartar la mirada de la carretera. Me encogí de hombros. *"¿Los coches, las motos...? ¿Qué te gusta?* No entendía nada. ¿Por qué esa insistencia en saber qué me gustaba? Mi padre no me conocía y hasta ese momento jamás pensé que le importase no hacerlo. ¿Era una trampa?

Me gustaban los cómics y los dibujos animados. Me gustaban los *Street Sharks*, las Tortugas Ninja, dibujar y leer historias de aventuras. Me gustaban todas esas cosas y me avergonzaba terriblemente confesarle mis aficiones de niño de nueve años a un hombre como mi padre, al que yo también desconocía por completo, pero al que intuía no iba a hacerle demasiada gracia que su hijo prefiriese los lápices y los libros al motor o al deporte rey. Volví a encogerme de hombros.

El resto del trayecto lo pasamos en silencio, quizá solo interrumpido por algún que otro gruñido de mi padre acompañado de dos o tres golpes fuertes al volante. *"Hijo de la gran puta..."* Conducía la furgoneta como conducía su propia vida.

Llegamos a su taller de reparaciones. Ya había estado allí un par de veces antes, quizá las dos únicas veces que había visto a mi padre relajado. Totalmente solo en su taller reparando cosas. Cigarro en la boca, herramientas por el suelo y mi padre ensimismado, mirando fijamente y con rostro tranquilo al electrodoméstico o motocicleta de turno. Una mirada que no dirigía a nadie, o al menos, no dirigía a nadie en casa. Una mirada reservada para su trabajo. Siempre oí decir que mi padre tenía un talento innato para arreglar cosas. Consiguió reparar todo cuanto se le puso por delante, menos la relación con su familia.

Me llevó al cuarto de atrás, un trastero sucísimo lleno a rebosar de aparatos y herramientas mal dispuestas en estanterías metálicas. Podía saborear el hierro en el aire. Óxido, desengrasante, tabaco... y algo más que no sabría describir. Tengo aquel olor grabado a fuego aún a día de hoy. Abrió algunos cajones y armarios hasta que encontró lo que buscaba. Yo estaba paralizado. No entendía nada de nada. Empecé a repasar todo lo que había podido hacer mal durante esa semana buscando algo que explicase la razón por la que estaba ahí ahora con mi padre. ¿Se habría enterado que me habían castigado en el colegio? ¿Habría llamado la profesora a mi padre? ¿Tenía acaso su teléfono? ¿Sabía mi padre que yo estaba escolarizado...? Estaba acojonado.

De repente, se puso frente a mí e hincó la rodilla izquierda, quedando su rostro a la altura de mis ojos. Recuerdo que me escocían por el humo del cigarro. Puso su enorme y callosa mano derecha sobre mi hombro y de detrás de su espalda sacó un pack de doce lápices de color marca Alpino y un libro viejo y roído. Se trataba de *El Criterio* de Jaime Balmes. Una décima edición de mil

novecientos sesenta y siete impresa en Barcelona por la editorial del mismo autor.

"Las cosas que te gustan no te tienen que dar vergüenza. Ya tienes diez años, ya eres un hombre"

Me fundí en un abrazo con él para ocultar las lágrimas que brotaban de mis ojos. No sé si era la emoción o el humo del cigarro, o una mezcla de las dos. Tras un segundo eterno, mi padre se puso en pie y me pegó un empujón en la cabeza, alejándome de él.

"Venga va, tira."

Antes de salir del taller me di la vuelta y vi a mi padre apoyado en una lavadora, mirándola fijamente con esa mirada calmada y tranquila que tenía reservada sólo para su trabajo.

Nunca olvidaré mi noveno cumpleaños; el día en que cumplí diez años.

"La palabra 'talento' expresa para algunos una capacidad absoluta, creyendo equivocadamente que quien está dotado de felices disposiciones para una cosa lo estará igualmente para todas" - Dr. D. Jaime Balmes.

BALADA ONOMÁSTICA.

Me llamo Denís y odio mi nombre. Durante los últimos dos años he aprendido a evitar usarlo, principalmente gracias a relacionarme exclusivamente con gente que no sabe cómo me llamo y utiliza *"Chico"*, *"caballero"* o *"hermano"* para dirigirse a mí. Ni falta hace decir que quien me llama *"hermano"* siempre va en patinete eléctrico y cree que llevo tabaco encima. *"Caballero"* solo me llama la policía y lo de *"chico"* es cosa de señoras de la tercera edad.

Cuando te llamas Denís, la gente asume automáticamente que tu padre se llama Denís, tu abuelo se llamaba Denís, tu bisabuelo se llamaba Denís y tu tatarabuelo se llamaba Juan y era un moderno de mierda. *"Estamos en el siglo XX, ya es hora de romper con la tradición de heredar el nombre del padre. ¡Pongámonos creativos!"* Posteriormente su hijo Denís retomaría esa tradición al tener a mi abuelo Denís, que le pasaría el Denís a mi padre, que muy amablemente decidiría condenarme a mí también con el mismo nombre que muy probablemente vaya a morir conmigo.

Este no es mi caso. Mi padre no se llamaba Denís, y por lo que tengo entendido mi abuelo se llamaba Francisco, que a pesar de ser

un nombre cubierto de polvo y caspa y con una notable carga histórica, puede reducirse a la versión más simpática y juvenil de *Fran* e incluso derivar en la evolución anglosajona de *Frank*, y también transformarse en la versión alcohólica con camisa abierta y cadena de oro al cuello conocida como *Paco*.

Francisco es claramente un nombre polivalente con el que se puede jugar a placer. Francisco es, en definitiva, un buen nombre.

Recuerdo que una vez en primaria una compañera de clase me llamó "Nisito". Me tomé la justicia por mi mano y fui expulsado del colegio quince días. Aparentemente escupir, insultar y llamarle "Nisito" a alguien mientras llora arrinconado en una esquina y el resto de la clase ríe y le tira papeles no es tan grave como empujar a una niña por las escaleras. Los profesores sienten debilidad por las niñas monas con el brazo escayolado y ni pizca de empatía por el niño gordo y silencioso al que ella hace bullying desde el primer día.

He tenido conversaciones online con mujeres a las que he mentido acerca de mi nombre. He sido Marcos, David, Pedro, Lucas y Aquiles, aunque el único nombre que me ha llevado a algo más que a una interacción aburrida por chat fue Alejandro.

Alejandro es un nombre lo suficientemente largo como para captar la atención de una chica estándar, pero no lo suficientemente largo como para llegar a intimidarla. Alejandro suena a pelo en pecho cubierto por una coraza de bronce. *"Sí, fui un Hoplita que formó parte de la falange de élite Macedonia bajo el mando del rey Filipo II ¿Cómo lo has sabido?"*

Las mujeres son fácilmente impresionables si tienes un buen nombre y el portento físico para sustentarlo. Hay quien tira de voluntariado en África o de deportes extremos como escalar sin cuerda el K-Dos o bucear a pulmón en la fosa de las Marianas, pero con un nombre como Alejandro, un simple Erasmus en Malta ya basta para tenerla en el bote. *"¿Y estuviste seis meses tú solo viviendo en La Valletta? Increíble... ¡Cuéntame más!"* Juego, set y partido.

Llamándome Denís ya puedo haber rescatado a trescientas niñas congoleñas de las manos del *Boko Haram* valiéndome solo de un cuchillo y una cerbatana, que la muy hipócrita no levantará ni una ceja. Estará pensando en algún Alejandro que haya hecho windsurf en Tarifa un día que *"hacía un viento muy, muy fuerte"*.

Usar el nombre de Alejandro me valió una cita en la que entró en juego la inseguridad de Denís y ahí quedó todo. No supe lidiar con la responsabilidad que acarrea semejante nombre. Mi actitud supuraba Denís por todos lados. Un mero cambio estético no modifica el calado que un mal nombre como el mío tiene sobre un niño en sus años de desarrollo y crecimiento. La presión pudo conmigo.

Desde hace un par de años ya no miento sobre mi nombre, simplemente evito usarlo.

CARBURANTE ONÍRICO.

Conduzco a toda velocidad por una autopista perfecta. Una autopista que sin duda alguna es una *autobahn*. No hay autopistas así en este país. Esto tiene que ser una *autobahn* sí o sí.

Conduzco de forma furiosa, sin poner intermitentes y cambiando de carril a placer para mejorar el agarre del vehículo según dicta el asfalto y según me sale de mis cojones morenos. Sujeto el volante bien fuerte con la mano izquierda, manteniendo el brazo completamente estirado; la mano derecha descansa apoyada en el cambio de marchas. Suenan *Dirty Beaches* a todo volumen y conduzco solo. Literalmente. No hay ningún otro vehículo en esta carretera alemana. Es perfecto.

A lo lejos veo una gasolinera. Es una gasolinera estándar, la típica gasolinera solitaria en el margen de la autopista. Me detengo a repostar por pura intuición. Llevo tanto rato conduciendo a tanta velocidad que el coche debe estar sediento de diésel. Sé que es diésel lo que necesita porque durante años el gobierno promocionó la compra de vehículos diésel, ya que el diésel resultaba ser *"mucho más sostenible y menos contaminante para el medio ambiente"* según la ciencia de los *early* dos mil. Había que salvar el planeta a base de diésel por aquel entonces. Hoy en día si tienes un coche que consume diésel eres, como poco, un fascista que merece morir en la horca por asesinar diariamente a quinientos osos polares y a mil doscientos pingüinos con tu máquina contaminante y tóxica del demonio. *"The science is settled!"* Así que cómprate uno de gasolina o pásate al eléctrico, puto egoísta de mierda.

Detengo el coche frente al surtidor y empiezo a llenar el depósito de diésel normal. Nada de diésel caro. Me voy a cargar el planeta pero me voy a ahorrar unos pocos euros. Chúpate esa, *Greenpeace*. Tras unos minutos miro el surtidor y me doy cuenta de que no es diésel lo que estoy introduciendo en mi coche. ¡Mierda! Llevo metidos

como treinta litros de algo que no hará que mi coche corra más, que es lo único que quiero. Que el coche corra más. De hecho, no es ni mi coche, es el coche de mi madre y no corre nada en absoluto. Es un coche que empieza a temblar cuando rebasa los cien por hora. Es un coche con párkinson y es el coche más lento que existe. A los cien debes sujetar el volante con las dos manos, perdiendo estilo y calidad de conducción. Nadie que se considere un buen conductor conduce con las dos manos en el volante. Es de perdedor total. Es de cobarde. A los cien por hora debo sujetar el volante con ambas manos para no salir despedido por el tembleque infernal que sufre el coche. Es el coche de mi madre y creo que no lo estoy llenando de diésel barato, que es lo que consume.

El coche empieza a deslizarse y a alejarse de mí como arrastrado por una fuerza invisible. Cada vez está más lejos del surtidor y creo que la manguera no da para tanto, no alcanzará el depósito. ¿Qué está pasando? ¿Por qué se aleja el coche de mí? ¿No he puesto el freno de mano? Miro de nuevo al surtidor mientras trato de frenar el avance del vehículo y, efectivamente, no es diésel lo que le estoy poniendo. Es un carburante llamado "Libre". ¿Libre? Menudo nombre flipado para un carburante de coche. De repente despierto en mi cama y respiro libertad. Soy libre. ¿Qué cojones acabo de soñar?

Mi psicóloga insinúa que debería tomarme unas vacaciones, irme de viaje, quizá un *roadtrip* por Europa me podría sentar bien. Claro que sí, Doctora Jung, sus dotes de interpretación onírica siguen fascinándome a diario. Aquí tiene sus setenta euros la hora. ¿Cómo dice? Sí, sí, iré a visitar a su colega el de las pastillas para el cerebro, muchas gracias.

Hija de puta.

POISON IVY.

La librería en la que trabajo los lunes, miércoles y viernes por la tarde tiene un patio trasero habilitado para la lectura. Mi jefa me ha recomendado fumar ahí en lugar de en la puerta de entrada, así que salgo al patio y me fumo de forma compulsiva unos cuatro o cinco cigarros seguidos mientras pienso en mis cosas. Pienso y fumo. O más bien fumo y pienso, no lo sé, aunque dudo que sea capaz de hacer solo una de las dos cosas al mismo tiempo.

Me distraigo exhalando humo y mirando como se aleja, las formas que adopta antes de desvanecerse... A veces lo echo por la nariz. Otras veces por la boca, haciendo morritos, adoptando la mayor cara de imbécil que puedas imaginar para tratar de hacer aros

perfectos de humo. Tras varios intentos fallidos me avergüenzo, me enciendo otro cigarro y fijo mi atención en las plantas del patio. Miro al *potus* tristón y a sus hojas amarillentas. Me pregunto si lo ha regado alguien alguna vez. ¿Quién se encarga de cuidarlo? Igual es cosa mía. ¿Soy el encargado de regar las plantas del patio interior? Debería preguntarle a mi jefa.

Antes de la intervención humana, las plantas aguardaban pacientemente su turno para ser regadas de forma orgánica, en lo que podríamos describir como un proceso natural y azaroso de decantación pluvial. Esto ya no es así. Ahora igual resulta que me encargo yo.

Hoy en día tenemos a las plantas malacostumbradas con nuestras aburridas y calculadas pautas de riego. Estamos creando plantas débiles, plantas incapaces de soportar dignamente cualquier período de sequía, por breve que sea, como hacían estoicamente sus antecesoras.

"¡Agua ya! ¡Agua ahora!", piden lamentándose.

Al más mínimo signo de deshidratación acude la mano del hombre a paliar la sed. Siendo honesto, dudo seriamente que esta celeridad hídrica sea debida a nuestro amor por la naturaleza y la vida; es más, la considero una intervención basada al cien por cien en la más pura y recalcitrante vanidad.

El cuidado de las plantas nace de la vanidad humana y del deseo de mantener las apariencias. Es un cuidado puramente estético, un cuidado que poco o nada tiene que ver con la necesidad de la planta a ser de nuevo regada, hoy, ahora, de inmediato. En nuestra mente existe una imagen idílica de la madre naturaleza en su máximo esplendor que hace que salten las alarmas al primer indicio de decadencia o flacidez. *"La planta está pocha"*. Más agua, más abono, un nuevo fertilizante ¡Ya mismo!

Sin embargo, las sequías agudizan el ingenio de la planta, que busca nuevas formas de adaptación y crece de forma desesperada en un envite por encontrar su tan ansiada fuente de hidratación. No tiene lo que necesita así que se esfuerza en conseguirlo. El lujo en exceso atrofia el cuerpo y la mente de cualquier ser vivo, de eso no cabe duda.

Y voy más allá. ¿De verdad creemos que existen si quiera lo que denominamos como "plantas de interior"? Antes de que el ser

humano inventase las repisas llenas de libros y enredaderas, o esquinas de recibidor con paragüero y maceta... ¿Dónde pensamos que crecían esas plantas? ¿En cuevas? ¿En el interior de chozas de adobe y paja? Por favor, señores.

Todas las plantas son plantas de exterior y los seres humanos somos ridículos y nuestra obsesión por la botánica es absurda, banal e hipócrita.

"Quiero diseñar una naturaleza a medida, cómoda para la vista. Quiero que lo verde que me rodea se adapte a mi gusto y paladar"

Apago el cuarto cigarro dentro de la maceta del *potus* amarillento y esparzo bien la ceniza en la tierra. Aún así, la colilla la tiro al cenicero.

Dios aprieta pero no ahoga.

ALEX ES NOMBRE DE TÍO.

Recientemente un colega del instituto ha salido del armario (o algo así). Tenemos un grupo de *Whatsapp* bastante abandonado con otros diez o doce compañeros en el que nadie interactúa. De vez en cuando surge una notificación porque alguien ha escrito ahí por error o ha reenviado un *meme* muy cuñado o ha perdido a su perro o participa en un concurso para ganar cualquier chorrada y necesita votos... Por lo general nadie contesta nada nunca. Más que un grupo de *Whatsapp*, es un agujero negro de contenido irrelevante.

Esta vez, una notificación inesperada ha dado paso a un párrafo gigantesco por parte de uno de los miembros del grupo. He leído en diagonal sin prestarle mucha atención al tema y he entendido que Gonza sale del armario (o algo así), que ahora responde al nombre de "Alex" y que debemos respetar sus pronombres en caso de que nos lo encontremos por la calle.

En caso de que nos LA encontremos por la calle.

Lo curioso es que Gonza ya no está en este grupo de *Whatsapp*. De hecho, dudo que lo estuviera en algún momento. Silvia Vilasolans ha sido la encargada de hacernos llegar esta nota de prensa que claramente ha establecido el récord histórico de interacciones en el grupo. Corazones, arcoiris, enhorabuenas y muchos, muchos emojis de besitos y brazos musculados marcando bíceps. Sólo Silvia podía ser la portavoz de un caso tan socialmente relevante como este; siempre tuvo energía de delegada de clase y hasta lo llegó a ser en

dos ocasiones. El perfil de delegado de clase es narcisista, sociópata, emprendedor y muy repelente. Apuesto a que lo bordaría en política.

Es cierto que no he leído el mensaje entero (mucho texto), pero dudo que en él se resuelvan las dudas que me han surgido: ¿Se considera esto salir del armario? ¿Puede una persona transexual salir del armario, o el armario es un lugar reservado sólo para los gays? En cuyo caso... ¿De dónde salen las personas *trans*? Quizá deberían apropiarse del garaje. *"Bua, Gonza era un tío y ahora es una mujer, ha salido por fin del garaje"* ¿No tiene más sentido? A mí me funciona bastante bien como metáfora de la transformación que ha experimentado. Un cambio de sexo no es como un cambio de aceite, obviamente, pero cuadra bastante ¿No? En este caso podría llegar a decir que ha salido del garaje para meterse de lleno en la cocina. *Too soon?*

Por otro lado... ¿Sabe Gonza que Silvia lo está exponiendo aquí ante todo el grupo? ¿Ha visto alguien a Gonza en los últimos cinco años? A nadie le importó cuando Fran Tamayo estuvo tres semanas ingresado en el hospital por un accidente de tráfico... ¿Por qué nos iba a importar esto? Y por último... ¿Si Gonza es ahora una mujer, por qué ha escogido "Alex" como nombre? Sé que no es asunto mío pero dudo que esta elección vaya a facilitarle la transición lo más mínimo...

Finalmente he optado por sumarme a la ola de halagos, elogios y muestras de apoyo y he celebrado la noticia publicando un arcoiris y una bailarina flamenca. Éxito total, como era de esperar.

Las personas *trans* heredarán la tierra. Calculo que en unos treinta años toda la procreación humana será necesariamente *in-vitro* y los hombres *trans* serán el eslabón más bajo de la sociedad, ocupando el lugar que ocupan hoy en día las mujeres. Reducidos a meros vientres de alquiler con barba suave, serán los únicos cuya capacidad reproductiva seguirá aún intacta. Las pocas mujeres *cis* que aún sigan siendo fértiles se negarán a quedarse embarazadas y se someterán a ligaduras de trompas o a extirpaciones de útero para no jugársela. En su nueva posición de poder, solo por debajo de las mujeres *trans*, procrear estará supeditado a su carrera profesional dentro del campo del yoga, el tarot, la prostitución online o la realización de talleres de cerámica y *body-painting*. Por encima de los hombres *trans* estarán los hombres *cis*, la mayoría de los cuales no producirá esperma alguno. Toda fecundación se llevará a cabo gracias a las mujeres *trans*, que coronarán la jerarquía social dominando en todas

las categorías profesionales, artísticas, políticas y deportivas y abastecerán al mundo del semen necesario para mantener la especie a flote.

"WTF"

"xddd"

"¿Es necesario, esto?"

"Tío se te va la olla"

"lol"

"Qué cojones dices Denís??"

"Hola...??"

Se suceden las reacciones negativas a mi pequeña aportación, demostrando así que la gente no está lista para abordar según que temas trascendentales en un grupo de *Whatsapp* aparentemente tan abierto e inclusivo como este.

Cobardes.

HUMANUM EST.

Mientras Lozano Júnior (o "Lozanito" como yo le llamo) aparca el coche, no puedo evitar fijarme en el aviso de la pantalla central, junto al volante. Los sensores del vehículo pitan a todo volumen, más y más fuerte y de forma más y más seguida a medida que la distancia con la pared se va acortando. Unas imágenes muy sencillas aparecen en el monitor y cambian de color para advertir al conductor del obstáculo al que se aproxima. Verde, amarillo, naranja, rojo... *"¡Cuidado piloto!"*.

La inteligencia artificial advierte, y la inteligencia artificial no se equivoca. De hecho, solo podría equivocarse de estar programada para ello; programada a propósito para errar. Pero no lo está. No dispone de esa capacidad tan humana. Aún así, me ha sorprendido gratamente que sí disponga de la humildad suficiente como para mostrar el siguiente aviso parpadeante en la pantalla: *"Utilice referencia visual"*, como diciendo: *"Sí, mis sensores son infalibles, pero igualmente no te fíes al cien por cien de ellos. Utiliza el sentido de la vista humano para asegurar el tiro, por si acaso"*. Esto es sin duda una

humildad falsa, una humildad programada, pero me ha tocado la fibra.

La alarma de los sensores pita ya a todo lo que da el volumen del coche. Es muy molesta. *"¿Ya?"* pregunta Lozanito. *"Dale un poco más. Hay espacio"* contesto.

Finalmente nos hemos dejado guiar por la mejor de las referencias: La auditiva.

"Me cago en la puta Denís, que es el coche de mi padre joder... ¡Me has dicho que había espacio!"

Haberle hecho caso a la máquina.

COMO LO HARÍA CLINT.

Hace dos días entró una chica a la librería mientras limpiaba la estantería de atrás, la que está junto al baño. No parecía la típica chica que entra a la librería un miércoles a las siete de la tarde a hojear sin más. No parecía ni si quiera la típica chica que entra a la librería un viernes a las cinco de la tarde con la intención de comprar el último libro sobre empoderamiento femenino que le han recomendado en su podcast de empoderamiento femenino favorito, escrito por su *influencer* empoderada y femenina de cabecera.

Quiero ser muy claro en esto: Todas las mujeres me parecen iguales en la forma. En el fondo son distintas y aunque cada una se considere la protagonista de su propia película, carecen de la *stamina* y presencia necesarias para representar si quiera el papel del secundario simpático.

Esta chica no parecía la típica chica que se preocupa por protagonizar su propia película, lo cual la convierte, a mi parecer, en una candidata perfecta para hacerlo. Ni le importa la película ni necesita el papel. No conoce al director. Esa es la actitud de quien va de cabeza a ganar una estatuilla a mejor actor revelación. Su fondo lo desconocía en ese momento, pero su forma me había llamado la atención sin duda, hecho que no podía reflejarse ni en mi lenguaje corporal ni en mi rostro, bajo ningún concepto. Adopté automáticamente el posado *Clinteastwoodiano* de: *"Yo estoy a lo mío, ni te he visto ni me importa que estés aquí"*. Lo que aconteció a continuación va como sigue:

Paso el paño por el estante inferior; ella le indica algo a mi jefa en un papel que ha sacado de su *tote bag*. No alcanzo a oír nada de lo que dice.

Retiro cinco libros del estante del medio, los dejo en el suelo y procedo a pulverizar la superficie; ella asiente mientras mi jefa le habla sobre lo que intuyo es el contenido del papel.

Paso el paño por la superficie del estante, doblo el paño y vuelvo a pasarlo utilizando la otra cara del mismo; ella indica algo de nuevo en el papel (que ahora sostiene mi jefa) y se recoge el pelo sobre la oreja derecha con un gesto del dedo corazón en una, dos y tres ocasiones hasta que el pelo queda bien sujeto.

Recojo los cinco libros del suelo y los coloco en la estantería; a ella le suena el móvil y deja a mi jefa con la palabra en la boca y el papel en la mano.

Recoloco los libros en el orden en el que deberían ir; ella busca el móvil frenéticamente en su *tote bag*.

Vuelvo a colocar los libros por tercera vez, ahora en el orden correcto; ella encuentra el móvil, cuelga la llamada con furia y lo lanza de nuevo al fondo de la *tote bag*.

Coloco los mismos cinco libros de nuevo en la estantería, esta vez haciendo contacto visual con los tomos para asegurar el tiro; ella atiende a las explicaciones de mi jefa que le devuelve el papel y señala con el dedo hacia mi posición.

Tiro dos libros del estante superior sin querer y al tratar de cogerlos al vuelo me golpeo la cabeza contra el canto de la estantería; ella anda hacia mi dirección con paso decidido.

Golpeo la estantería con furia, lo cual precipita la caída de los cinco libros del estante del medio que tanto me ha costado colocar en orden; a ella le suena de nuevo el móvil y se detiene en seco.

Llegados a este punto el posado *Clinteastwoodiano* es ya inadoptable. Dudo que Clint se hubiese peleado jamás con una estantería de la forma en la que yo lo estaba haciendo, y definitivamente Clint hubiese ordenado los libros perfectamente a la primera porque no hubiese estado pendiente de la chica que había entrado en la librería. Me enfadé mucho conmigo mismo y huí despavorido al lavabo. Un niño de cinco años, en eso me había convertido esa

mujer. En un niño de cinco años y medio que sería la vergüenza de su propio padre y definitivamente de Clint Eastwood. Qué patético.

Una vez más le sonó el teléfono a la chica, que debía encontrarse frente a la puta estantería que estaba limpiando yo un segundo antes, porque esta vez cogió la llamada y pude escuchar perfectamente su conversación, a mi parecer, mucho más discusión que conversación. *"¡Que sí lo tienen!"* repetía. *"¡Y yo qué iba a saber! ¿Cómo iba a saberlo yo?"* insistía. Ella estaba definitivamente desesperada por encontrar un libro y yo estaba desesperado por salir del baño en el que me había encerrado para evitar un encuentro que ya adelantaba iba a ser incómodo.

No sé que me pasa con las mujeres no-protagonistas. Con las mujeres a las que les da igual la película. Me descolocan, me alteran. Poseen una energía mística femenina que me desarma y me hace huir como un cobarde a esconderme en el primer lavabo que encuentre. Y ahí me encontraba yo precisamente, pegado a la puerta del minúsculo lavabo de la librería, escuchando una conversación ajena, incapaz de salir y establecer el mínimo contacto humano con esa persona, un simple: *"Ei, hola... ¿Te puedo ayudar en algo? ¿Buscas un libro, verdad?"*

Golpeé la puerta con la frente, cogí aire, me hinché de valor y salí del baño con la cabeza bien alta, solo para encontrarme a la chica visiblemente alterada con el móvil pegado a la oreja. *"Ahora te llamo"*, soltó. Volvió a tirar el teléfono al fondo de la *tote bag* con un desprecio solo equiparable al del gorila albino "Copito de Nieve" lanzando sus heces contra el cristal de su escaparate, que era su celda. Impresionante. Debía odiar al interlocutor tanto como "Copito de Nieve" odiaba a los visitantes que se agolpaban frente al cristal para sacar fotos de su triste cautiverio. Increíble bestia, Copito. Que en paz descanse.

La interacción que mantuve con ella empezó mal y a trompicones, ya que no se me ocurrió otra cosa que establecer de primeras que yo *"Estaba en el lavabo"* porque *"necesitaba ir al lavabo",* como si la chica hubiese reparado en ello en algún momento. Resulta que mencionar obviedades que la otra persona ha pasado por alto no es la forma idónea para iniciar una conversación con un desconocido. La chica me pidió ayuda para encontrar un libro y acto seguido soltó un monólogo absolutamente innecesario; una especie de prólogo interminable a un trámite que podía zanjarse en treinta y cinco segundos de reloj. El conflicto recaía, a grandes rasgos, en que su hermano tenía un libro favorito, que ella había prestado a alguien,

que ese alguien lo había perdido, y que su hermano estaba enfadado por ello, porque resulta que ese libro favorito suyo era en realidad propiedad de un tercero que ahora se lo reclamaba de vuelta. Nada en el mundo podía importarme menos, la verdad.

"La chica del mostrador me ha dicho que lo tenéis seguro"

Puntualicé que la chica del mostrador era mi jefa y que era más mujer que chica, teniendo en cuenta su edad. Esta nota cómica al pie no obtuvo la respuesta que yo pretendía. Ni una ligera sonrisa. Estaba visiblemente alterada, casi al borde de la histeria, y encontrar el libro le corría mucha prisa. (No tanta prisa, teniendo en cuenta la increíblemente larga y detallada explicación que me había dado sobre el origen de su desasosiego). Dí por hecho que las represalias a las que se iba a enfrentar si no conseguía devolverle el libro a su hermano iban a ser terribles, así que le pregunté por el título, sin más. Me mostró el mismo papel que le había enseñado antes a mi jefa: "J.D. Salinger — El guardia del centeno // Alianza dos mil siete".

"En realidad es 'El guardián entre el centeno'. El título del libro que buscas es 'El guardián entre el centeno'. Es un clásico."

La chica pasó por alto mi corrección a su imperdonable errata y me hizo saber de manera fulminante que el libro que buscaba debía ser necesariamente de Alianza Editorial. Una edición del dos mil siete. Debía ser esa edición en concreto. *"Sólo puede ser esa edición, de verdad"*. Debió repetirlo hasta en cuatro ocasiones, dos de las cuales fueron acompañadas de toquecitos en el papel con el dedo índice. Estaba de suerte, pues en efecto, sí teníamos esa edición en concreto, de la cual si mal no recuerdo, el ISBN es el nueve siete ocho, ocho cuatro dos, cero seis seis, cero ocho cinco uno. *"Aquí está. El guardián entre el centeno."* Sostuve el libro victorioso y henchido de orgullo, esperando que la chica pudiese reconocer mi gesta, mi buen ojo al encontrarlo entre tanto libro y mis notables dotes mnemotécnicas. Muy a mi pesar, se limitó a arrebatármelo de las manos sin piedad alguna y mirándolo como si nunca antes hubiese visto un libro, espetó:

"¿Este es, no? ¿El del 'Jota Dé' ese, no?"

Todos tenemos un límite. Puede que esta chica tuviese madera de protagonista sin querer serlo, pero su falta de tacto y su arrogante incultura habían colmado el vaso de mi paciencia. Ni un gesto de agradecimiento, ni un guiño de reconocimiento. Solo la pregunta más impertinente con la que jamás me habían confrontado en la

librería. *"El 'Jota Dé'... ese"*. A partir de aquel momento la chica cayó del pedestal en el que la tenía subida y dejó de ser ese ser de luz que tanto miedo y respeto infundía en mi persona para pasar a ser un fulano más. Un mengano de tres al cuarto dispuesto a pisar a todo el que se le pusiera por delante para conseguir su objetivo. Objetivo que, por otro lado, ella misma desconocía totalmente y hacia el que se dirigía dando palos de ciego sin tener en cuenta a nada ni a nadie. Hasta aquí habíamos llegado. Clint Eastwood había vuelto a escena, y la película se iba a rodar sin cuotas de género, sin tener en cuenta la sensibilidad de la audiencia y pasando por alto que ella quisiera o no participar en el filme, es decir, sin consentimiento alguno.

"Sí, exacto... José Daniel Salinger. Todo un clásico de la literatura moderna."

La guerra se gana con pequeñas victorias relámpago. *Blitzkrieg-style.* Puede que no la vaya a volver a ver, puede que esta chica, cuya forma me deslumbró, jamás vuelva por la tienda. Puede que no recuerde mi cara ni la excelente atención que le presté en su momento. Pero mi satisfacción recae en que pude sobreponerme al pavor que me causa esa feminidad desmedida, y en que, si algún día le preguntan, su ego pretencioso mencionará sin pudor alguno a Jose Daniel Salinger, el gran clásico inexistente de la literatura, retratándose para siempre frente a quien sea quiera impresionar a toda costa. Jaque mate, nena.

"Hacía mucho que no mencionabas a ninguna chica en la consulta, Denís... ¡Oye, está muy bien! ¿Crees que hay alguna posibilidad de, digamos... llegar a conocerla más, quedar con ella...?"

"Bueno, parecía interesada... le pedí el teléfono y todo."

"¡Pero eso es genial, es un gran paso! ¿Le has escrito? ¿Vas a llamarla para quedar...?"

"Bueno sí, es que... No, porque no me lo apunté... y... bueno. Se me ha olvidado el número. Tengo muy mala memoria para los números..."

De vez en cuando hay que mentirle a tu terapeuta para darle una alegría. Que sienta que ayuda de algún modo. Que sienta que su trabajo tiene algún significado, que va hacia algún lado. No quiero que un día se me hunda en plena sesión...

Muy en el fondo... la forma es lo más importante.

SILENCIO, SE RUEDA.

La pedantería con la que desenvuelven los dos actores protagonistas de este rodaje es abrumadora. Ambos deben andar entre los cincuenta y la muerte, ambos son británicos (lo cual da como mucha más rabia) y ambos se sienten y se saben el centro de atención. Uno de ellos es claramente el "famoso", mientras que el otro no ha tenido tanta suerte en la vida ni en este sector tan competitivo. Peores roles, peores condiciones... menos "fama". La fama a la que tienen acceso es una fama triste, una fama *low cost*, entrecomillada, aunque no por eso deja de satisfacer sus gigantes egos de actor. Aquí nadie les conoce de nada, que quede claro. Ni aquí ni probablemente en su puta casa tampoco.

El primero se cree merecedor de cierta devoción por parte de los demás actores del reparto, que no le prestan atención porque están muy ocupados haciéndose *selfies* para fardar de trabajo. *"¡Mirad, tengo trabajo! ¡Todos esos cursos de improvisación y talleres de acting han pagado la pena, mirad!"* Los extras están esparcidos por el set, sentados dónde buenamente pueden, en cualquier sitio. Sobre un montón de ropa, en una mesa, en una caja de plástico, sobre un *pack* de cartones de leche... Parecen muebles abandonados frente a un contenedor en el día equivocado. Cuando la voz del director o de una de las *producers* se eleva más de la cuenta, reaccionan de inmediato, tensándose, como movidos por una fuerza invisible, mirando en todas direcciones esperando ser los elegidos para la próxima toma. Falsa alarma. *"Hoy no hay recogida, chicos, el camión pasa los miércoles..."*

Las luces son la parte más esencial de esta industria tan oscura. Focos arriba, focos abajo, difusores, reflectores, doble intensidad, triple intensidad, más luz, otro foco, más brillo, luz, más luz, luces, cámaras, acción. Nadie vive tan iluminado como un actor. Resulta irónico que las luces sólo se proyecten sobre aquellos que no tienen absolutamente nada que decir por sí mismos. Ponemos el foco en el lugar equivocado, sobre las personas equivocadas. Loros de repetición que vomitan palabras escritas por otros más inteligentes y menos atractivos que ellos. Actores. Y los extras tampoco se salvan. Sobreactúan cada interacción forzando muecas y gestos imposibles e inorgánicos para lograr algo más de protagonismo, para rascar algo más de luz de todos esos focos que iluminan el *set. "Actúa con naturalidad"* es la *kriptonita* del extra, puesto que no puede entender si quiera qué quiere decir "naturalidad". Todo en él es impostado y *performático.* Por no saber no saben ni saludar sin parecer un puto robot programado por un ingeniero autista que no ha salido nunca de casa de su madre. Son patéticos.

Me parece increíble que toda esta peña se tome su trabajo en serio. No dejo de observarlos y tanto los protagonistas como los extras se están tomando muy en serio su trabajo. Se lo toman en serio, pero no desde la seriedad, en cuanto a que aprecian su importancia y respetan el valor del oficio, si no desde el egocentrismo y la soberbia. *"Me tomo esto en serio porque me tomo muy en serio a mi mismo"*. No hay oficio menos serio y más irrelevante que el de actor al servicio del marketing. La mentira y la impostura personal al servicio de la mentira y la impostura corporativa. *Shoot me.*

Apuesto a que todos ellos aspiran a ser grandes actores y actrices. Apuesto a que lo quieren ser a cualquier precio; venderían a su madre o a su hermano si fuese necesario. Apuesto a que desconocen los orígenes casi religiosos del arte ancestral de la dramaturgia. Estos "actores" avanzan en esta industria totalmente a ciegas sin conocer *la Orestíada* de Esquilo, la *Antígona* de Sófocles... Las comedias de Aristófanes... Los cimientos del arte dramático, a fin de cuentas. Actores enmascarados exaltando pasiones ante un público fascinado, perplejo, embelesado frente a los movimientos y las palabras proferidas por auténticos profesionales del arte del engaño.

Hoy por hoy siguen engañando, que no tanto emocionando, pero el arte en sí mismo ha quedado atrás. Ahora a estos "actores" sólo les impulsa el amor propio, los sueños de fortuna y fama *hollywoodiana* que ocupan su cerebro gracias a la misma propaganda que emite el sector. Si se hubieran detenido un segundo a observar de cerca toda la narrativa existente del lujo y el exceso de *Hollywood*, se darían cuenta de que el sueño que persiguen es tan artificial, insignificante y ficticio como la misma industria. ¿Cómo pueden picar el anzuelo viviendo la profesión desde dentro? El cazador coloca la trampa y la camufla con follaje para, segundos más tarde, pisarla con todas sus fuerzas. *"¡Pero si ese pedazo de suelo parecía seguro!"* Exclama mientras se retuerce de dolor. Pobre imbécil.

La industria que hay detrás de las agencias de modelos y actores busca romper moldes. Los modelos y actores buscan encajar en el molde ideal de modelo y actor, lo cual representa una paradoja total para quienes pretenden "triunfar" en esa profesión. Un "triunfo" entrecomillado siempre, sin duda alguna, pues no hay triunfo posible en el triste y despiadado oficio de la mentira.

"Vale, el chico grandote de verde, ponte un pelín más a la izquierda. Un poco más... Sí, ahí, ahí va bien, no te muevas ¿Vale?... ¡Silencio, por favor! ¡Desde arriba! Luces, cámaras... ... ¡Acción!

Aún así, doscientos pavos son doscientos pavos.

QUIS CUSTODIET IPSOS CUSTODES?

Me resulta imposible no estar pendiente de las cámaras de vigilancia y video-seguridad que inundan la ciudad. Allá a donde vaya, donde sea que esté, siempre escaneo el espacio a fondo con la mirada, cada esquina, cada poste de luz... Busco un reflejo, un pequeño monitor rojo parpadeante, cualquier signo que me indique que hay un circuito cerrado de grabación por video observándome en ese preciso instante. Cuando lo encuentro, mi instinto me lleva a tratar de averiguar cuál es su punto ciego.

Este hábito cultivado por años y años de participación en foros de esquizofrénicos online no parece muy útil hoy por hoy, pero confío en que llegará un día en que será absolutamente necesario para realizar cualquier actividad prohibida por el gobierno de la IA, como fumar, sonreír demasiado o entablar una conversación casual con alguien cara a cara.

Identificar a los vigilantes silenciosos implica establecer contacto directo con la cámara. En ese instante siempre hay un pensamiento fugaz que cruza mi mente *"Ya está, ya me tienen. Me han reconocido"* seguido de un giro de cabeza instantáneo para apartar la mirada, arrepentido. Soy consciente de que no hay nada más sospechoso que ese gesto, así que por lo general trato de disimularlo volviendo a mirar a cámara de forma desafiante. Le guiño un ojo y sigo mi camino con la atención puesta en más objetivos. Soy el vigilante de vigilantes, el cuarto poder del cuarto poder, el *Atman* reencarnado. Soy el universo experimentándose a sí mismo, consciente de la vigilancia ininterrumpida y vigilando de vuelta. Un cazador en la noche, un sonámbulo en el Matrix. Soy la bestia negra del Nuevo Orden Mundial.

"Hoy te noto algo distraído, Denís..."

"Tienes una cámara ahí en el techo pegada... ¿No estaba antes, no?"

"No, pero no graba nada, es solo para disuadir... Entraron a robar en la consulta la semana pasada"

La cara que ha puesto la psicóloga cuando le he guiñado el ojo bien ha valido los setenta euros de la sesión.

DERIVA MÍSTICO-SEXUAL.

No suelo viajar a menudo. No me gusta. Por lo general empiezo a sentir la presión del lugar al que voy a viajar mucho antes de llegar al destino. Esto es culpa de las innecesarias y no solicitadas recomendaciones de terceros. *"No te pierdas esto"*, *"tienes que comer aquí"*, *"sé de un sitio al que solo va la gente local"*, *"el atardecer desde esta playa es increíble"*... Gracias por el agobio, tomo nota.

Decir que vas a algún lado (a cualquier lado) incita a quien tengas enfrente a explicar su experiencia en ese sitio, sea cual fuere. Da igual que lo haya vivido como una película Disney o como el mismísimo holocausto judío, te lo va a contar con pelos y señales, quieras o no. En el caso de que vayas a un lugar en el que no ha estado, tampoco te libras, porque contará sin pudor alguno la experiencia de la persona más cercana que conozca que sí haya estado allí (su primo, su mejor amiga, el cuñado de la compañera de clase de su ex-jefe...) y la contará con el máximo conocimiento de causa, como si la hubiese vivido él en primera persona. Si viajases a Roma recibirías una explicación desde el punto de vista de Rómulo o Remo, tal es el nivel de cuñadismo turístico.

Si no me queda más remedio y he de viajar (siempre a regañadientes y en contra de mi voluntad), prefiero viajar dentro de los límites de mi propio país. Cruzar fronteras está sobrevalorado y lo que pueda encontrar ahí fuera no dejará de ser una versión más confusa y hostil de lo que ya puedo encontrar en la geografía nacional.

A la hora de conocer el lugar al que viajo, prefiero andar. Prefiero visitarlo a pie. Me decanto por el estilo *situacionista* que tanto gustaba a Guy Debord. Deambular sin rumbo. Poner en práctica la *psicogeografía* me permite establecer una primera toma de contacto con el lugar y sus gentes de forma rápida, sin desgastarme demasiado. Realmente no quiero visitar nada en profundidad. Debord debía ser un capullo integral por el simple hecho de acuñar semejantes términos, pero prefiero perderme por mi cuenta a sumarme a un tour liderado por un psicópata con micrófono que va explicando las anécdotas más irrelevantes a todo un rebaño de turistas descerebrados.

Y precisamente sumergido en esa deriva, me detengo frente a una tienda de restauración de antiguallas. No sé en qué distrito me encuentro de la ciudad. Tampoco me importa. Mis pies me han llevado hasta aquí y aquí me detengo. El anticuario parece ser una de esas tiendas que sirven de tapadera para ocultar el síndrome de

Diógenes del señor que las regenta. ¿Conservar patrimonio o acumular mierda? Esa es la cuestión.

"¿Bonito, no?" me pregunta el dueño asomándose por la puerta. Sé que es el dueño porque se apoya con demasiada fuerza en el pomo. Le digo que sí, que me gusta lo que veo en el escaparate. *"Ven anda, entra, entra que te va a encantar. ¡Esto es una experiencia única!"*

Ante semejante premisa no puede uno negarse. Las experiencias únicas se cuentan con los dedos de una mano, así que accedo al interior del local. Es una tienda oscura colmada de vasos, cuadros, mecheros, radios antiguas, estampitas, teléfonos, monederos, dedales... Toda clase de artilugios rotos y en claro desuso. Por ahora y hasta donde alcanzo a ver, parece la experiencia de anticuario estándar que uno puede esperar de una tienda de antigüedades.

"¿Qué te parece?" me pregunta el propietario. Le contesto que me parece bien, que todo es muy bonito. Le digo que hay cosas interesantes y toqueteo sin mucho entusiasmo esto y aquello, señalando a ningún lado para no hacer alusión a nada en concreto. No quiero conocer la interesantísima historia detrás de este peine o esta caja de cerillas.

"Este lugar es una tesis doctoral antropológica. El trabajo de toda una vida. Aquí se encuentra el conocimiento que la estupidez humana ha desechado a lo largo de los años... ¿Lo sientes?"

El tipo sigue con su discurso sin que me haya dado tiempo a procesar la información o a saber si quiera si lo siento o no.

"Por lo que veo en tus ojos, sí lo sientes. Sí puedes sentirlo. ¿Es mágico, verdad?"

Llegados a este punto he perdido toda esperanza de vivir la experiencia única que se me vendió en la puerta y lo que inicialmente me había parecido un museo de objetos descartados empieza a antojárseme como una enorme pila de basura y chatarra. La intensidad del dueño y el misterio con el que intenta pintarlo todo ha arruinado el encanto, si es que lo ha tenido alguna vez.

"Este sitio es una historia interminable. Una historia que va desde el origen del cuento hasta hoy mismo... Y más allá también."

Decido seguirle el juego, tirarme al barro. Me lo juego todo a una carta:

"Todos vivimos el mismo cuento ¿No?"

El tío medita en silencio por unos instantes y yo me creo victorioso. Le he vencido. Se acabó la magia. He roto el hechizo. Pero no, el cabrón vuelve a la carga.

"No, no todos. Si no yo no estaría aquí. Ni tú tampoco, chico. Pero no te preocupes... Porque el cuento va a acabar bien. Te lo digo yo. El cuento termina bien..."

Me dirige una mirada absolutamente *creepy* y una media sonrisa que me pone en guardia. ¿Está intentando ligar conmigo? ¿Es este rollo de "terminar cuentos" una especie de código secreto gay para hacer *cruising*? Se me acelera el pulso y salgo de la tienda sin mediar palabra. Confieso que al principio pensaba comprarle algo, aunque solo fuera por compromiso. Al final lo único que me llevo es la moto rarísima que me ha vendido y esta sensación extraña de haber sido violado... ¿Con palabras? Dios. Qué puto asco.

Ando a la deriva por las calles de esta ciudad que no conozco preguntándome cuál es el cuento y por qué no iba a acabar bien. Ojalá acabe bien. Sin mariconadas.

PASAJEROS AL TREN.

El tren es un medio de transporte práctico. Un vehículo desplazándose sobre raíles de punto A a punto B. Fácil. Útil. Este país es llano, diáfano. El tren es un medio de transporte que tiene sentido en este país.

Aún así, echo en falta algo de glamour en los trenes. Es muy posible que practicidad y glamour sean características contrarias que se repelen la una a la otra. Cuanto más práctico, menos glamuroso y viceversa. Una pluma *Montblanc* o *Caran d'Ache* con incrustaciones es sin duda un objeto precioso lleno de glamour, pero en cuanto a practicidad en la escritura se refiere, el boli *Bic* le pasa la mano por la cara. La clase obrera de los bolígrafos se mea en la boca de tu pluma de trescientos mil pavos.

A principios del siglo XIX uno podía viajar cómodamente en vagones de tren con muebles más bonitos y mucho mejores que los que tenía en su propia casa. Desde alfombras persas hechas a mano a juegos de té de porcelana, cubertería de plata, hasta cortinas de

seda cubriendo cada ventana. También es cierto que tardabas tres días en recorrer trescientos kilómetros. El glamour se imponía a la utilidad en sí: llegar rápido.

En el tren del futuro (lo que hoy aún conocemos como *Hyperloop)* podremos cruzar el Atlántico en apenas tres horas, incómodamente embutidos en un supositorio ingrávido en el que solo habrán cuatro asientos y ni una triste escotilla. Nos dispararán vía oceánica rectal a una velocidad absurda hasta alcanzar nuestro destino (probablemente Nueva York) en el que no nos darán ni los buenos días al llegar. Ni una palmadita en la espalda, si quiera. Nada de nada. Durante esas tres horas de viaje ultra-rápido lo único que podremos hacer es vomitar en la escafandra que llevaremos puesta para ese mismo cometido (contener la pota) y desmayarnos posteriormente. Futuro uno, glamour cero.

Tras meses de reflexión, he establecido un paralelismo entre la movilidad ferroviaria y buscar pareja. Si buscas novia, cosa que no deberías hacer nunca jamás bajo ningún concepto, debes pensar en términos de practicidad y no de glamour. La mujer glamurosa llama más la atención, y en consecuencia, conlleva una mayor responsabilidad. ¿De verdad quieres convivir con las miradas de los demás hombres posadas sobre tu chica? Aprende algún arte marcial si lo que buscas en una mujer es glamour, lo vas a necesitar.

La característica esencial en la mujer de tus sueños es la practicidad. Y no tanto desde el punto de vista "unamuniano" de *Amor y Pedagogía*, en el que la reproducción genética perfecta es el fin, si no a un nivel práctico real. Una mujer simple y llanamente práctica.

"Es útil, cumple con la labor que le ha sido asignada, pasa desapercibida y me lleva de punto A a punto B a una velocidad punta media superior al resto. Coste de mantenimiento bajo y sin contratiempos."

Nunca escojas a la chica que está como un tren (del siglo XIX). Acabarás descarrilando.

ASCENSO Y CAÍDA DE UN COWBOY DE POLÍGONO.

Acabo de recibir una gran noticia. A partir de la semana que viene me encargaré personalmente de seleccionar los libros que exponemos cada mes en el mueblecito azul de la entrada. Una auténtica promoción laboral y una muestra de confianza más por parte de mi jefa, que es sin duda la única mujer que deposita algo de esperanza en mí y en mi buen gusto literario. Dios la bendiga.

Puede que "Mudanzas Lozano" me dé de comer, pero es en la librería donde realmente puedo llegar a hacer carrera. Por ahora sólo voy los lunes, miércoles y viernes por la tarde, pero quién sabe si más adelante pasará a ser mi trabajo principal. Esto es una promoción, es una buena noticia. No acostumbro a recibir buenas noticias, así que decido celebrarlo por todo lo alto y alquilo un *Chevrolet Camaro RS-Z veintiocho* del año sesenta y nueve totalmente negro para salir a pasear por la zona de polígonos industriales.

Las ventanillas están bajadas y en la radio suena a todo volumen *Dead of night* de *Orville Peck*. Miro por el retrovisor izquierdo mientras lo ajusto manualmente inclinándolo un poco hacia abajo. Siempre me ha gustado ver más asfalto que cielo mientras conduzco. Y también mientras ando, en realidad. Básicamente prefiero ver más asfalto que cielo todo el tiempo.

El sol se hunde en el horizonte de hormigón y las farolas del polígono empiezan a iluminarse con una luz difuminada, anaranjada y débil. Agarro el volante con la mano izquierda y piso el acelerador. El motor del *Camaro* ruge mientras cambio rápidamente de marchas: segunda, tercera... Las farolas se suceden a más y más velocidad, proyectando su luz contra los laterales del vehículo y generando un parpadeo deslumbrante muy molesto. Cuarta, quinta... Mi mirada está fija en la carretera, que va perdiendo nitidez a medida que suben las revoluciones del coche. Abro la guantera sin apartar la vista del frente y pillo un paquete de *Marlboro Red*. Saco un cigarro mordiéndolo con los dientes y tiro la cajetilla al asiento del copiloto. Cojo el mechero del salpicadero **click*, *click*, *click**. El aire entra a toda velocidad por las ventanillas dificultando la tarea **click*, *click*, *click** ¡Ahora! Doy una calada profunda y exhalo una nube gigantesca de humo blanco que sale instantáneamente al exterior dejando una estela tras el vehículo. Perfecto. Suena *Other people* de *Beach House*. Subo el volumen, doy otra calada y exhalo de nuevo sujetando el cigarro con los labios. A lo lejos, dos faros relucientes se aproximan por el carril contrario. Meto sexta, giro ligeramente el volante a la izquierda y cruzo la doble línea continua. Oigo pitidos de camión en la distancia. Subo el volumen de la radio al máximo, esta es mi parte favorita: *"Was it ever quite enough?..." "Was it ever quite enough?..."* Cierro los ojos mientras el claxon del camión vuelve a sonar, más fuerte, más seguido, más cerca. Piso el pedal a fondo y ruge el *Camaro*. *"Was it ever quite enough...?"*

"¿Te parece bien, entonces? Denís. ¿Hola? ¡Denís!"

Mi jefa me mira fijamente y golpea tres veces la parte superior del mueblecito azul de la entrada con la palma de la mano. Reacciono levantando las cejas.

"Digo que con que escojas cuatro o cinco libros ya está bien. Eso sí, tienen que pasar mi filtro ¿Vale?"

"Sí"

"¿Sí?"

"...Sí."

"Venga pues, pásame los títulos esta semana y tu mismo te encargas de colocarlos ¿Vale?"

"Sí, vale, perdona... ¡Gracias...!"

Creo que voy a posponer la celebración de momento, tengo mucho trabajo que hacer.

LO QUE DE VERDAD IMPORTA.

Me llama Lozanito a las cuatro AM y me dice que acaba de hacer un trío. Está hiperventilando, está eufórico. Le digo que es un hijo de puta, que me ha asustado muchísimo con la llamada, que si no podía esperarse a contármelo por la mañana en la furgoneta mientras curramos, que me ha despertado y pensaba que era por algo importante.

"¿No te parece importante esto?"

La verdad es que jamás me lo había planteado. Jamás he pensado en lo importante que puede llegar a ser un *ménage à trois* para un hombre monógamo inmerso en una relación estable de más de diez años. O para cualquier hombre, realmente.

"¡¿No te parece importante?!"

Me parece muy importante y a pesar de estar molesto aún por el sobresalto, dejo que me cuente al detalle como ha ido la cosa. Estoy demasiado dormido como para entender todo lo que me dice y él está demasiado acelerado. Consigo quedarme con palabras clave como *"Increíble" "Fua, tío" "rubiaza que flipas"* o *"Iba demasiado borracho, seguro que es por eso, pero de lo otro hemos hecho de todo..."*

Le digo que mola y que me alegro por él, pero que estoy demasiado sobado y mañana tenemos mudanza temprano, que debería acostarse ya.

"Fua, tío. ¡Para acostarme estoy yo ahora!"

Cuelgo el teléfono y me río tumbado boca arriba en la cama. Mañana tendré que cargar con los muebles y con el hijo del jefe a cuestas también. Hijo de puta. Entretengo momentáneamente la idea de hacer un trío pero en seguida la descarto. Si tener que lidiar con una mujer se me hace cuesta arriba en cualquier contexto, con dos a la vez en una cama no quiero ni imaginarlo. Resoplo.

"Fua, tío..."

VOLVER.

Hay un señor en mi vecindario que tiene palomas mensajeras en su casa. Tiene una bandada de palomas mensajeras y las suelta cada día a la misma hora. Sale a su terraza, abre la compuerta del palomar y salen despedidas a toda velocidad aleteando como si su vida dependiera de ello.

Vuelan juntas en formación y no se alejan demasiado. Rodean el edificio y van y vienen. Algunas se paran en la cornisa y luego se precipitan al vacío para unirse de nuevo al grupo. Giran y giran y dan vueltas alrededor del palomar, que es su nido, que es su hogar. Cuando ha pasado un buen rato, el tío les da una señal ondeando una sábana blanca a modo de bandera, o igual es una bandera blanca muy grande que parece una sábana, y éstas vuelven rápidamente, entrando al palomar en tropel. Día tras día, tras día, tras día.

Me sorprendió mucho descubrir que las palomas mensajeras no van a ningún sitio. Sólo vuelven. Vuelven de todos lados, pero nunca van. Las palomas mensajeras no van a ningún sitio nunca. Tú las llevas donde quieras y al soltarlas vuelven a su palomar. Da igual cuán lejos las lleves, ellas siempre vuelven.

Mi vecino da de comer a sus palomas y las provee con un techo y protección. Ellas no son del todo libres, pero les compensa esa suerte de simbiosis. Si se las llevase lejos algún día, ellas volarían de vuelta al palomar, que es su nido, que es su hogar. Traerían el mensaje que él quisiera, bueno o malo, sin saber si quiera que lo están portando, sin ser conscientes de que están llevando a cabo una tarea más o menos valiosa, más o menos vital. Ellas no van a ningún lado, sólo vuelven, y siempre vuelven por volver, no por llevar a cabo

un cometido. No hay una misión que ennoblezca su regreso, su vuelta al hogar, que es su nido, que es su palomar. Sólo vuelven.

"¿Has pensado en realizar alguna actividad al aire libre, Denís? Buscarte un hobby más allá de leer o levantar pesas en casa... Mi hijo juega al pádel últimamente ¿Lo has probado?"

Si yo recibiera setenta euros por cada hora que paso sin ayudar a alguien pretendiendo escucharle, también podría permitirme pagarle al gilipollas de mi hijo partiditos de pádel con su pandilla de amigos imbéciles en el club de campo de Villapijo.

"No, no, pero vamos... Es como una mezcla de tenis y frontón o algo así ¿Verdad?"

"Algo así... Míratelo, porque es muy divertido... ¿Vuelves la semana que viene, entonces? ¿Martes a la misma hora?"

Siempre vuelvo.

CIENTO TREINTA Y OCHO SEGUNDOS.

Saco los prismáticos y observo la entrada de la sucursal bancaria. Tengo una posición privilegiada desde la azotea. Le echo un vistazo al reloj de pulsera. Es la hora. Un furgón oscuro se detiene delante de la puerta del banco. De la parte trasera del vehículo se bajan cinco hombres encapuchados que corren hacia la entrada. Suelto los prismáticos, me cubro tras la repisa, inicio la cuenta atrás en el móvil y le hablo al *walkie-talkie*:

"¡Ciento ochenta segundos a partir de ya!"

Me quito el mono de trabajo rápidamente y abro el maletín negro que tengo a mi izquierda donde guardo la ropa de paisano. Gafas de aviador con cristales reflectantes, una camisa de manga corta rosa fucsia con estampado de flores azules, unos tejanos desgastados, una camiseta de tirantes blanca y un cinturón con una hebilla dorada en forma del estado de Texas. Saco algo de brillo a la hebilla con la manga y la beso orgulloso antes de colocármela en el cinto. Mi trabajo aquí está hecho. Guardo el mono en el maletín y me dispongo a abandonar mi posición cuando de repente se escuchan disparos.

No deberían oírse disparos. Siempre se oyen disparos demasiado pronto cuando algo se tuerce. Nadie quiere oír disparos demasiado pronto cuando tiene un plan calculado al milímetro que no incluye

disparos más allá del minuto tres. Las balas están contadas. Los disparos deberían reservarse para la huída. Miro el móvil: ciento veinte segundos. Se escuchan dos disparos más. Maldita sea. Ya oigo las sirenas a lo lejos. Acabamos de perder cuarenta segundos como mínimo. Un recorte de tiempo potencialmente catastrófico para la operación que resto de la cuenta atrás al instante.

Cojo los prismáticos de nuevo, vuelvo a asomarme a la cornisa y observo atento la puerta del banco. Setenta y ocho segundos y contando. ¿Qué cojones está pasando? Saco el *walkie-talkie* y le chillo como un condenado. Me cago en Dios varias veces y no dejo a ninguna de las madres de los cinco hombres encapuchados sin nombrar. Repito hasta en tres ocasiones el tiempo del que disponen.

"¡Tenéis un puto minuto! ¡¡Uno!!"

Joder, las sirenas de la poli suenan cada vez más cerca. Cincuenta segundos. Guardo los prismáticos y el *walkie-talkie* en el maletín y corro hacia la puerta de la azotea. Bajo corriendo las escaleras una planta hasta donde espera el ascensor y entro. Pulso repetidas veces el botón "B" *"Venga, venga, venga, venga..."* Las puertas no han acabado de abrirse aún al llegar al *hall* principal y ya me estoy escurriendo a través de ellas a toda prisa. Quince putos segundos.

Demasiado tarde.

Salgo a la calle mientras varios coches de policía derrapan dramáticamente frente al banco y dos encapuchados salen de la sucursal cargados con bolsas de deporte negras, rifles en mano. ¿Dónde cojones están los demás? Ya no importa...

Uno de los encapuchados hace contacto visual conmigo desde el otro lado de la acera. Chilla y corre hacia mi desesperado. Cinco segundos. Me va a delatar si dejo que el contador llegue a cero. La policía abre fuego y yo agarro fuerte la hebilla de mi cinturón y pulso un botón oculto a la altura de Dallas - Fort Worth.

Tres, d...

La explosión revienta las puertas de la sucursal y la deflagración alcanza a los policías, a varios viandantes y a los dos encapuchados. Saltan las alarmas de los coches en toda la manzana. El fuego y la runa se reflejan en mis gafas de sol y la onda expansiva me llega en forma de brisa, acariciándome el rostro y haciendo ondear mi pelo.

Un *Suburban* negro se detiene frente a mí. Puntual como siempre. Abro la puerta trasera izquierda y entro al vehículo. Una mujer rubia y delgada con una larga melena y un vestido corto negro me da la bienvenida ofreciéndome un cigarro. El coche arranca mientras me lo enciende y posa su mano en mi entrepierna.

"¿Un día duro, campeón?"

Nos alejamos de la catastrófica escena mientras oigo llegar más policía, ambulancias y coches de bomberos. Doy una calada profunda y exhalo el humo en la cara de la chica.

"Es la última vez que trabajo con novatos"

ENTER FITMAN.

No recuerdo la última cita que tuve. Creo que fue aquella en la que fingí llamarme Alejandro, y de esa hace ya demasiado tiempo. Si quiero llegar a establecer una relación sexo-afectiva con una mujer debo conseguir citarme con una antes. Como sea.

Una cita es, en realidad, una entrevista de trabajo. Puedes mentir en el currículum, pero si la empresa decide contratarte, tarde o temprano la verdad saldrá a la luz. Tus carencias quedarán al descubierto. Ni eras tan buen amante ni se te daba tan bien escucharla cuando hablaba. La carta de presentación decía que te interesaba lo que ella pensaba, pero luego, durante los primeros tres meses de prueba, quedó patente que no te importaba lo más mínimo y que solo fingías interés. ¿Ese título universitario en historia del arte? En realidad fue un taller de acuarela inclusiva en la asociación de vecinos del barrio. ¿Ocho años de experiencia como empleado en otras empresas similares del sector? ¿A quién quieres engañar? No has tenido un trabajo en tu puta vida. Quien te contrató con una sonrisa en el rostro acabará echándote con el pretexto de no haber cumplido con los objetivos trimestrales.

Pero las empresas también mienten. Te prometen un entorno idílico, conciliación laboral, un sueldo digno, estabilidad y proyección profesional... Te prometen un equipo cohesionado y una estructura horizontal sin jerarquías autoritarias. ¿Y para qué? Para que después de tres meses dejándote el lomo trabajando a diario, cojan y te despidan de forma improcedente para contratar a un surfero italiano llamado Fabrizzio que conocieron de fiesta una noche en un chiringuito en la playa. Putas zorras desalmadas, las empresas.

Si no recuerdo la última cita que tuve es por una razón de peso. Me gustan las mujeres delgadas y esbeltas y mi cerebro suele bloquear y eliminar de la memoria la más mínima interacción con cualquier chica que supere los sesenta y cinco kilos y medio. Lo considero un super poder, y quizá hasta podría venderle el concepto a una de esas franquicias de superhéroes estadounidenses. Sería el primer supervillano gordófobo. Mi misión sería adelgazar a todo el mundo para que encajasen en mi estándar de belleza inalcanzable y mi *kryptonita* serían las cadenas de *fast-food* y las abuelas que insisten en que comas más porque no has comido lo suficiente aún, a pesar de haber repetido ya tres veces.

Todos me conocerían como el malvado *Fitman*, y tendría una pistola de bulimia que al alcanzar a mis víctimas les provocaría el vómito de forma instantánea. Me desplazaría en una cinta de correr voladora y mi especialidad sería el *fat-shaming*: *"¡Es más fácil saltarte que rodearte, gorda!"*

Siempre estaría persiguiendo a gente que sobrepasase la masa de índice corporal recomendada para humillarles con comentarios ingeniosos, y mi traje de supervillano sería una camiseta de tirantes blanca que leería: *"Stop being fat"*, a lo Paris Hilton en los dos mil con los pobres.

No recuerdo la última cita que tuve, pero sí recuerdo mencionar a *Fitman* y hablar de sus superpoderes durante un buen rato. Me pregunto si tendrá algo que ver con que nunca volviese a ver a esa chica, aunque seguramente pesase más de sesenta y cinco kilos, algo muy poco femenino por su parte.

"Denís... ¿Estás familiarizado con el concepto dismorfia corporal? ¿Sabes qué es?"

¿A qué viene esto? ¿Qué está insinuando la psicóloga? Mido metro noventa y cuatro y peso ciento ocho kilos. Soy un portento físico, el cenit de la potencia masculina, un arma de destrucción masiva cargada y lista para estallar. Cien putos kilos de musculatura envasada en un cuerpo para el delito cuya explosividad rebasa cualquier expectativa habida y por haber. Soy una bestia parda, un titán de mármol blanco. Soy invencible.

"Sí, sí... conozco el término..."

Teniendo en cuenta lo que pesa mi psicóloga, al salir de la consulta ya lo habré olvidado todo.

ESE TIPO DE GENTE.

Hay una tendencia social creciente a detestar a los niños pequeños. Hacen ruido, lloran, patalean... Molestan. Conozco a un puñado de gente de mi edad que atropellaría antes un carrito con un recién nacido dentro, que a un perro o a un gato. Darían un volantazo sin pensarlo dos veces y arrollarían al bebé para salvar la vida del animal.

El tipo de gente de la que hablo ama a los animales. *"Deberían tener los mismos derechos que las personas"*, dicen mientras reenvían fotos de la camada que ha tenido su *Border Collie* por *whatsapp* a sus contactos, ofreciéndolos como si de un juego de sillas viejas en desuso se tratasen. No he oído hablar jamás de una madre de mellizos enviando fotos de uno de sus hijos a amigos porque *"Con uno ya tengo suficiente"*.

Ese tipo de gente dice ser "el compañero" de su mascota en lugar de su dueño mientras le ponen una correa al cuello, deciden cuándo sale de casa a pasear, cuándo come y le dan órdenes en todo momento. Honestamente, eso me suena mucho más a "dueño" que a "compañero". Aún así, ese tipo de gente jamás se reconocerán a sí mismos como "dueños". A veces incluso llegan a usar términos como "papá" o "mamá", lo cual me parece ya el colmo del cinismo. Ser padres de un bebé humano les parece una aberración porque *"¡Oh, no! ¡Sobrepoblación! ¡Cambio climático! ¡Egoísmo...!"* , pero ni pestañean ante lo que implica autodenominarse padre o madre de un perro. Por más que te folles a tu *Pitbull*, Sonia, no puedes quedarte preñada. Lo siento mucho.

Faltan abejas, sobran personas.

Faltan osos polares, sobran personas.

Faltan delfines, sobran personas.

Al final el único precepto en el que coincide todo ese tipo de gente es en que sería bueno cargarse al ochenta por ciento de la población mundial para repoblar la tierra con perritos y gatitos. Leí la publicación de un anónimo en no sé qué foro de internet donde decía que *"Más que animalistas, a ese tipo de gente deberían llamarle nazimalistas"*. Menuda cuñadez, pero qué acertada.

Ese tipo de gente no son animalistas, son imbéciles con carencias socio-afectivas graves. Y lo digo yo que sé de lo que hablo. Ese tipo de gente son personas tristes que se suben al carro de defender las

causas absolutamente más anodinas y fáciles de defender. *"¡Salvemos a los animales!"*. Son adultos infantilizados que han consumido demasiado Disney y que creen que *"¡Ese zorrito es monísimo y se parece a Robin Hood!"*. No son amantes de los animales, son descerebrados con tendencias peligrosamente misantrópicas.

Faltan tigres, sobran personas.

Faltan tiburones blancos, sobran personas.

Faltan ranas punta de flecha dorada del Amazonas, sobran personas.

La semana pasada paseaba por un centro comercial cuando vi tres huchas transparentes en un expositor para hacer donaciones. Cada una estaba destinada a una causa distinta, a saber:

- *Medicinas y alimentos para hospitales infantiles Ucranianos*
- *Escolarización de niños-soldado Congoleños*
- *Conservación y cría del oso panda gigante Chino*

La única rebosante de monedas y billetes de cinco y veinte era (cómo no) la de los osos panda. ¡Y no me extraña! ¿Por qué conformarse con niños blancos o niños negros teniendo una opción que combina ambos colores y es, además, peludita, blandita y achuchable? No hay competición posible. Animales uno, humanos cero.

Ese tipo de gente que tanto dice amar a los animales convive como mucho con perros o gatos, y por lo general, con uno o dos. Vivir en un cortijo en el campo con cabras, pollos, vacas y caballos les aterrorizaría. Las personas que mejor tratan a los animales, las que más los conocen y las que viven en contacto directo con ellos son también las que podrían cortarles el pescuezo con un cuchillo sin que les temblase el pulso.

Mi abuela cuidó animales de granja durante toda su vida. Los alimentaba, los limpiaba, les cantaba canciones... Los amaba. También, llegado el momento, sabía partirle el cuello a un pollo en un giro rápido de muñeca o desnucar y despellejar a un conejo sin que este sufriera lo más mínimo. Mi abuela sería sin duda un monstruo a los ojos de ese tipo de gente.

El auténtico animalismo sabe trazar la linea que separa al ser humano de los animales. Ese tipo de gente no cree que exista línea alguna.

En algún punto de su desarrollo, ese tipo de gente invirtió su escala de valores, humanizando a los animales y considerando a los humanos como una plaga inmunda, como un cáncer a extirpar de la faz de la Tierra para lograr restablecer el orden natural de las cosas. La infalibilidad de la propaganda nunca dejará de sorprenderme.

Ese tipo de gente abriría la jaula del león para liberarlo de su cautiverio, y automáticamente pasaría a ser su primer almuerzo.

Sobran hienas, faltan personas.

PREMONITION MAN.

Voy andando por la calle de la mano de mi madre. Es de noche y todo está cerrado. De repente, dos chinos encapuchados nos asaltan blandiendo cuchillos al grito de *"¡TESLA!"*. Sé que son chinos porque no saben pronunciar bien la erre. La erre de Tesla. Trato de apaciguarlos haciéndoles entender que Elon Musk es un gilipollas total y que invertir en *Bitcoin* no es tan buena idea como parece. *"¡TESLA! ¡TESLA!",* insisten.

Mi madre se interpone entre ellos y yo. Viste de negro, va de luto. Extiende los brazos y me abraza muy fuerte. Jamás me ha abrazado antes. Siempre ha estado muy ocupada como para dedicar un segundo de su tiempo a ofrecerme una pequeña muestra de cariño. Soy su único hijo, pero la prensa del corazón, las telenovelas, el bingo, sus incontables amantes, las reuniones con amigas, los arreglos estéticos y más recientemente el Yoga, la meditación y la cuenta corriente de su nuevo novio empresario requieren de su absoluta e incondicional atención, y yo debería entenderlo mejor que nadie.

Quiero apartarme de ella, me agobia, me ahogo. Su abrazo maternal, el primer abrazo que me ha dado en toda mi vida me está asfixiando. Abre la boca, creo que quiere decirme algo. La abre más y más hasta desencajarse la mandíbula. No dice nada, me va a morder. Me muerde un brazo y me lo despedaza. Me muerde la cabeza. Mi madre me está comiendo vivo. Es un titán gigantesco y yo caigo a plomo en el vacío de sus entrañas. Grito y chillo pero nadie puede oírme ahí dentro. Es el fin.

Me despierto en la cama incorporándome y gritando *"¡TESLAAA!"* como un poseso. El teléfono vibra en la mesita de noche. Es un mensaje de mi madre.

"Oye vente un día de estos a ver el coche nuevo que me ha comprado Raúl!!!" ("Emoji coche", "emoji brazo fuerte", "emoji manos dando palmas", "emoji carita besito", "emoji carita besito" + una foto de ella sentada en el capó del coche sujetando las llaves en alto).

Apago el teléfono y lo aprieto en mi mano con rabia. Resoplo y me tumbo de nuevo.

Gracias a Dios era un puto SEAT.

VOY A ACABAR PRESO POR CULPA DE TU ALGORITMO.

El mundo está en guerra contra sí mismo y no hay nada que pueda hacer al respecto. Mis gestos de apoyo al movimiento por la paz mundial son bien pocos, y se limitan principalmente a no arrancarle la cabeza al primer gilipollas que lo pida a gritos en el metro un día cualquiera entre semana. Los gilipollas abundan en el metro entre semana (y probablemente el finde también) y muchos piden a gritos ser agredidos por la furia desmedida de una persona tan imponente y fuerte como yo.

Me considero, pues, un pacifista. Y un pacifista a conciencia, porque utilizar el metro prácticamente a diario, tener mi tamaño y no haber asesinado a ninguno de los gilipollas de los que va plagado, tiene bastante mérito. Sin duda es un ejercicio de contención bastante *heavy*.

El gilipollas medio es ese que parece ser desconocedor de la existencia de los auriculares, un extravagante dispositivo audífono que te permite escuchar la mierda de sonidos que emite tu TikTok sin molestar a todas las demás personas que cohabitamos el vagón. ¡Tecnología futurista, cosa de magia! Me da la sensación de que su propia estupidez no les permite darse cuenta de que le están dando el viaje a los demás. Nada les hace percatarse de su desfachatez y falta de empatía mientras radian su algoritmo a los cuatro vientos.

Lo equivalente a este acto vandálico sería ponerse en mitad del vagón a chillar a pleno pulmón: *"¡Hola, mi nombre es Carlos, tengo cincuenta y cuatro años y mis aficiones son el drifting* (coches derrapando)*, las caidítas graciosas, Ecos del Rocío y las preadolescentes de entre catorce y diecisiete años bailando raeggaetón frente al espejo del baño! ¡Gracias por su atención!"*

Nadie de los aquí presentes necesita saber eso, Carlos. A nadie le importa la adicción a la dopamina rápida que genera en tu cerebro la

exposición a estímulos audiovisuales curados por esta *app* del demonio. *¡PAM!* Ricky Martin a todo trapo *¡PAM!* Un coche quemando rueda sobre el asfalto *¡PAM!* Un tema de Nicky Minaj. Sigue sonando Nicky Minaj. Y aún suena. Aparentemente a Carlos le flipa Nicky Minaj o quizá la preadolescente ligera de ropa que se sacude frente a la cámara al ritmo de Nicky Minaj. *¡PAM!* Derrape duro, esta vez sobre tierra *¡PAM!* Vuelve Nicky Minaj. Carlos ha dado marcha atrás, no ha tenido suficiente con los doce segundos y medio de antes. Quiere más Nicky, o quizá más preadolescente bailando, quién sabe.

Tengo que cambiar de vagón inmediatamente antes de cometer un crimen.

ARQUITECTURA DEL ATRACTIVO FEMENINO EN VERANO.

A medida que avanza el verano pierdo control sobre mis impulsos y emociones. Puede que sea el calor, pero yo lo suelo achacar a la vanidad del sexo femenino. Mi tío Emilio me dijo un día *"En verano están todas buenas"*, y en mi experiencia diré que es verdad, mi tío tenía razón, pero le faltó concretar el porqué.

¿Cómo es posible que ese cinco al que me cruzo habitualmente por el vecindario pase a ser un ocho y medio al cambiar de estación? El atractivo físico no es estacionario, no va y viene buscando el buen tiempo como las golondrinas, ni florece en primavera y se marchita en otoño. Una mujer objetivamente atractiva debería serlo todo el año, sin excepción alguna ni requerimientos climáticos.

Sólo la vanidad femenina consigue adaptarse perfectamente al biorritmo de la naturaleza y confundir con astutos ardides al hombre incauto y desprevenido. Y así anda este hombre en verano, rompiéndose el cuello a diestra y siniestra impactado por incesantes estímulos carnales inalcanzables. Es patético. El pistoletazo de salida lo dan las pieles bronceadas demasiado pronto, a principios del mes de abril. Ya se adivinan los shorts en el horizonte y los vestidos florales que tan poco dejan a la imaginación. Se abre la veda.

Y así ando yo en verano, desquiciado y absolutamente superado, viendo mi frustración reflejada en la mirada de cada mujer que cruzo a mi paso. Sin rumbo, a la deriva, saboreando las mieles imaginarias de cada espécimen hembra que jamás podré degustar en la vida real. Triste, olvidado... Condenado al ostracismo carnal, cumpliendo condena en un exilio sexual comprendido entre junio y

septiembre. Y no es que ese exilio termine al acabar el verano, ni mucho menos, pero sí es más soportable y llevadero cuando bajan las temperaturas y aumentan las capas de tela sobre los cuerpos andantes.

Por ahí vienen, precisamente, tres chicas despreocupadas. Hablan a todo volumen, agitan los brazos como tontas y ríen a carcajadas. Tienen el pelo húmedo y la piel salada y enrojecida por el sol del mediodía. Vuelven de la playa moviéndose al unísono, dejando tras de sí un rastro de arena y olor a crema solar. Ajenas a todo, seguras de sí mismas y absolutamente deslumbrantes, visten pareo, toalla y camisetas mal cortadas en un arrebato *fashion* del mes pasado... Todo parece indicar que se dejan llevar por el devenir de la vida, aunque cada complemento, cada paso y cada gesto están calculados al milímetro. Las mujeres no dejan nada al azar.

Pasan frente a mí entre cacareos, susurros y risas entrecortadas. *"Tía, tía, tía..." "¡¡Pero qué dices locaaaa!!" "Aaaaahhhh jajaja"*. Mantengo la mirada fija en el horizonte. No merecen mi atención pero ya la tienen, la han captado hace rato y yo ya he perdido la batalla, aunque aún me queda algo de dignidad y rehuso mirarlas.

De repente algo golpea mi brazo. Hemos chocado levemente y compartimos culpa. Yo no miraba y no he tenido en cuenta mi envergadura, y ella es joven, naíf, impetuosa y demasiado egocéntrica como para tener en cuenta nada de lo que la rodea mientras habla y ríe y habla y habla y habla con sus amigas.

"¡Ostia!"

Ambos nos hemos girado instintivamente y su mirada se ha clavado en la mía por un segundo. Profunda, sincera y cálida, así es su mirada. Me sonrojo al instante y puedo sentirme el corazón palpitando en las orejas.

"Ai perdona eh..."

Se ha dado la vuelta de nuevo y ha seguido charlando con sus amigas, no sin antes esbozar una ligera sonrisa. Estoy seguro de que era una sonrisa, tenía que serlo. Me ha sonreído. Las palabras se me encasquillan en la garganta, que ahora me arde y me escuece y me insta a toser. Toso un breve *"Nada, no pasa nada"* dirigido a nadie, pues las tres chicas ya están a unos buenos cincuenta metros de mí, alejándose con su cacareo incesante, de nuevo inmersas en la conversación más insulsa y banal de la historia.

Una vez más no he reaccionado a tiempo. Una vez más me ha vencido el pudor, la inseguridad, la cobardía frente al mal llamado "sexo débil". Me recupero rápidamente y sigo mi camino.

¿A quién le importa? Esa tía era un cuatro en invierno, siendo generosos.

NI VENI NI VIDI NI VICI.

Me despierto empapado en sudor y con el mayor dolor de cabeza de la historia de la humanidad. Quizá otra peña haya sentido este dolor de cabeza antes, o incluso un dolor mayor, pero me la suda porque este es mi dolor de cabeza y no el suyo. Es el mayor dolor de cabeza de la historia de la humanidad y nadie puede decirme lo contrario. ¿Quién va a medirlo? *"No, mira, del uno al diez, mi dolor de cabeza es un nueve. ¿Y el tuyo?"* El dolor de cabeza es algo absolutamente personal e intransferible. Una experiencia íntima y subjetiva que no debería estar expuesta a escrutinio público bajo ningún concepto. Si te duele la cabeza es legítimo describir el dolor como te dé la gana. ¿Cuánta gente lo describe diciendo que es como si le clavasen un puñal? No te han clavado un puñal en tu puta vida, *flipao*. He llegado a oír: *"¡Siento como si me hubieran pegado un tiro en la frente!"* Un tiro. Un disparo en la cabeza. Así se ha llegado a describir una simple cefalea. Como un puto disparo en la cabeza, sin tener en cuenta que, seguramente, que te vuelen los sesos con una pistola debe ser de las cosas que menos duelan del universo. Desearle un tiro en la nuca a alguien es mucho más clemente que desearle que se le encarne una uña del pie, por ejemplo. Aún así, es cien por cien legítimo describir tu dolor de cabeza en esos términos.

Me despierto con la cabeza como si me la hubiesen reventado con una bate de béisbol envuelto en pinchos y alambre de espino y me llevo las manos a la frente mientras exhalo profundamente. Esta es la forma correcta de respirar según los japoneses: Expirar primero e inspirar después. Si no recuerdo mal, esto se debe a que creen que es mejor sacar el aire residual de los pulmones antes de llenarlos con aire nuevo. Yo que sé. Expira, inspira. En occidente lo entendimos mal. En occidente lo entendemos todo mal según las culturas orientales, pero también nos la suda y ahí si que no hay filosofía de ojos rasgados que pueda rebatir nada. *"¡Me la pela, Jackie Chan!"*. Para los japoneses los occidentales respiramos al revés. Somos como para el resto del mundo los británicos al conducir. Somos los británicos de la respiración.

La cabeza me duele como si me hubiesen levantado la tapa de los sesos y me hubiesen triturado el cerebro con una *minipimer*. No sé ni dónde estoy. ¿Qué sitio es este? De algo estoy seguro, no estoy en mi cama. Yo nunca tendría estas sábanas. Yo nunca tendría sábanas. La estética del dormir está absolutamente sobrevalorada. Un colchón en el suelo basta y si no has sudado mucho a lo largo del día, la ropa que lleves puesta es pijama suficiente como para acostarte. No te compliques. Cualquier hombre que se preocupe por usar pijama o batín es probablemente gay. Y ya ni hablo del timo de la almohada, ese producto del infierno que el sistema nos ha vendido como necesario e imprescindible. Siendo del todo justos, para dormir sólo hace falta estar muy cansado, la gravedad hará el resto. Caer desplomado al suelo por cansancio es definitivamente la forma más heterosexual de conciliar el sueño que existe.

La cabeza me duele como si Nacho Vidal me hubiese estado metiendo la polla por la oreja durante una hora y hubiese eyaculado dentro. Qué horror. Tengo la boca seca y no sé donde estoy. Necesito beber agua de forma urgente así que palpo con la mano derecha el colchón en busca de mi teléfono móvil. Las prioridades del ser humano. Me muero de sed, pero antes, el teléfono. ¡Ni que fuese a llamar al agua para que venga a mí! *"Hola ¿Agua? No, nada, que estoy aquí en la cama... ¿Puedes venir? No, no te vengas por el suelo, vente en vaso. ¿Estás fría? ¿Cuánto tardas? Sí, sí, te espero aquí tumbado, es que no puedo moverme... ¡Gracias agua!"* Gila.

Trato de generar saliva mientras sigo palpando el colchón en busca del teléfono. Consigo tragar una suerte de espumilla blanquecina de sabor amargo que me hidrata lo suficiente como para poder hacer un primer movimiento consciente. ¿Gracias, Nacho? Me doy la vuelta en la cama, abro los ojos y miro a mi alrededor.

Al otro lado de la estancia está Cristi. Está tumbada en un sofá pequeñísimo, durmiendo en una posición realmente incómoda. ¿Cómo puede haberse dormido así? Su cuello forma un ángulo recto perfecto, de manera que su barbilla reposa plana sobre su pecho. En otro contexto y bajo otras circunstancias podría llegar a pensar que está muerta, pero la veo respirar. Espero que lo esté haciendo bien, expirando antes de inspirar, a la nipona. Aún así, nadie debería poder sobrevivir a semejante torsión cervical, es un milagro que esté viva. Repaso en mi cabeza los acontecimientos de la noche anterior:

Salí de la librería a las veinte horas. Fui a tomar algo. Fui al bar ese donde sirven la cerveza en tarros de garbanzos en lugar de en vasos normales. Odio ese bar pero la gente que va es bastante atractiva.

Fui a ese bar a tomar algo... Y salí de ahí a las diez, aproximadamente. Unos seis tarros de garbanzos más tarde. Y dos chupitos. Dos chupitos de *Marie Brizard*, claro. Entonces fui... Fui al bar musical de viejas glorias del *rock,* El "Palo Santo". Me pillé una lata de camino. O dos latas... Un par de latas por la calle hasta llegar al bar "Palo Santo" y a partir de ahí cubatas. Suenan *Fito y los Fitipaldis*. Me tomo un segundo cubata y pido que pongan *Los Chichos.* Suena *Metallica*. Suena *Highway to Hell* de *AC/DC*. Creo que me he tomado ya el cuarto cubata de *Johnny Walker*. Pido *Los Chichos* de nuevo. Suena "Mediterráneo" de Serrat. Hablo con una tía rubia en la barra, creo que le gusto. Le pego una chapa descomunal sobre la estrategia militar desplegada en la batalla de las Termópilas. Suena *Don't look back in anger* de *Oasis*. Hablo con una tía morena en la barra que no sabe quién es el Emperador Gaio César Augusto Germánico. ¡No lo conoce ni por su pseudónimo! La chapa no se la pego a ella pero se la lleva su novio cuando interviene. *"¡¿De verdad no habéis oído hablar de Calígula?!"* Voy al baño. Suena "A tu lado" de OT uno. Me despierta un nota dándome pataditas porque me he quedado dormido en la taza y ya están cerrando...

"¡La que llevabas anoche...!"

Cristi está despierta y me mira sentada en el sofá en el que dormía con el cuello roto.

"Menudo susto me has pegado...¡Picando a esas horas!... Entras, vomitas en el recibidor y te tiras ahí en mi cama... ¿De dónde venías, Denís? ¿No te acuerdas de nada no? Como siempre... Estoy harta, tío."

Hago un ruido gutural extraño y me doy la vuelta en la cama, dándole la espalda. Qué vergüenza. Qué puta vergüenza. Me duele muchísimo la cabeza y ahora me duele hasta el alma por haber aparecido aquí a esas horas, en esas condiciones, despertándola, aprovechándome de su bondad, arrastrándome como un gusano, mendigando compañía... ¡Y no habérmela follado si quiera!
Otra vez.

Tengo que pirarme de aquí de inmediato, pero antes:

"¿Oye me traerías un vaso de agua...?"

GESTALT.

Me llamo Denís y odio mi nombre. Mi psicóloga dice que, como último recurso, podría cambiármelo en el registro civil por otro que me gustase más, como Javier o Alejandro. Si lo pienso fríamente,

Denís, como nombre, nunca me ha dado problemas. Mi tamaño me ha dado problemas. Mi interés por los cómics, los juegos de rol o el existencialismo cristiano me ha dado problemas. Mi nombre no.

En primaria una niña de clase me llamaba "Nisito" porque sabía que me molestaba. También me escupía a menudo y me humillaba delante de los demás compañeros para conseguir alguna que otra risa. Y la conseguía. Chinchetas en la silla, pinchazos con el compás, notas anónimas de amor que me citaban en un rincón del patio al que no acudían más que ella y sus amigas para burlarse de mí... Llamarme Denís nunca fue el problema principal.

Un día la empujé por las escaleras. Fue un empujón bastante suave, prácticamente cobarde. Un empujón con furia pero sin ganas. La empujé como mecanismo de defensa y recuerdo perfectamente que en el momento en que mis manos entraron en contacto con su espalda me arrepentí instantáneamente de lo que estaba haciendo, pero ya no podía dar marcha atrás. Todo pasó a cámara lenta; su caída, los gritos de los compañeros, la reacción de los profesores... Yo me quedé en *shock*, mirándola fijamente desde lo alto de las escaleras, mordiéndome los labios a saco. *"¿Denís, qué has hecho?" "¡¿Qué has hecho, Denís?!" "¡Denís, Denís, Denís...!"*

Ella se rompió el brazo izquierdo y a mí me expulsaron un par de semanas del colegio. Fue a raíz de la expulsión que tuve mi primer contacto con la consulta de un psicólogo. El hombre quería saber porqué había empujado a mi compañera y cómo me había sentido al hacerlo. Quería saber si odiaba a la niña, si me trataban bien en casa, cuál era mi color favorito, qué era lo primero que me venía a la cabeza al oír la palabra "familia"... *"¿Podrías dibujar un pedo en esta libreta?"*

Siempre he tenido claro porqué hice lo que hice. Siempre he tenido claro que cualquier persona, llevada a una situación límite, empujaría a alguien por las escaleras. Las personas tenemos mucha tolerancia al dolor y a la humillación, pero siempre hasta cierto punto. Cuando se cruzan según qué líneas, algo toma el control y entramos en modo *survival* y el cuerpo se defiende reaccionando en un impulso automático que, en mi caso, proyectó a esa niña escaleras abajo, pero en otras ocasiones ha tenido consecuencias mucho peores. En otras ocasiones ese impulso de auto-defensa y conservación humano ha llevado al sujeto agraviado a acabar con la vida del agresor en primer lugar, de múltiples personas inocentes de forma colateral y hasta con la suya propia como recurso final para dejar de sufrir tal agravio.

No estoy traumatizado por aquel episodio. Lo revivo frecuentemente, pero no con dolor o arrepentimiento, si no como recordatorio de que hay fuerzas que operan en un plano oculto a nuestra conciencia y que pueden llegar dominarnos y doblegar nuestra voluntad, haciéndonos actuar bajo lo que en otra época sólo podría haber sido definido como una "posesión demoníaca".

Quien más y quien menos se ha mordido los labios o ha apretado los dientes al verse acorralado en una discusión, al sentirse despreciado o humillado frente al resto. Este gesto inconsciente es el indicador inequívoco de que estamos reprimiendo un impulso asesino. Crece una sombra en nuestro interior y puede tener consecuencias nefastas. Hay que asfixiarla antes de que tome el control total.

"Denís ¿Crees que tu relación con el mundo, es, en cierto modo, un reflejo de tu relación con aquella compañera de primaria? Han pasado muchos años pero... ¿No sigues andando por ahí empujando a todo y a todos por las escaleras? Quizá tu entorno represente a esa niña y tú la empujas constantemente, día tras día. ¿Qué me dices...? ¿Te atreverías a abrazarla y perdonarla en lugar de seguir embistiéndola una y otra vez? Puede que sólo así te perdones a ti mismo y permitas que tus relaciones interpersonales mejoren... ¿Cómo lo ves?"

Me sangra el labio inferior al clavarle los dientes mientras escucho las palabras de mi psicóloga, la puta doctora Mengele de la terapia gestalt.

Si detrás de su sillón hubiera unas escaleras no la empujaría, me tiraría yo mismo por ellas.

CABEZA DE FAMILIA.

No me asusta la paternidad. Lo que me asusta es no poder llegar a ser padre. No poder conseguirlo aunque quiera. ¡Quiero ser padre! Quiero tener hijos, un par o tres, o siete si hace falta. Los que sean. Quiero tener el mayor número de hijos posible, pero no *a la Musk*, por narcisismo puro y por ser un psicópata que quiere repoblar el mundo con su progenie, si no más bien por probarme a mí mismo. Ser padre es un test de hombría clave y me da miedo no superarlo. Quiero demostrarme que puedo. Si mi padre pudo hacerlo aún siendo incapaz de mostrar afecto por nadie y teniendo la sensibilidad de una sierra radial, yo debería poder conseguirlo también. Pero como siempre, hay una barrera de entrada: las mujeres.

Quizá lo que realmente me asusta son las mujeres. Desde que tengo memoria me asusta una mujer en concreto, mi madre, y ahora que apenas tengo contacto con ella, lo que me asusta es la falta de madre para mis hijos. No sé si me explico.

Soy consciente de que una madre es una mujer, por lo tanto, una mujer es condición *sine qua non* para poder reproducirme. No me queda más remedio que encontrar a una que me permita dejarla embarazada. Necesito dar con la madre perfecta para mis hijos inexistentes, pero lo primero será encontrar a la mujer que esté dispuesta a tenerlos conmigo. Más tarde ya la convertiré en madre. De entrada encontrar a esa tía ya es tarea más que suficiente. Qué puta presión.

Sé que quiero tener hijos, pero hoy por hoy sólo tengo la duda de poder conseguir a la mujer que pueda engendrarlos. Es muy injusto depender de las mujeres para poder llevar a cabo esta tarea, en mi opinión. Todo sería mucho más fácil si ser padre fuera un asunto puramente de hombres, un simple acuerdo entre colegas; nada gay.

"Oye Toni ¿Te vienes a casa a echar unos 'fifas' y de paso tenemos un hijo?"

"¡Venga, vale! Paso antes por el súper y pillo unas latas"

Todo debería ser tan fácil como lo hace parecer el tipo que tengo justo enfrente. Llevo más de diez minutos mirándolo fijamente, embelesado. Lo miro a él y a su familia, pero sobretodo a él. Su familia es prácticamente accesoria, aunque debo reconocer que las hijas del tío son una monada. Son tres niñas preciosas de unos seis, cuatro y cero años de edad. ¡Tres! La mujer y madre de las criaturas es claramente extranjera, belga o alemana, me atrevería a decir, y luce un corte de pelo idóneo para la maternidad. Su corte de pelo dice *"Mamá"* por los cuatro costados. Los cinco juntos son una postal.

Él está al mando. Es un padre profesional. Escucha pacientemente los comentarios y demandas de las dos hijas mayores mientras sostiene al bebé en brazos y les explica con precisión y calmada parsimonia porqué no tienen ni puta idea de lo que están hablando y están totalmente equivocadas. Vaya héroe.

Me muero de curiosidad por saber qué maniobras habrá realizado este caballero para conseguir semejante logro vital. En mi mente lo imagino ascendiendo por una escalera de mármol blanco hacia la

cima del éxito personal y familiar, peldaño a peldaño, acierto tras acierto.

El cabrón lo tiene todo. Shorts básicos, camiseta estándar, sandalias indescriptiblemente feas, una gorra aburrida y la mejor familia del universo. Quiero ser como él. Quiero haber encontrado a esa mujer de corte de pelo maternal, engendrado a esas niñas rubias, modestas y bien educadas y sentarme a tomar algo en la terraza de un bar con todas ellas, vestidos en conjunto al más puro estilo "visita al zoo", que en mi opinión es la estética familiar más bonita y decente que existe. No quiero ser como él. Quiero ser él.

No puedo apartar la vista. Forman un equilibrio perfecto. Ese núcleo familiar es todo lo que un hombre puede llegar a desear. Hasta las bebidas que han pedido son ideales. Él, un café americano, ella, un té rojo con una rodaja de limón. Las dos niñas mayores, un *cacaolat* la de seis y un zumo de melocotón la de cuatro. La bebé tomará el pecho más tarde, supongo. La estructura jerárquica familiar óptima distribuida sobre la mesa de la terraza de un bar en forma de cuatro bebidas no alcohólicas y una teta. Es sobrecogedor.

¿Por qué no iba a ser mía esa familia? ¿Por qué no podría yo tener lo mismo? Quizá deba tenerlo. Quizá esa mujer y esas tres niñas serían mucho más felices a mi lado. Quizá el tío no sea ni si quiera el padre cabeza de familia, si no un secuestrador que las maltrata y que las obliga a estar con él bajo amenazas y extorsiones de todo tipo. Eso es. Este tío no tiene ni hijos, ni mujer. No puede ser. Quizá las esté buscando la *interpol*. Seguro. Por eso la madre parece Belga. Este cabrón cree que cambiando de país se va a ir de rositas... *"Not on my watch!"*

Doy un golpe fuerte en la mesa y me levanto violentamente, proyectando hacia atrás la silla metálica en la que estoy sentado y estampándola contra los comensales que tengo a mi espalda. Señalo con un dedo acusador al padre que me mira sobresaltado. Me mira sobresaltado él, las tres niñas y la mujer también. Y toda la gente de la terraza del bar.

"¡Se acabó! ¡Libera a la mujer y a las niñas, hijo de puta!"

El tipo se extraña. *"¿Perdón?"* Me abalanzo sobre él sin mediar más palabra y gracias a mi amplio conocimiento del *jiu-jitsu* brasileño consigo colocarme en su espalda y hacerle un *mataleón*, una técnica ancestral que consiste básicamente en ahorcarlo con los brazos. Las niñas gritan, la mujer trata de liberar al hombre de mi abrazo

mortal, pero nada de lo que haga servirá. Mis brazos son cadenas de una aleación de hierro y carbono. El hombre lanza al bebé por los aires, que aterriza sobre el camarero que corre hacia nosotros. Forcejeamos en el suelo, pero en vano. Su rostro se va tornando color púrpura, en cinco segundos todo habrá acabado, las niñas serán libres y la mujer estará enamorada de su salvador. Yo.

"Hola, perdona, vamos a necesitar la mesa ¿Vale? Es que llevas aquí ya como una hora y sólo te has pedido un cortado. Mira, toma, son dos cincuenta. Lo pagas ahora en la barra ¿Vale...? Gracias"

Me levanto de la mesa despacio, moviendo mi silla cuidadosamente para no hacer ruido. Derrotado, me dirijo hacia el interior del bar y lanzo una última mirada a la familia perfecta. La niña mayor está haciendo burbujas en su *cacaolat* soplando con la pajita. Todos ríen y el padre le da un beso en la cabeza.

Creo que voy a empezar a beber café americano.

LIBIDO DOMINANDI.

No tengo ninguna duda de que el cien por cien de mi libido está siendo desaprovechada en mil quehaceres anodinos que no importan lo más mínimo ni aportan nada relevante al desarrollo de mi carácter y mi personalidad. Cuando hablo de *libido* no me refiero sólo a energía sexual. Freud se equivocó en prácticamente todo, pero arrojó mucha luz sobre la psicología del individuo, hasta aquel entonces inmersa en un oscuro y cavernoso universo olvidado. Libido es energía a secas. Energía aplicable a todo aquello que a uno le venga en gana, desde masturbarse a comer, pintar un cuadro o salir en bicicleta por la montaña.

La gente usa *libido* a la ligera y sin conocimiento de causa. Usan el término, principalmente, para hacer referencia a un apetito sexual desmedido e insaciable con el que pretenden justificar su perversión, adicción pornográfica y obsesión enfermiza por los placeres carnales. *"Tengo mucha libido, por eso debo estar todo el día pajeándome frente al ordenador"*. Claro que sí, Javier, tu problema no es que seas un cerdo y un adicto, es que eres demasiado hombre. Mucha testosterona, mucha libido, sí.

Dejar la energía libidinosa a su libre albedrío implica que esta acabe centrándose en actos lujuriosos y glotones sin más. Así de estúpida y rancia es la libido. Es una energía básica, primaria. Mi intención es domarla y redirigirla para poder llevar a cabo gestas increíbles, como construir una capilla de madera en mitad de una arboleda y crear

falsas reliquias católicas que consigan aparecer en titulares de la prensa local. *"Joven encuentra el calcetín izquierdo que perdió San Agustín en el año trescientos noventa y cinco dC"* o *"Recuperan una reliquia de hace más de mil años: La escupidera de plata del mártir Feliciano de Córdoba"*.

Canalizar mi libido en esa dirección me acabaría otorgando sin duda la fama y buen nombre que merezco, aunque fuese utilizando la picaresca a mi favor. Mi objetivo final es conseguir cierta notoriedad a partir de la falsificación de reliquias y, una vez alcanzado este objetivo, denunciar robos a la policía. De nuevo la prensa haría eco de ello: *"Roban las reliquias de la capilla del bosque, un patrimonio nacional de incalculable valor"*, *"El vaticano se implica en el caso de las reliquias robadas"* o *"El joven e imponente (y atractivo) ermitaño local se enfrenta a la banda de ladrones de reliquias"*. Otra vez soy el foco de atención. Vuelvo a aparecer en portada.

Es realmente fácil llamar la atención de los medios, que no son más que insectos en busca de comida. Cucarachas cuyo alimento es la relevancia. Los medios quieren saberse relevantes, quieren sentirse importantes, útiles, poderosos, influyentes. Los grandes medios de comunicación viven en un universo paralelo, una burbuja de autocomplacencia a años luz de la realidad, desde la que miran al populacho vulgar y ríen mientras esparcen las migajas de conocimiento e información que reciben de otros más poderosos, más importantes y más influyentes que ellos.

Debe ser muy frustrante vivir inmerso en semejante mentira, creer de verdad que a alguien le importa tu opinión y tu oficio, creer que haces un servicio cuando, a lo sumo, lo único que consigues es regurgitar las palabras de tus amos y seguir a rajatabla las órdenes de tus accionistas, los intereses de tus anunciantes, comunicar la basura que vomita en tu bandeja de entrada la agencia de noticias de turno que marca tu línea editorial, cumplir con las cuotas de *likes, clicks y engagement* que requieren tus acreedores. Los medios de comunicación de masas son cadáveres andantes con ínfulas de superioridad, que a cambio de su patética labor sólo merecen recibir burla y escarnio.

Si a un solo periodista le quedase algo de dignidad, cosa que dudo, abandonaría su puesto de trabajo y trataría de redirigir su libido hacia metas más dignas, más honorables y más útiles como cualquier otra meta, en realidad.

¿Estás escribiendo otro artículo? Mejor hazte una paja.

ATRACO LITERARIO.

Mi psicóloga insiste en que anote en un cuaderno al menos una situación diaria que me haga sonreír o me provoque buenas sensaciones. Yo me niego en rotundo. Creo que la expectativa de tener que anotar a diario como mínimo una situación que me haga feliz o me saque una sonrisa va a generar en mí una ansiedad tal, que me pondrá en guardia frente a cualquier cosa que potencialmente vaya a conseguir animarme, y en consecuencia, evitará que experimente sentimientos agradables de forma orgánica y natural.

Esto me llevará inevitablemente a andar por la vida a la defensiva, desde que me levante hasta que me acueste, analizando cada paso que doy por si topo con algo que pueda hacerme sentir bien o hacerme reír y cuyo efecto secundario sea verme obligado a coger papel y boli, anotarlo, y mostrárselo a mi psicóloga a posteriori como prueba de la mejora de mi estado anímico y de su éxito profesional. ¡Qué existencia más desalentadora!

Anteayer mientras me dirigía al trabajo me sorprendió un tipo bastante desagradable al grito de *"¡¿Oye, qué libro llevas ahí?!"*. Si bien es cierto que debido a mi envergadura desconozco totalmente el código protocolario estándar del atracador callejero, dudo seriamente que esa sea la mejor forma de iniciar tal proceso. No me han atracado nunca, pero he presenciado algún que otro intento, y durante mi etapa de matón preadolescente me vi envuelto en partidas de acoso y robo a chavales asustadizos en la puerta del instituto (de forma pasiva y sólo como elemento de disuasión dada mi presencia imponente). Aún así no recuerdo ninguna situación en la que el atracador hiciera referencia a libros o a los gustos literarios particulares de la víctima. Sí recuerdo, sin embargo, vagas referencias a "tener un euro" o a "enseñar el móvil" o a "prestar la bicicleta un momento". Poco más.

El tipo desagradable me gritaba desde un portal en el que estaba sentado. Yo me detuve en seco y le miré fijamente. Estaba a unos cuatro metros de distancia de mí y a unos cinco centímetros de distancia de un *six-pack* de latas de cerveza y de un cartón de vino vacío. Gran agudeza visual por su parte al detectar el libro, teniendo en cuenta el pedo que llevaba. Agarré fuerte mi ejemplar de *El Idiota* de Fedor Dostoyevski, como si al verme sorprendido por ese desconocido se me fuera a caer de la mano. Analicé al sujeto de arriba abajo para determinar riesgos potenciales y calibrar mi respuesta. ¿Debía citar al autor? ¿Habría leído algo de Dostoyevski? Quizá sería mejor inventarme un título cualquiera y seguir andando... Igual contestando "Harry Potter" se daría por satisfecho.

"¡El libro! ¡El libro! ¡Que qué lees, coño!" insistió.

"¡El idiota!"

"¡¿Idiota?!" respondió irguiendo su postura. En ese momento intuí que mejor hubiese sido citar el autor antes que el título de la obra.

"¡No, no, el libro, digo! ¡El libro! ¡El idiota!"

"¿El idiota?"

"El idiota, sí" puntualicé. Y sostuve el libro en alto por un instante, señalando la portada con el dedo índice.

"Ahh... El idiota"

Su curiosidad había sido satisfecha y yo seguí mi camino. *"¿Qué cojones acaba de pasar...?"* De repente me sorprendí a mí mismo riéndome solo a pleno pulmón mientras andaba por la calle. Riéndome a carcajadas como hacía tiempo que no me reía. Qué interacción más absurda, que estúpida. Menuda idiotez de intercambio.

"¡Qué divertido, Denís! Es bueno poder identificar estos momentos que existen en nuestra cotidianidad ¿Verdad? Aunque la próxima vez me lo anotas mejor, así voy guardando estas 'anecdotitas' a modo de diario, como ya quedamos ¿Vale?

"Bueno, igual si me pasa algo gracioso o así... Vale."

Me niego en rotundo.

CORPUS CRISTI.

No mencionaré el nombre de mi madre porque me da más asco que el mío propio y porque, como bien ha dicho mi psicóloga en múltiples ocasiones *"Hay una herida ahí, Denís, algo que no acaba de sanar"*. Esto es quizá en lo único que ha acertado mi psicóloga *ever*, y es algo que prácticamente puse yo sobre la mesa, así que no tiene ningún mérito. Jamás reconoceré esta herida frente a nadie y mucho menos frente a mi psicóloga por dos sencillas razones: La primera es que me hace parecer débil y la segunda es que llevo años repitiendo en voz alta que *"Lo tengo superadísimo"* y que *"todo está superado"*, así como que *"eso quedó atrás y no me afecta en absoluto ya"*. ¿He estado mintiendo todo este tiempo? Sí. *Fake it 'til you make it*, que dicen los

estadounidenses. Aunque yo ya hace muchos años que lo finjo y nada. *Can't make it.*

En mi vida solo he tenido una relación relativamente duradera con un miembro del sexo opuesto. Mi madre. También he tenido una especie de "segunda relación" que nunca ha salido del todo adelante porque la pretendiente era (y probablemente siga siendo) Cristina.

Cristina es una chica buena, amable, discreta y sencilla rozando lo simple. Está enamorada de mí desde que nos conocimos, que fue precisamente el mismo día en el que yo decidí que no la soportaba.

Digamos que Cristina lo tiene todo para que cualquier imbécil se aproveche de ella y le rompa el corazón. Es naíf y muy buena persona, definitivamente mucho mejor persona que yo y probablemente mejor que cualquier otra persona que yo haya conocido en mi vida. Esto es sin duda un arma de doble filo.

Por un lado su infinita bondad es una puerta abierta para que personas astutas y malintencionadas la dañen y se aprovechen de ella, pero por otro lado esa misma bondad es capaz de destrozar a cualquier desdichado que sea mínimamente consciente de sus malas intenciones y que ose interponerse en su camino. Lo que quiero decir es que esta bondad suya es, al mismo tiempo, su punto débil y su defensa más férrea y eficaz.

Para mí, Cristina es un espejo en el que me duele reflejarme. Es un recordatorio penoso de mi propio espíritu maltrecho, de mis carencias, de mi maldad, de mi inadecuada existencia.

Nadie puede tolerar durante mucho tiempo estar junto a una persona buena y pura de corazón. Es irritante. Cristina me irrita constantemente, a cada paso, a cada pregunta o comentario inocente. Su forma de desenvolverse por la vida se me clava en el alma y me molesta hasta límites insospechados. La desprecio a fondo y hasta en alguna ocasión me he comportado como un verdadero hijo de puta a propósito para hacerle daño y poner a prueba sus límites. *"¿Por qué me perdona esta tonta? ¿Por qué se compadece de mí...?"*

Quienes albergamos odio en nuestro interior esperamos, como mínimo, que ese odio sea reciprocado. Nada nos alienta más, nada nos da tanto la razón como una muestra de odio y maldad proveniente del objeto de nuestro odio hacia nosotros mismos. Nuestra actitud de mierda está, al fin, justificada. Aunque contra

una persona buena, realmente bondadosa, tan pura de espíritu y de corazón como lo es Cristina, estamos totalmente desarmados. No podemos hacer nada de nada. Solo nos queda revolvernos en nuestro lodazal de miseria y tirarnos de los pelos y odiar con más fuerza nuestra propia condición penosa y ruin. Envidiamos la bondad en el otro y deseamos odiarle y que nos odie de vuelta y proyectar nuestras frustraciones en él, pero no lo logramos y eso nos hunde aún más en nuestra mierda. Nos consume ver, en la persona buena, un ejemplo a seguir, un resquicio de lo que podríamos llegar a ser pero no somos, un recordatorio de que nadie nos debe nada y de que somos los únicos responsables de nuestra bajeza y rencor infantil.

Es por eso que desprecio a Cristina. Y por eso mismo la llamo de vez en cuando y trato de verme con ella y quizá convencerla de tener sexo conmigo, y ella accede a lo primero y no a lo segundo porque ¡Al loro! Cree que me hace daño...

Y yo me confundo y no sé si es una ingenua o un puto genio y la odio aún más por ello.

Su bondad y belleza de espíritu iluminan mis profundidades más oscuras y cavernosas y dejan al descubierto toda la mierda que llevo dentro y de la que tanto me avergüenzo. Es entonces cuando quiero aplastar y asfixiar esa belleza y esa bondad para que dejen de alumbrarme y ponerme en evidencia. La estrangularía con mis propias manos por la impotencia de saber que jamás podré empañar su claridad y carácter piadoso y angelical, pues pervertirlo es lo que más anhelo para no sentirme tan sumamente maltrecho e inadecuado a su lado.

Nunca saldré con ella. Nunca seré su novio. Jamás corresponderé su amor. Y no porque no me parezca guapa y atractiva si no porque me resulta insoportable y me es mucho más cómodo mantenerme en mis trece que verme reflejado en ella a diario y saber que puedo (y debo) cambiar a mejor.

Anoche le escribí un mensaje:

"Hola Cristi nos vemos el sábado por la tarde? Podemos quedar en el parque y dar un paseo y luego ir a tu casa un rato... Como veas. El sábado. Vengo duchado (Emoji guiño lengua) Dime algo en cuanto lo leas ok?"

Aún no ha contestado y es raro en ella. Normalmente me responde al instante, y más aún cuando disimulo mis intenciones reales. Es

muy raro en ella. Quizá haya aprendido algo finalmente después de tantas decepciones conmigo. Quizá ya no sea tan piadosa y naíf. Quizá tire de amor propio y quizá mi egoísmo, mis salidas de tono y mis desplantes hayan conseguido hacer mella en su espíritu bondadoso y esto sea su pequeña venganza.

Al fin y al cabo, cuando miras al abismo durante suficiente tiempo, el abismo también te mira a ti.

Ojalá me deje en visto.

SOMOS UNA GENERACIÓN DE CONEJOS PARDOS.

Echo de menos el invierno. Echo de menos el frío. El verano empieza a hacérseme pesado hacia finales de Junio, que es exactamente cuando el verano deja de molar. Julio y Agosto son meses absolutamente aburridos e innecesariamente calurosos. Me conformo con el otoño, honestamente. Un otoño infinito. En verano me agobia el calor sofocante y sobretodo me agobia la gente y su falsa pretensión de felicidad veraniega. Es esa época del año en la que los ejecutivos de marketing sacan a pasear la frase *"¡Cómete la vida a bocados!"*, que es la frase que mejor resume esa falsa actitud de verano. Pocas frases me generan más repulsa que "cómete la vida a bocados". Quizá *"¡Que no decaiga la fiesta!*". Qué asco.

La fiesta debe decaer, si no, todos acabaríamos odiando la fiesta. "Que no decaiga la fiesta" es el comentario que hace la persona cobarde que teme verse sola y descubrir que la "fiesta" en sí, ni molaba tanto, ni era fiesta alguna, si no que era simplemente el conglomerado de expectativas de los asistentes a la misma danzando al unísono y tratando de recrear lo que podría definirse como una *metafiesta*; el arquetipo de "fiesta" que todos tenemos grabado a fuego en el inconsciente por culpa de la sobreexposición constante a la propaganda mediática de Hollywood. Pero ni la música *cool* del momento, ni los vasos de plástico rojos, ni el alcohol en abundancia, ni las luces de colores, ni las drogas de diseño consiguen recrear la experiencia deseada, esa sensación de felicidad y esa "fiesta" que tanto esperamos. Y es justo cuando nos damos cuenta de esto, cuando salta el pusilánime más empático y sensible a la experiencia grupal conjunta y suelta eso de: *"¡Venga, que no decaiga!"* Y todos reaccionamos a esta llamada repentina y despertamos de nuestro letargo y nos esforzamos, en un envite estéril, por agitar nuestros cuerpos más rápido, chillar más fuerte y tratar de representar de forma teatral el éxito aparente de una "fiesta" que, muy en el fondo y a nuestro pesar, todos sabemos ya fracasó hace horas.

Recientemente me detuve en el arcén de la carretera a observar una imagen bien curiosa que creo representa a la perfección lo que trato de expresar. Un conejo blanco recién atropellado yacía sin vida en la cuneta mientras su compañero, otro conejo de pelaje marrón y de mayor tamaño, lo empujaba con el morro, lo rodeaba, lo observaba y lo volvía a empujar, incansable, como tratando de reanimarlo sin éxito alguno. Por un momento los empujones que movían al conejo muerto parecían reanimarlo, generaban una sensación de "vida". Una vida falsa emulada a golpes, moviéndose a trompicones con gestos poco gráciles y mal coordinados.

"Que no decaiga la fiesta" es un empujón que revitaliza momentáneamente una celebración que deberíamos dar por perdida, difunta y enterrada. La fiesta de nuestra generación ya ha acabado, está muerta, pero alguien se olvidó de colgar el cartel de "No reanimar" y ahora estamos todos perdiendo nuestro tiempo y nuestra dignidad en fingir que todo marcha bien y que aún podemos pasar un buen rato si nos lo proponemos.

"Y dime Denís... ¿Cuándo fue la última vez que saliste de fiesta?"

"No lo sé. No salgo mucho de fiesta."

"¿A tomar algo? ¿A bailar con amigos...?"

"¿Podrías subir el aire acondicionado? Hace mucho calor aquí..."

"Si, claro. Este verano está siendo tremendo ¿Eh?"

"Si... a ver si llega ya el otoño"

FICCIÓN CONTEMPORÁNEA DE CALIDAD.

Trato de ver la serie de moda que tanto me ha recomendado Lozanito. *"Tienes que verla, está guapísima, no es como otras series que te he recomendando antes, esta vale la pena de verdad"*. Literalmente confiesa que su criterio, que SIEMPRE ha estado equivocado, por arte de magia ha dado en el clavo esta vez. Vale la pena comprobarlo sólo por el salto de fe.

Llevo diecisiete minutos de episodio. Diecisiete minutos que podría haber dedicado a nada en absoluto y me hubiesen parecido más provechosos. Llegados a este punto, la serie ya me ha presentado a todos los personajes principales y ha conseguido que me caigan mal tres de ellos. Hay cuatro personajes principales.

Entiendo que el argumento de la serie es que todas las tías que aparecen están buenas. Ese debe ser el argumento de la serie, si no, no se hubiesen tomado la molestia de contratar a todas las actrices a través de una agencia de modelos. Que esto sea lo que más destaque en el minuto veinticinco del piloto es bastante revelador. Están todas buenas. Todas. Y no están buenas en plan "me la follaría"-buenas, si no en plan "creo que la han diseñado *in vitro*"-buenas. Es demencial.

Empiezo a sospechar que el único personaje que me caía bien hasta ahora, va a ser también el que menos protagonismo tenga. Lástima. En cuanto a la trama, sigue su curso. Siguen estando todas buenas. He conseguido empatizar durante un segundo con un extra en una escena de un bar, cuando ha mirado directamente a cámara sin querer y ha apartado la vista rápidamente. La mirada ha dicho más que todos los actores juntos en treinta minutos que llevo de episodio. Era una mirada que decía: *"Qué cojones hago yo en esta serie de mierda, y porqué coño están todas tan buenas, no tiene sentido, se les va a ver el plumero a los productores"*. Amén, hermano.

Parece que viene un punto álgido. Se viene giro de guión. Parece que alguien ha matado a alguien, o que han descubierto un muerto, no sé. Quizá ya lo habían descubierto al principio pero ahora cobra relevancia. Quizá si la detective no estuviera tan increíblemente buena podría haber prestado más atención. Una lástima.

¡Sorpresa! La víctima es una puta supermodelo. ¿Por qué no?

Faltan diez minutos para terminar el episodio. La detective principal se ha follado ya a un tío que podría ser su padre y a dos tías que están más buenas que ella. A la vez. En dos escenas distintas con un intervalo de menos de seis minutos entre una y otra. *Check*.

Giro inesperado. El tío al que se ha follado la detective es, en efecto, su padre. Lo ha descubierto todo porque la supermodelo muerta tenía una foto antigua en la que aparecen ellas dos de pequeñas junto a ese señor en un parque. La supermodelo muerta es su hermana. Todo encaja. Ahora sabemos porqué están las dos tan jodidamente buenas.

Entiendo que este es un momento duro para la protagonista porque está desnuda en la ducha fumándose un cigarro en una escena de minuto y medio ininterrumpido de llanto, tabaco húmedo, vapor de agua y tetas perfectas. La verdad duele. Poesía visual.

Termina el capítulo con un *cliffhanger* brutal en el que una mujer misteriosa llama desde una cabina de teléfono a alguien y dice *"Todo está listo"*. El gancho reside en que no podemos discernir si la mujer misteriosa está realmente buena o no, aunque algo me dice que probablemente será el mayor pibón de toda la serie. Habrá que esperar al siguiente episodio.

Llamo inmediatamente a Lozanito. Le digo que muy buena la serie, que tiene una trama que realmente atrapa. *"¿Verdad? Ya te dije que te molaría"*. Cuelgo y lanzo el teléfono con todas mis fuerzas contra el televisor, reventando la pantalla y apagando de una vez por todas la música de los créditos, con la que sin duda voy a tener pesadillas.

Tengo que intentar lo de fumar en la ducha. Eso ha estado bastante guapo.

THESE CHARMING MEN.

¿Alguna vez has estado tan solo que has deseado que te pare por la calle un solidario de esos de chaleco y carpetita a preguntarte si conoces el trabajo de *Payasos Sin Fronteras* en Sudán del norte? Y tú contestarle que sí, claro, que estás familiarizado con su gran labor humanitaria. Responderle algo, cualquier cosa. Lo que sea necesario para mantener su atención. Seguirle el rollo hablándole de Sudán y de lo mucho que admiras a *Payasos Sin Fronteras*, porque de hecho, en dos mil once estuviste en una misión con ellos, sí, pero no en Sudán del norte, si no en Sudán del sur, que no deja de ser Sudán pero ahí se saludan dándose tres besos en lugar de dos. La clave está en regalarte en detalles sobre lo mucho que te interesa lo que tiene que contarte y tratar de colar más y más datos personales tuyos en la conversa...

"Y fue entonces, justo cuando terminé de hacerle una AK-cuarenta y siete con globos de colores a ese niño huérfano sudanés, cuando me di cuenta de que en realidad las mujeres no acaban de verme por quien soy, si no por mi físico, por mi tamaño imponente... Y quizá eso las asusta, pero yo tengo mucho amor que dar ¿Sabes? No sólo soy un cuerpo..."

"Mira, ahora que mencionas la incidencia de la hidrocefalia infantil en Zimbabwe... ¿No te da miedo mostrarte tal y como eres a una chica y no ser suficiente para ella? ¿No te da miedo que llegue a ver todas tus carencias y tras burlarse de ti se acabe yendo con otro imbécil que la hará sufrir mucho más pero que se ajusta mejor al perfil de macho dominante con el que todas desean (de forma inconsciente) salir? ¿No te da miedo eso?"

"Si bien es cierto que la malnutrición es un problema de alcance global, creo que también hay que tener en cuenta que todas son unas putas ¿No crees?"

El chaval solidario del chaleco y la carpetita se acabaría dando cuenta de la emboscada. ¿Cuánto tardaría en rechazar la invitación desesperada de un desconocido a conectar mínimamente, de tú a tú, de forma humana y por piedad? ¿Dónde queda su solidaridad? Solo soy un pobre desconocido que espera ser rescatado de su desgraciada existencia y condición aunque sea por unos instantes. *"¡Deja a los niños negros en paz! ¡Solidarízate conmigo!"*

Estoy llegando al límite de mi relación con nadie. Estoy cansado de soportarme solo a mí mismo, de escuchar solo mi voz, de acarrear con todas mis dudas, mis miedos, mis inseguridades, mis problemas... solo. Quiero compartir esta carga con alguien, pero ¿Quién querría pasar tiempo con una persona que se autodenomina "carga"? Ninguna mujer, desde luego. Ni yo soy lo suficientemente gilipollas como para convencerme de lo contrario. Es patético.

El otro día llamaron a la puerta de casa, algo que me parece absolutamente intrusivo. Que llamen a la puerta de casa (no al interfono de abajo ¡A la puerta!) está al nivel de que te hagan un tacto rectal. Invasión total de la intimidad. La cuestión es que no esperaba ningún paquete, ni mucho menos visitas. Resultaron ser dos jóvenes predicadores cristianos. Dos comerciales de Jesús. Dos tiburones de las ventas religiosas que tenían más aspecto de sardina fuera del agua que de tiburón. Desconozco a qué denominación pertenecían. Así de primeras, hubiese dicho *Testigos de Jehová*, pero bien podrían haber sido Evangelistas, Mormones, Adventistas del Séptimo Día, presbiterianos, malabaristas del pan y los peces o simples revisores del gas con una crisis muy fuerte de fe.

Hablé con ellos. Ya lo creo que hablé con ellos. Hablé con ellos largo y tendido, como hace años que no hablo con nadie, ni si quiera con mi psicóloga. Hablé a pecho descubierto, con la franqueza y la honestidad del que no tiene ya nada que perder. Parecían, por una vez, interesados en lo que les tenía que contar. Genuinamente interesados. Querían saber de mi situación personal, de mis miedos y frustraciones. Querían conocer el estado actual de mi alma, de mi espíritu. Me vine tan arriba, y su actitud fue tan acogedora, que acabé apuntándome a un seminario gratuito que se celebraba a la semana siguiente. Presencial. En un templo. *"A solo tres horas en coche"*. Estoy dentro.

"Por más solo que te sientas, Denís, hay alguien que siempre está dispuesto a pasar tiempo contigo ¿Sabes?"

"Dadme su teléfono y espero que no cobre"

"No tiene número de teléfono, pero siempre te responderá si le hablas con el corazón"

"Su Instagram, su Twitter. Me da igual, le envío un DM si hace falta..."

Esto les hizo bastante gracia. Obviamente hablaban de *"Nuestro Señor Jesucristo"*, como remarcaron ambos, un tipo no muy versado en últimas tecnologías pero absolutamente conectado con todo el mundo. Un crack.

"No, si... ya. Guay. Pero en estos momentos no me vale con mi monólogo interno, necesito trato directo, interacción... Hablar solo ya lo hago a diario. Necesito un 'toma y daca', diálogo... respuesta."

En ese preciso instante se fue la luz en mi bloque. Silencio sepulcral durante cinco segundos. Los cinco segundos más largos de mi vida y los mejores cinco segundos de la vida de esos dos misioneros, que se santiguaron al unísono inmediatamente y esbozaron la sonrisa más sincera de la historia de la humanidad. Precioso y un poco aterrador también.

Al volver la luz, los chavales se despidieron con un apretón de manos firme y aprovecharon para darme unos panfletos con toda la información del próximo seminario y una pequeña Biblia de bolsillo. Uno de ellos se giró al salir por la puerta y señalando la Biblia que me acababa de dar dijo: *"Mateo Siete:Siete, Siete:Ocho"*. Misteriosos y encantadores hijos de puta.

Se fue la luz, se fueron los predicadores y aparentemente también se fue mi sensación de soledad. Desde ese día me siento extrañamente acompañado. También he enviado un *email* a la compañía eléctrica exigiendo una revisión del tendido y quejándome de los bajones de tensión y de su pésimo servicio, porque mi fe renovada sigue teniendo límites, gracias a Dios.

MIS ÚLTIMOS VEINTINUEVE DÍAS Y LA VIDA NO PODRÍA SER MEJOR.

Me despierto a las siete treinta AM sin alarma. El "reloj interno" nunca ha estado mejor regulado. Aparto el edredón con esfuerzo. Está cubierto con una manta antigua y peluda que debe pesar unos

doscientos kilos, gramo arriba, gramo abajo. Me incorporo y me estiro. Bostezo y lanzo un alarido animal a pleno pulmón, abriendo la boca como si quisiera desencajarme la mandíbula mientras hago contorsionismos dignos de un maestro Yogui poseído. Salgo de la habitación tras enfundarme un jersey azul marino de cuello alto que tejió mi abuela, unos tejanos desgastados con dobladillo ancho y un gorro de lana negro. Es una casa vieja y fría y la madera cruje bajo mis pies a cada paso.

Bajo lentamente hasta el salón-comedor, peldaño a peldaño. Cronos me espera agitando la cola a los pies de la escalera de caracol. Lo saludo despeinándole la cabeza y rodeo la barra que da paso a la cocina. Hay algún plato por fregar en la pica, un par de ollas y una sartén. Me vuelvo y miro la estancia. La luz entra por los enormes ventanales que rodean el salón inundándolo todo. Es luz filtrada por la espesa niebla exterior que cubre el lago cada mañana a primera hora.

Enjuago en el grifo una vieja cafetera italiana roja, que de roja ya tiene poco. Enciendo el fogón pequeño. Gasto una, dos, tres cerillas. El gas vuelve a salir a trompicones... Dejo la cafetera aposentada en su sitio y salgo por la puerta principal que da al porche de entrada. Miro al lago y respiro el aire frío, casi helado. Cronos sale corriendo hacia el muelle de madera en el que tengo amarrado el bote. Es una vieja *Boston Whaler* de quince pies de eslora, equipada con un motor fueraborda *Evinrude* de veinticinco caballos. Nada ostentoso, me desplaza sobre el agua de un punto a otro y poco más.

Al fondo, las montañas nevadas y antes, el inmenso bosque verde que se extiende más allá del lago. Los pies descalzos se me humedecen al contacto con la madera fría y mojada del porche, así que los froto en la alfombrilla de felpa antes de volver al interior.

La cafetera silba una octava por debajo de lo que debería. El olor a café tostado lo impregna todo y tras apagar el fuego, sirvo pienso en el cuenco de Cronos y silbo yo dos veces en un re alto perfectamente afinado. El desayuno está listo. Saco mi taza metálica de la pica y le paso un agua sin mucho esfuerzo. El café hirviendo lo mata todo, al fin y al cabo. La lleno hasta la mitad y olisqueo el humo espeso con los ojos cerrados. Qué placer.

A medida que el sol se alza, la niebla se disipa y la estancia se aclara con mejor luz. Todo es madera. Pino, roble, arce canadiense. Hay libros en el suelo, libros sobre la enorme mesa central, libros en las

estanterías y libros en el sofá. Asoman por todos lados papeles, bolígrafos, recortes de revistas, y algunos lápices de colores Alpino. En una esquina, un taburete y un gran perchero con dos chaquetones, uno rojo, largo e impermeable y otro de piel, azulado y muy grueso.

Me siento en la silla amarillenta que preside la mesa central y pulso el botón *Enter*. El portátil que nunca se apaga responde con parsimonia y me da la bienvenida con un zumbido de arranque ronco y entrecortado, como si le estuviese costando mucho esfuerzo iluminar la pantalla.

Hasta las nueve AM escribiré sin descanso, luego saldré a cortar leña.

Cronos ha acabado de comer y sale de nuevo al exterior a toda velocidad. Jugará a buscar el rastro de algún conejo hasta que se canse y luego se tumbará en el sofá a reposar mientras observa como tecleo. Una vez haya cortado la leña suficiente, hacia las diez horas, saldremos al lago en el bote a pescar la comida. A las doce y treinta horas el arroz ya estará hervido y el pescado en la plancha. Antes de las catorce horas ya me he tomado el segundo café y escribo en piloto automático hasta las diecisiete, momento de encender la chimenea. Aquí anochece temprano y el frío cala hasta los huesos.

Tengo una videollamada con el editor a las diecinueve horas y a partir de las veinte lo que suceda ya no me preocupa en absoluto. Leer junto al fuego, fumar en silencio, lanzar piedras al lago... Me acuesto temprano y rara vez ceno. Quizá coma algunas sobras de la comida o me beba un vaso de leche fresca, ya veré. Mañana será otro día, y ya solo quedan veintinueve de los setecientos treinta que debía pasar aquí.

Al mirarme en el espejo no me reconozco. Quizá aplace el lanzamiento. Quizá ni publique este libro. Quizá me pierda aquí junto a Cronos por siempre jamás.

El proceso ha resultado ser todos los frutos que esperaba recoger.

EN PENÚLTIMA INSTANCIA.

A pesar de todo, me encuentro bien. Los pensamientos suicidas son mucho menos recurrentes, aunque no estoy seguro de que sea lo suficientemente sugestionable como para llegar a hacerles caso. Igual sí lo soy. No sé. Da igual.

Mi madre está en el pueblo con su nuevo novio... poco más. Mi relación con ella ahora no difiere mucho de mi relación con ella cuando todavía vivíamos juntos.

Sigo con mis dos curros, sí. El trabajo me motiva, al menos el de la librería. "Mudanzas Lozano" me cansa físicamente, y eso es bueno, es necesario. Estar cansado a nivel físico es honesto. La suciedad de mis uñas es una suciedad sincera, una suciedad que grita *"me gano el pan por mí mismo"*. Aún así, es en la librería donde me siento más a gusto. ¿Mi jefa? Sigue siendo un encanto. Ahora hasta tengo más responsabilidades. Contento no, pero más animado sí que estoy.

¿Dónde me veo dentro de quince años? Sentado en el porche de mi casa del lago, leyendo y fumando y viendo a los niños corretear por la orilla. Ágata, Minerva y Denís Júnior. Tienen diez, siete y cinco años respectivamente. Sí, ya sé que necesito una mujer para formar una familia. Sí me sigue preocupando, pero menos. No sé. Intento no pensar mucho en ello. Igual si asciendo de posición social gracias a mi trabajo, llegará un momento en que no tendré ni que buscar a una mujer, si no que me buscará ella a mí. Esto me lo repito bastante.

No quiero hablar de mi madre. No echo de menos a mi padre. No estoy escribiendo la novela que siempre he querido escribir. No busco novia. Sí, sigo mirando porno. No, no me siento orgulloso de ello. Sí, leí el libro aquel que me recomendaste. No, no me gustó, me pareció rancio y apestaba a autoayuda y reprogramación mental a base de repetición de mantras-cliché. Sí, hablé con tu amigo el psiquiatra y no voy a tomar nada. Me da igual. Me da igual. Me da igual. No quiero tomar nada. Me da igual. Sí, me encuentro bien en general como ya he dicho antes. Un seis. Bueno, un seis y medio. Seis veinticinco. Más que un aprobado, menos que un notable. Bien. No, no creo que sea gracias al libro. No, no quiero espaciar más las visitas, quiero dejarlas directamente. No quiero seguir con estas sesiones de terapia. En serio. Me da igual. Ya lo sé. Me da igual.

"En última instancia, Denís, es una decisión que solo puedes tomar tu..."

"Esta es nuestra última sesión, pues"

"Bien, en ese caso, Denís, lo dejamos aquí. Son setenta euros, como siempre"

"¿Te puedo hacer Bizum?"

Tengo que reconocer que me jode bastante que la última interacción con mi psicóloga implique semejante trámite. Respeto que sólo acepte metálico, pero salir de la consulta para ir a buscar un cajero y volver más tarde para darle el dinero en mano me parece un truco muy barato para que me enfríe y reconsidere mi decisión de dejar la terapia. Una trampa de mujer. Juego psicológico sucio.

La semana que viene se lo comento, si eso.

TENGO UN NUDO EN EL LUGAR EQUIVOCADO.

Me despierto temprano y voy al baño. He vuelto a soñar con una mofeta de color rosa. Rosa y negra. En el sueño la mofeta me mira y ríe mientras yo me ato los cordones de las zapatillas *ad infinitum*. Lo hago a conciencia, una y otra vez, pero nunca termino de atármelos y la mofeta me mira y se descojona. La miro cabreado y luego vuelvo la mirada a los cordones de mis zapatillas aún sin atar. Es muy frustrante. *"Este nudo no va aquí"* me repito a mí mismo en el sueño. *"Este nudo no va aquí"*.

Me apoyo en la pica del baño y veo mi reflejo en el espejo roto. El espejo del baño lleva roto meses, y no lo he cambiado aún porque no suelo recibir visitas en casa. Esto me ahorra el tener que responder a la pregunta de *"¿Qué le ha pasado al espejo?"*. Si alguien tuviese un espejo roto en su casa yo jamás preguntaría nada de nada. No soy así de impertinente ni de cotilla. ¿Qué más dará? A veces pienso en qué respondería si alguien viniese a casa y me preguntase de verdad. No quiero titubear. Necesito una respuesta rápida y creíble como *"Nada, que el otro día monté una fiesta y una tía de las que vino, que no conocía de nada y que estaba buenísima pero no era muy lista, decidió abrir una botella de champán mientras meaba..."* Esa sería una buena respuesta. Otra posible respuesta aunque quizá más tajante sería *"No quieras saberlo"*.

"No quieras saberlo" es una respuesta tajante pero críptica. Es una respuesta que deja la puerta abierta a que hayan habido mujeres que están buenas involucradas en el suceso sin suscitar más preguntas al respecto. *"No quieras saberlo"* es la respuesta que daría alguien que sabe que lo que ha pasado es demasiado loco como para decirlo en voz alta si quiera. Es la respuesta por la que me decantaría sin duda. También es cierto que contarle a alguien que en un arrebato de furia le pegué un puñetazo al cristal y me corté dos tendones, teniendo que someterme a una intervención quirúrgica de urgencia para no perder la movilidad de la mano no es muy divertido ni interesante, que digamos.

No dice nada bueno de uno mismo odiar tanto tu vida y tu propio reflejo como para jugarte el físico rompiendo de un puñetazo algo que, por otro lado, es tan fácil de romper. Quizá no me avergonzaría tanto responder si la pregunta fuera otra, del tipo *"¿Qué le ha pasado a ese yunque?"* o *"¿Qué le ha pasado a esta pared de hormigón armado?"*. En ese caso responder que le di un puñetazo en un arrebato de furia sí que sería una respuesta interesante. Incluso abriría todo un mundo increíble de posibilidades y dudas sobre mi fuerza sobrehumana, la forma en la que la adquirí, la misteriosa razón de mi arrebato y hasta múltiples peticiones de levantar algún coche o doblar alguna viga de metal seguidos de un *"Tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo"*.

Me salpico la cara con agua y vuelvo a mirarme al espejo. Encuadro los ojos sobre las líneas resquebrajadas del mismo y finjo tener cicatrices de guerra. Menudo imbécil.

Quizá debería deshacerme de él. El recuerdo del día en el que lo rompí es demasiado vergonzoso. Pensándolo bien, quizá ni si quiera necesite un espejo. Nadie necesita un espejo. El único espejo en el que deberíamos reflejarnos son las demás personas, proyectando nuestras inseguridades sobre los otros para verlas reflejadas en sus reacciones y forma de tratarnos y descubrir, de un modo cruel y penoso, cuán miserables somos en realidad. Ese es el único espejo verdaderamente valioso.

De repente, el espejo empieza a fundirse y a solidificarse frente a mí. Las grietas se van cerrando lentamente como por arte de magia hasta que queda totalmente reparado. Está como nuevo. Detrás mío, sobre la taza del váter, una mofeta de pelo negro y rosa ríe a carcajadas. Ríe de una forma tan molesta y descontrolada que tendría más sentido que fuese una hiena. Trato de salir del baño pero tropiezo y caigo al suelo, golpeándome la cabeza. Me miro los pies y veo los cordones de las zapatillas atados entre sí.

"Este nudo no va aquí"

VICTORIA QUÍMICA.

Hace como dos semanas que no voy a ver a mi psicóloga y creo que es lo mejor que he hecho en años. Mi estado anímico es bueno, me siento fuerte física y mentalmente y tengo mayor confianza en mí mismo. Incluso he conseguido una cita. Tengo una cita de verdad con una mujer de verdad que no es Cristi. Tengo una cita y vengo duchado.

No suelo ducharme a menudo porque creo que es innecesario y no aporta ningún valor añadido a mi día a día. Los productos cosméticos e higiénicos que nos venden para tapar el olor y ocultar nuestra verdadera naturaleza son dañinos para la piel, el pelo y en general son nocivos para nuestra flora corporal.

Estoy a favor de remojar el cuerpo de vez en cuando. Limpiar pliegues, orificios y zonas comprometidas con tendencia a la acumulación de bacterias como axilas y *genitalia*. No voy a discutirle a nadie la utilidad de un buen "baño belga", pero la obsesión social con ducharse a diario es tóxica. La ducha diaria está sobrevalorada. Aún así, hoy me he duchado y mientras espero a mi cita bebiéndome un vaso de leche fresca, doy una olisqueada rápida a mi sobaco izquierdo. Perfumado. Craso error.

Esto no va a ir bien, lo sé ya de entrada. No debería presentarme a una primera cita con una mujer oliendo a lo que no voy a oler nunca más frente a ella. ¿Qué clase de mensaje le estoy enviando? Desesperación. A eso huele mi sobaco. A desesperación. No solo la estoy engañando a nivel sensorial, si no que he trampeado la química. La química entre ambos va a fallar.

Si la cita sale bien (cosa que no va a suceder), estaremos iniciando una relación basada en la mentira. ¿Y si resulta que luego al percibir mi verdadero olor corporal no le gusto? ¿Y si mi sudor le genera repulsa? Dios sabe que sudo mucho. De hecho, estoy empezando a sudar. Lo esencial es que dos personas puedan olerse mútuamente para establecer un vínculo químico de primeras. No quieres despertarte un día tras cinco años de matrimonio y darte cuenta que odias el olor de la mujer que está tumbada a tu lado.

Ahí está. Es guapísima. Es guapísima y llega doce minutos tarde porque puede permitírselo. Apuro mi vaso de leche, me levanto y me voy sin que me vea. Me he librado por muy poco.

Victoria.

DANDO UN RODEO.

Hace poco ha sido la feria del libro o algo así y la librería en la que trabajo se ha llenado de turistas. Mi jefa no podía con todo, así que he ido todas las tardes de lunes a viernes y la he ayudado en tareas que normalmente quedan fuera de mi jurisdicción, como cobrar en caja. He descubierto rápidamente que no se me da bien lo que los americanos conocen como *small talk*. Aquí lo conocemos como "charla de ascensor", porque es el tipo de charla forzada que solo

tendrías con un desconocido en un espacio reducido en el que sea imposible evitar la interacción. También lo llamamos "hablar del tiempo", en concreto del tiempo que estamos perdiendo ambos al tener este tipo de charla que no va a ninguna parte.

Los estadounidenses son unos auténticos profesionales del *small talk*. Son los mejores. Lo hacen sin pensar, que muy probablemente sea la única forma de hacerlo; apagando el cerebro y dejando fluir palabras vacías para rellenar el espacio que te separa de tu interlocutor. Si lo hicieran pensando dejaría de ser *small talk* y pasaría a ser una conversación normal y corriente.

También son maestros de los buenos modales. Buenos modales estandarizados, buenos modales en piloto automático. Buenos modales por obligación, repetición y costumbre, no por amabilidad honesta y buena fe.

Durante esta semana he presenciado la siguiente interacción norteamericana:

"Buenos días ¿Qué tal va el día hoy?"

"Buenos días. Pues va muy bien, muy bien, gracias... ¿Cómo va el tuyo?"

"¡Estupendamente, gracias!"

"Qué bien, me alegro, me alegro mucho, sí..."

"¡Yo también me alegro por ti!"

"Muchas gracias"

Nótese que a ninguna de las dos partes le importa lo más mínimo lo bien que le vaya el día a la otra. Nótese también el pánico a dejar una pregunta sin contestar o agradecer. Es un concurso de buenos modales. Todo podría haberse resumido en un "Hola buenas" por parte del emisor inicial. Fascinante.

En nuestra cultura, el *"¿Qué tal?"* o el *"¿Cómo va?"* son preguntas absolutamente retóricas. Son una simple expresión que acompaña al saludo o que incluso lo sustituye sin pretensión alguna más que la de establecer cierta amabilidad y cercanía de base. Nadie espera una respuesta. Todos aceptamos la pregunta como viene, sabiendo en todo momento que no debemos responderla ya que no esconde una intención real de saber como va nuestro día. A nadie le importa

como va nuestro día, y mucho menos a la persona que nos está preguntando.

El *"¿Qué tal?"* es un lugar común al que todos acudimos para evitar lo que con una palabra o dos más podría obligarnos a tener que detenernos a responder. *"¿Qué tal el trabajo?"* es demasiado conciso y requiere respuesta. Qué palo.

A los norteamericanos con el *"¿Qué tal?"* les basta para verse forzados a contestar de forma más o menos honesta y a devolver la pregunta al emisor inmediatamente, no vaya a ser que queden ellos como unos arrogantes ingratos que no se interesan por el estado de su querido vecino y/o conciudadano. Esta obligatoriedad auto-impuesta de responder y repreguntar imagino que debe generar situaciones divertidas e incómodas en las que se termine manteniendo una conversación desde una distancia absurdamente lejana y a todo volumen ya que alguna de las dos partes no ha querido detenerse a hablar.

"Well, you know, things could be better!!! I had back surgery last month due to some displacement of the ninth disc on my spine, but I'm recovering well, thank you!!! What about you??!!!"

Déjalo ya, Kathy, por el amor de Dios. Tu vecino había salido a correr y ya está a dos millas de distancia de ti. Además, te ha preguntado "¿Qué tal todo?" al pasar sólo por puro compromiso...

Dominar la "charla pequeña" es un arte, pero es un arte del que no me sentiría orgulloso de ser un maestro. Poder hablar con alguien durante mucho rato evitando en todo momento cualquier nota seria o profunda que refleje cierta intimidad interpersonal no es algo de lo que alardear con tus colegas. Con esto no quiero abogar por tener constantemente "charlas grandes" en su lugar (eso sería totalmente insoportable y bastante pedante), pero sí soy de los que prefieren "ir al grano". Creo en el ser conciso, en el ser directo. En no andarse con rodeos y entrar de lleno al asunto que nos atañe. No quiero hablar del tiempo contigo, ni saber cuales son tus miedos e inseguridades ocultas; quiero gestionar cuanto antes esto que nos está llevando a interactuar ahora mismo para quitármelo de encima y seguir con mi vida, gracias.

Los guiris no han sabido apreciar mi actitud en caja, que se ha basado principalmente en mencionar el precio total a desembolsar y en no hacer contacto visual en ningún momento, ni si quiera ante sus intentos de entablar conversación.

"¿Te envuelvo el libro?"

"Sí, es un regalo para mi sobrina, que cumple quince años mañana. Está aprendiendo el idioma"

"Son diecisiete con noventa" y arreando.

Donde jamás me ha sido útil ir al grano ha sido al quedar con Cristi. Con una mujer no debes ir nunca al grano, es mucho mejor dar un rodeo, circunnavegar el tema que te ha llevado a quedar con ella sin tocarlo directamente, al menos hasta que ella decida ponerlo sobre la mesa de forma explícita. Jamás interrumpas su disertación sobre la incidencia del urbanismo inclusivo en el cuarto mundo y la población sintecho para decir *"¿Vamos a follar, verdad?"* No lo hagas. Precipitar el asunto que de verdad te importa para ir al grano y acabar cuanto antes hará que acabes cuanto antes, sí, pero no te ayudará a conseguir tu objetivo. Trata siempre de fingir interés y asiente. Asiente y sonríe, asiente y sonríe. A veces se llega al destino transitando el camino más largo.

Aunque cuando se trata de una mujer, ni aún así queda garantizado.

VIVIMOS EN UNA SUCIEDAD.

La ciudad está llena de mierda. Latas, cartones, bolsas, colillas... Suciedad inorgánica y manufacturada, sin duda el peor tipo de suciedad. Sé que años atrás la ciudad estaba llena de mierda igualmente, pero era una mierda más noble y agradecida. Runa, ramas, hojarasca, cagadas de caballo, hollín, madera, amasijos de hierro forjado, harapos, carbón, ferralla, restos de comida...

Lo que más me molesta de la basura contemporánea es el *branding*. No es lo mismo salir a pasear y encontrarse con un puñado de tuberías de plomo y listones de madera amontonados en mitad de la calle, que ver una bandada de latas de *Coca-Cola* acompañadas de cajetillas de *Nobel* y envoltorios de *Kit-Kat* y *Cheetos* pululando alrededor. El puto *branding* es lo que me perturba. Los colores vivos y chillones de embalajes horribles con eslóganes vacíos que te invitan a vivir la vida con una sonrisa, mientras ensucian el paisaje urbanístico con panfletos de un sistema al borde del colapso total. No hay nada más triste y decadente. *Neo-suciedad*. Suciedad limitada a una era muy concreta. La nuestra. Suciedad que pide a gritos un apocalipsis.

Ando por la calle y me encuentro a un ingeniero de la basura. Un mendigo de los que recogen todo lo que encuentran y lo apilan en un carrito de la compra con una precisión milimétrica, haciendo que todo encaje y mantenga un equilibrio casi imposible. Aunque en realidad no recogen todo lo que encuentran, solo recogen basura antigua, basura clásica, el tipo de basura humana y útil que puede ser reutilizada y llegar a tener una, dos o hasta más vidas si cae en las manos adecuadas. Basura noble, basura con cara y ojos, con alma y hasta con cierta dignidad. Nadie quiere la nueva basura, la del *branding*, la brillante y plastificada. Nadie la quiere porque su mera presencia nos avergüenza y nos recuerda la derrota que hemos sufrido los seres humanos frente al marketing y las políticas neoliberales del mercado global.

Observo al mendigo mientras detiene su carrito junto a un contenedor. Pisa la palanca de apertura del mismo, asoma la cabeza dentro y lanza un grito triunfal. Ha dado con algo. Estira el brazo y saca un paquete de *Filipinos* blancos a medio terminar. Rompe el envoltorio y se lleva los tres *Filipinos* que quedaban a la boca, masticándolos vorazmente. Acto seguido deja caer el paquete al suelo y prosigue su camino con una sonrisa de oreja a oreja.

Quién sabe, quizá el mendigo no considere a esa basura digna ni del contenedor si quiera.

Respect.

DESPACHOS, CONSULTAS, ASUNTOS, HERIDAS.

Hace un mes que no voy a ver a mi psicóloga y siento que me he quitado un peso de encima. Es una sensación más bien rara, puesto que la terapia que representa debía aligerarme la carga vital es lo que más me pesaba hasta ahora. Siento que en este último mes se ha disipado toda la niebla mental que tenía anquilosada en la cabeza desde que entré en ese despacho por primera vez.

Quiero que quede muy claro que los psicólogos operan en despachos. Por más que oigas a menudo *"Ven a mi consulta",* el lugar físico en el que te recibe el psicólogo es un despacho, no una consulta. De hecho, una consulta no es nada, no es un sitio. El psicólogo te consulta en un despacho, o tú le consultas a él, según convenga, pero siempre es en un despacho. Un despacho en el que esperas encontrar ceniceros de cristal ámbar por todas partes, persianas de rejilla metálica y un diploma amarillento enmarcado en la pared. Un despacho que huele a madera de pino no por el

ambientador, si no porque es donde van las personas a morir anímicamente hablando.

Juro que ando mucho más ligero desde que no veo a mi psicóloga. De hecho, voy a dejar de llamarla "mi psicóloga" desde ya. A partir de ahora es mi ex. Mi "ex-psicóloga". En realidad podría haber empezado a llamarle así mucho antes, porque la muy hija de puta había dejado de ejercer su función desde hacía ya tiempo. Ya no era mi psicóloga cuando aún iba a visitarla semanalmente a su despacho, si es que alguna vez llegó a serlo.

Si fuésemos a la consulta del psicólogo, también iríamos a la consulta del abogado. Realmente no hay diferencia alguna. El hábitat natural de estos dos tipos de profesional es el despacho y ambos tratarán de exprimirte económicamente bajo la falsa apariencia de ayudar a defenderte de los ataques del mundo exterior. Que digamos *"Voy al despacho de abogados"* es una diferenciación innecesaria teniendo en cuenta que tanto abogado como psicólogo ejercen una función similar, en un entorno demasiado parecido. ¿Por qué enmarcar al psicólogo en el contexto de "consulta" si no es un médico si quiera? Si no me diese pereza pensar en ello más de cinco segundos podría hasta encontrar la razón por la cual ni el médico te atiende en una consulta. Llevamos años hablando de consultas para referirnos a espacios físicos que ni pueden ni deben calificarse como tal.

Hace un mes que no voy a ver a mi psicóloga y siento que me he quitado un peso de encima. Creo que soy lo suficiente maduro como para resolver mis asuntos como un hombre. De hecho, ya lo era antes. De hecho, la idea de ir al psicólogo fue de mi madre. Ir al psicólogo siempre es idea de una mujer. Las mujeres siempre proponen cosas como ir al psicólogo, o probar esa terapia oriental, o abrirse más, o consultar el oráculo, o usar esa pomada, o llamar al médico, o cerrar esa herida. Siempre quieren cerrar esa herida. Pero hay heridas que no están hechas para ser cerradas. Hay heridas cuyo cometido es permanecer abiertas a modo de recordatorio. Son heridas útiles aquellas que siempre sangran y siguen diciéndote: *"¿Ves imbécil, como deberías haber prestado más atención?"*. De ser cerradas nos olvidaríamos del error que cometimos y lo volveríamos a repetir.

Dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, lo que no te dicen es que la razón de ese segundo tropiezo es la compasión maternal de la mujer que tanto insistió en cerrar esa puta herida.

Puedo resolver mis asuntos como un hombre, y el punto de partida ha sido empezar a llamar a mis problemas "asuntos". *"Tengo unos asuntos que resolver"* es una frase que suena mucho mejor y que va más en línea con mi masculinidad. Es más, quizá no deba ni resolverlos. Quizá solo deba lidiar con esos asuntos. Quizá solo tenga unos asuntos con los que lidiar y pienso lidiar con ellos de frente, de forma inmediata y sin compasión alguna.

Mantén tus asuntos lejos de "consultas" y despachos, sean cuales sean.

CYBER REQUIEM.

Hace un par de días perdí a un amigo. Nunca nos habíamos conocido en persona, pero nuestra relación de amistad se remonta al dos mil siete aproximadamente. Creo que se llamaba Everett, pero en el foro todos lo conocíamos como *LadyBuggerEightyEight*. Realmente no murió hace dos días, falleció hace un mes, pero me enteré hace dos días, justo cuando volví a entrar al foro después de meses y meses de inactividad. Técnicamente, para mí lleva dos días muerto.

LB (como lo conocíamos los más cercanos) era uno de los mejores *OP* (original posters) del foro. Su especialidad eran las conspiraciones judeo-masónicas, los tutoriales sobre cómo sabotear las líneas de comunicación estatal, los *memes* de anime y los consejos para cocinar el *cheesecake* perfecto.

Reconozco que siento un vacío extraño en mi interior. La muerte de *LB* representa una especie de derrota colectiva para nuestro pequeño grupo de colegas cibernéticos. Durante los momentos más bajos, el foro nos mantenía activos y entretenidos y alejaba las ideas de suicidio de nuestras mentes. Ideas que, tristemente, afloraban a menudo en nuestra comunidad online. Bromeábamos con ello. *"Here LB, take this tutorial on the twenty five gayest ways of killing yourself. I guess you'll need it given you're a fucking faggot"*, le comenté una vez.

Hacíamos humor sobre el tema sin piedad y sin compasión, posteando con la sensibilidad de un clítoris de hormigón. Aún así, detrás de ese comentario agresivo y definitivamente homófobo, yacía una preocupación sincera y la esperanza de que, ante la posibilidad de parecer gay al suicidarse, *LB* decidiera no hacerlo.

Puede que parezca una contradicción, pero tener a un grupo de amigos semi-anónimos recomendándote a diario que te pegues un tiro en el culo al suicidarte porque así te podrán entrar dos pollas a

la vez, o que tu muerte va a ser un golpe muy duro para el total de cero personas que asistirán a tu entierro, es en realidad como un soplo de aire en la dirección contraria. Toda esa camaradería tóxica que en apariencia pretende hundirte, todo ese *bullying* por parte de usuarios con nombres rarísimos y legalmente impronunciables a los que no llegarás a ver jamás en persona pero en los que has aprendido a confiar más que en la gente que te rodea en la vida real, de algún modo te impulsa a llevarles la contraria y a seguir vivo otro día. *"¡No pienso quitarme de en medio para darle la razón a estos gilipollas!"*

Y ha sido justo ahora, cuando menos actividad tenía el foro y menos parecía que necesitábamos esa mano amiga que te da una palmada en la espalda y un bofetón en la cara a la vez, cuando *LB* ha decidido acabar con su vida. Y yo siento que hemos perdido todos. Hemos perdido a un *OP* increíble; a un generador de contenido brillante con ideas extrañas, más o menos acertadas, que a veces asustaban un poco y que jamás te convencían pero siempre te hacían pensar y reír. Hemos perdido a un amigo que pasó sus últimos días llorando a solas en un hilo online, esperando a que alguien le dijera alguna barbaridad, esperando un comentario amigable envuelto en crueldad meta-irónica para sentir que, a pesar de todo, alguien leía sus posts. Para sentir que alguien dedicaba cinco miserables segundos a escribirle unas palabras, por más duras e insensibles que fueran. Por más que insinuasen su supuesta homosexualidad.

El odio que vertimos hacia cualquier idiota que amenaza con suicidarse, que muestra indicios de querer hacerlo o que confiesa al sentirse deprimido que ha fantaseado con ello, es en realidad un grito de vida. Una muestra de repulsa hacia la inevitable y cruda realidad del ser, la única certeza del todo inexorable de la condición humana: La muerte. Un trámite frío, directo, decisivo, prácticamente burocrático. Un abismo hacia el que nos dirigimos desde el mismo momento en el que nacemos. Aun así, nos esforzamos por llenar todo el camino hacia ese oscuro precipicio de carteles relucientes, objetos inútiles y luces de neón para distraernos de lo que tenemos delante. Lo rodeamos todo de "civilización" para evitar ver nuestro barbárico destino final.

Nosotros gritamos vida contra los que piden muerte. Y nos llaman sádicos. Nos acusan de ser demasiado duros aquellos mismos que aceptan sin pestañear esta injusticia. Los mismos gurús que recomiendan "familiarizarse" con la muerte. Los mismos psicólogos que en sus consultas piden a sus pacientes "aceptar la pérdida" como si se tratase de algo aceptable, como si morir fuera un paso más en nuestro camino de desarrollo personal. Nos piden que recibamos a

la muerte con los brazos abiertos, sin fruncir el ceño ni apretar los puños de impotencia. Deben estar de broma, pero no bromean, hablan muy en serio, y si no bromean, me temo que ellos son los verdaderos sádicos.

Pascal dijo que no importa cuan bella sea la obra, el último acto siempre es terriblemente sangriento. Te echan tierra sobre la cabeza y todo termina para siempre. Cae el telón.

Entré en el foro hace dos días y leí el post sobre el triste suceso. El primer comentario tras el anuncio de la muerte de *LB* era el siguiente:

"I guess que proved us right; he was a goddamn faggot"

Me sequé las lágrimas y sonreí.

Te echaré mucho de menos, puto maricón de mierda.

CAMPEÓN DE LOS MENOS NECESITADOS.

La camarera se dirige hacia mi mesa. Trae el café americano, el vaso con hielo y un cenicero. Nos damos las gracias. Ella me las da porque me he incorporado ligeramente a su llegada y he apartado las cuatro cosas que tengo sobre la mesa para dejar sitio. Yo se las doy un poco por inercia pero también porque soy un tipo educado.

Mi padre nunca movía un dedo cuando estaba sentado en la mesa. En cualquier mesa. Una vez fuimos a comer a un restaurante que le gustaba a él, yo tendría unos trece años. Plato combinado en el Bar Granja los Escobares o Casa Escobares o algo así. Recuerdo que la chica que nos atendió fue muy amable conmigo. *"¿Tienes hambre, campeón?"* Me llamó campeón en varias ocasiones. Mínimo seis veces. Y también cayó algún que otro "guapetón", de eso no me olvido. Era una chica joven, de entre veintidós y veintisiete, rubia, delgada... Con aspecto de haber tenido ya un hijo mínimo. Tenía las ojeras mal maquilladas, voz de fumador profesional, un piercing en la ceja... Me apostaría cien euros a que tenía un tatuaje tribal en el lomo bajo. Y un piercing en el ombligo también. Doscientos euros.

La cuestión es que cuando terminamos de comer decidí apilar los platos y los cubiertos para facilitarle el trabajo a la chica. Craso error. Mi padre me dio un manotazo de imprevisto que me hizo soltar al instante todo lo que tenía agarrado, incluido un vaso que rodó sobre la mesa y se hizo trizas al caer al suelo. Me quedé

totalmente paralizado, sujetándome con fuerza la mano que había recibido el correctivo paterno. ¡Solo quería ayudar!

Mi padre se encendió un cigarro mientras la chica inspeccionaba el desastre *"¿Que ha pasao aquí, campeón?"*, me dijo sonriendo. Él se limitó a decirle que trajera la cuenta. Ella retiró los platos, los cubiertos, el vaso que había sobrevivido y volvió al poco con una escoba y con la cuenta escrita a boli sujeta en una bandejita plateada. *"Es muy patoso"* soltó mi padre tras dar una calada. *"Nada hombre, si esto nos pasa a todos..."* contestó ella.

Solos en la mesa de nuevo, frente a frente. Yo aún sujetándome la mano y con la mirada gacha, mi padre aún fumando y esperando a que la chica trajera el cambio. Recuerdo estar muy cabreado. Furioso. Yo solo quería ayudar. El vaso seguiría intacto si mi padre no me hubiese hostiado la mano. Y encima la camarera creía que había sido yo... ¡Qué vergüenza! ¡Qué impotencia!

De repente mi padre se inclinó sobre la mesa y me hizo un gesto con los dos dedos con los que sujetaba el cigarro. Un gesto de esos que dicen "acércate que tengo que decirte algo". Me incliné también, acercándome a él con mucho cuidado, pero cuando ya estaba lo suficientemente cerca me agarró la mano derecha y la apretó muy fuerte haciéndome daño. *"Nunca más te metas en el trabajo de otro ¿Me oyes? Es una falta de respeto, a ver si te enteras ya"* Me soltó la mano y yo volví a mi posición inicial aterrorizado y sin haberme enterado de nada en absoluto. No entendía cuál había sido mi error. ¡Solo quería ayudar!

Doy un último trago a mi café americano y alzo la mano escribiendo en el aire. Quiero que me traigan la cuenta. En ese momento, un camarero se acerca a mi mesa *"Un segundito, que me lo llevo..."* Trato de alzar la taza y el platillo para alcanzárselos justo cuando su mano topa con la mía y todo cae; taza, platillo y cuchara. Manchas de café por todas partes.

"Perdón, perdón, perdón...!"

"No, perdona tú, es que..."

"Yo te lo iba a pasar y..."

"...Ya, ya, ya..."

"Déjame que..."

"No, no, no...!"

Los demás comensales nos miran y cuchichean. Dudo que sepan que ha sido culpa mía. Dudo que sospechen si quiera que la razón de este estropicio ha sido simplemente querer ayudar.

El chico ha colocado todo en su bandeja y se ha ido. Yo trato de esconder mi vergüenza centrando la mirada en un libro que ahora mismo no puedo leer. ¡Qué mierda, joder! ¡Qué putada! Y no tanto por lo patoso que soy o por el estropicio en sí, si no por lo revelador del asunto. Si hay algo que odio más que los consejos de mi padre, son los consejos de mi padre con carácter retroactivo. Un "te lo dije" póstumo que viene a estallarme en toda la cara.

Querer ayudar jamás ha ayudado a nadie en nada. Ayuda quedándote quieto y dejando a los profesionales hacer su trabajo, pedazo de imbécil.

NEK .

Cristi se ha echado novio. La chica que siempre ha estado ahí para mí y a la que siempre he despreciado, ahora tiene pareja. Un novio. Un tío ni más ni menos. ¡Un hombre! Quizá sea verdad eso de que todos somos iguales y Cristi ha encontrado a alguien como yo, porque si no, no me explico como ha podido enamorarse de otro fulano.

Ella siempre ha sido mi último recurso, mi tercer o cuarto plato en un menú sin plato alguno, mi salvavidas, mi muro de contención, mi red de seguridad en la que siempre podía caer tras ser rechazado por tías que sí me gustaban de verdad. Y ahora ya no está. Ahora mi caída es una caída libre y caigo en barrena. Cristi no está, Cristi se fue, Cristi se ha ido de mi vida.

Si hubiera sabido que la última vez que nos vimos iba a ser realmente la última vez que nos íbamos a ver, igual la hubiese tratado mejor. Igual hubiese fingido interés por lo que me contaba. Le hubiese dejado explicar lo del bulto que le acababan de encontrar a su madre en el pecho sin interrumpirla con mi anécdota (graciosísima, por cierto) de la vez aquella que a un chaval en el instituto le pegaron una pedrada en la cabeza, le salió un bulto del tamaño de una pelota de golf y a partir de ese día todos le empezaron a llamar "Tiger Woods". Ese chaval era yo.

Quizá si hubiera sabido que era la última vez que nos veíamos no hubiese insistido tanto en follar, ni la hubiese tratado de besar tantas veces mientras lloraba por lo del bulto de su madre. Con Cristi no puedo fingir. Lo de su madre no me importa, yo quiero besarla y quizá follar, cosa que no llegamos a hacer jamás, aunque la esperanza siempre estaba ahí. Ahora tristemente ya ni eso.

Resulta que ella solo quería pasar un rato conmigo. Lo de siempre. Ella quería que la escuchase, quería hacer la cucharita en la cama, quería sentarse en el sofá y ver una película que no fuese un *western* de los años cincuenta en blanco y negro del cual puedo recitar todos los diálogos de memoria (*Solo ante el peligro* - Fred Zinneman)... Ella quería un amigo, quería un colega. Quería amor, cariño, respeto...

Yo quería a cualquier otra tía que no fuese ella, pero era la única con la que podía quedar y tratar de follar.

Y ahora ya no está.

VE HACIA LA LUZ.

Estoy yendo a la consulta de mi terapeuta. Mi terapeuta también es mi psicólogo. ¿Qué suena peor, terapeuta o psicólogo? Creo que terapeuta. Terapeuta suena a *reiki* o a *chi-kung* o a alguna mierda esotérico-oriental del estilo. Terapia implica incienso y alfombrillas en el suelo. Implica meditación zen. Terapia me suena a alcoholismo mezclado con *chakras* y tal. Voy al psicólogo, y mi psicólogo en concreto resulta ser una mujer.

Estoy yendo a la consulta de mi psicóloga. No está lejos, pero siempre implica coger el metro o el bus. Odio el autobús, por eso estoy en el andén sentado mirando al vacío. Hay algo en el ruido del metro que me calma, que me relaja de algún modo. Estoy en el andén del metro porque odio el bus y porque me gusta el ruido del metro. El autobús es un transporte público mucho más pobre que el metro, si cabe. El autobús es un metro con menor capacidad y sin la increíble proeza de ingeniería que supone moverse a toda velocidad por el subsuelo. El bus no tiene encanto, y en él puedes encontrar el mismo tipo de gente deprimida que en el metro, pero pasándolo peor, porque el metro es más divertido. Y el ruido que hace me gusta y me relaja.

Estoy apretando los dientes. Lo puedo notar. Me sobresalto un poco porque nunca he apretado los dientes antes estando en el metro. Me avergüenza encontrarme en tal estado de ansiedad y carraspeo para recuperar la compostura. Estoy empapado en sudor.

Hace exactamente cuarenta y siete días que no voy a la consulta de mi psicóloga. De hecho, me ha llamado ella para ir hoy. Me ha reclamado. El colmo, vamos. Como si no me costase setenta pavos y el desplazamiento cada vez que voy a verla. ¿Qué tipo de estrategia de negocio es esa? Llamar tú mismo a los pacientes. O quizá debería decir clientes. *"Oye, vente, que seguramente no estás fino porque hace mucho que no te saco setenta euros del bolsillo"*. Vete a tomar por culo, zorra.

Pensándolo bien, creo que esa pedazo de zorra que es mi psicóloga es la última persona con la que he hablado y eso quiere decir que hace más de un mes que no hablo con nadie. No digo que no haya tenido oportunidad, pero quizá no la he sabido aprovechar. O quizá no he querido aprovechar las oportunidades que se me han presentado. No lo sé. No estoy seguro. En mi mente siempre soy mucho más hablador de lo que en realidad soy. En mi mente soy mucho más de todo de lo que en realidad soy. Qué puto asco. Estoy apretando los dientes otra vez y empiezo a morderme los labios. Patético.

¿Por qué no hablo con nadie? ¿Cómo ha podido pasar tanto tiempo ya...?

Qué cansancio. Qué pereza. Miro a mi alrededor y solo veo caras de mierda, rostros hostiles que parecen molestos por mi respiración fuerte y entrecortada. El ruido del metro aumenta pero no me relajo. Ya entra al andén. Pitidos, puertas, gente entrando y saliendo. Gente entrando antes de dejar salir. Gente tan protagonista en su propia película de serie B que creen que el metro se ha detenido en el andén para que suban ellos y ya está. ¿Cómo voy a entablar conversación con esta peña cuando lo único que me gustaría es recriminarles su comportamiento asqueroso? Y ni aún así lo corregirían, ni aún así entenderían lo que les digo. Creo que nadie entiende lo que digo. Creo que nadie entiende ya nada de nada de lo que nadie dice. Suena el cierre de puertas. El metro se pone en marcha de nuevo y sale del andén. Sigo sentado en el banco mirando al vacío, mucho más ansioso de lo que me gustaría reconocer a pesar del ruido del metro al que no me he subido. Estoy apretando los dientes, tengo que dejar de apretar los dientes.

Cuatro minutos hasta que llegue el siguiente metro. Igual debería hablar con alguien solo por romper la racha. No quiero que mi única interacción humana sea otra vez con la imbécil de mi psicóloga. ¿Por qué sigo yendo? Una señora mayor se acaba de sentar al otro extremo del banco. Le sonrío cuando hacemos contacto visual. Le

sonrío o creo que le sonrío, la cuestión es que no le ha gustado y se ha ido andando hacia el final del andén. Me duele la boca de apretar los dientes y vuelvo a morderme los labios. Estoy empapado en sudor. Si me pusiera a llorar ahora mismo no se distinguirían las lágrimas de los goterones que caen chorreando desde mi frente hasta el cuello de la camiseta, aún así, no siento la tristeza suficiente como para llorar. Siento odio.

Siento odio y no es el odio al que estoy acostumbrado. Suelo odiar muchas cosas, suelo odiar casi todo lo que me rodea. Suelo odiar el mundo entero pero con la perspectiva de querer cambiarlo, de ir retocando cosas para hacerlo mejor poco a poco. Es un odio constructivo, un odio que nace de algún lugar que no consigo localizar en mi interior. Un lugar comprendido entre mi pecho y mi estómago... Pero esta vez odio de otra forma. Siento un odio que desconozco. Odio el mundo y lo estoy odiando tanto que no creo que merezca la pena cambiar nada. Y este odio me brota de la boca y de la mandíbula, porque sigo apretando los dientes y ahora también me sangran los labios. Es doloroso y no me gusta. Y ahí viene otra vez el metro.

Por lo general el mundo me parece un lugar oscuro lleno de muerte. Un lugar deprimido y deprimente por el que pasamos más o menos de puntillas, sin hacer mucho ruido para no recordarle a los demás que nosotros también compartimos celda con ellos en esta existencia amarga con un final ya escrito. Eso es lo que me parece el mundo la mayor parte del tiempo, aunque luego, a veces, en pocas ocasiones, de repente se me antoja cálido y amable. Bueno. Bonito. Suave. Como una pequeña casa de madera con chimenea en mitad de un bosque frente a un lago helado. Una postal. Un mundo de postal. Y entonces recuerdo que se me ha traído aquí sin preguntar, sin pedir permiso. Y me molesta. Me duele y me jode y me siento engañado y siento que mucho antes de saber si quiero o no vivir en este mundo ya me vi obligado a hacerlo y a pertenecer a él.

Miro a la gente salir y entrar de sus respectivos vagones. Hay tanto idiota desinteresado. ¡Hay tanta mediocridad y falta de entendimiento! ¿Cómo no pueden darse cuenta? ¿Qué les hace andar tan alegremente, sin pena ni gloria, por una existencia tan mezquina y cruel? ¿Cómo no les jode como a mí me jode? ¿Les ayuda Dios a caso? Creo que ni Dios puede ayudarme ya.

Y arranca de nuevo el metro tras el cierre de puertas y al ponerse en marcha emite un pitido fuerte porque quizá el maquinista esté teniendo un buen día y quiera hacérnoslo saber a todos. Sigo

sentado en el andén sudando, con la mirada perdida, y los puños cerrados. El ruido del metro no me está relajando en absoluto. Aprieto los dientes, me muerdo los labios y creo que empiezo a llorar.

Oí decir a mi padre una vez que no puedes perder el interés por nada que no te haya interesado antes. Seguramente no lo dijo así, con estas palabras. Seguramente fue mucho más sencillo y brusco y soltó algún taco de por medio. Creo que hablaba de mi madre con un cliente suyo en la tienda. Creo que mi padre murió aborreciendo a mi madre, lo cual quiere decir que en algún momento mi madre le interesó un poco. Mi madre no ha perdido el interés por nada en su vida porque nada que no sea ella misma le importa una puta mierda. Quizá el día en el que se dé cuenta de que hay otras cosas interesantes por las que preocuparse, pierda el interés en sí misma, pero dudo mucho que eso pueda llegar a pasar. Cuando tienes la cabeza metida en tu propio culo con tanto ahínco y la has mantenido ahí metida durante tanto tiempo, no la vas a sacar aunque todo se pudra a tu alrededor. Más que nada porque ahí dentro ya huele a mierda y el olor a podrido de fuera probablemente ni te moleste.

Miro a lado y lado del andén. No hay nadie. Aprieto los dientes y siento miedo. Siento miedo y creo que estoy llorando, o es el sudor que chorrea desde mi frente a mis mejillas. Me cuesta respirar. Nunca antes me ha costado respirar así. Trago saliva y me sabe a hierro, a sangre. Tengo miedo y me siento un cobarde. Debo ser valiente, tener coraje.

A mi padre se le llenaba la boca de coraje cuando se cabreaba. Todo le daba coraje. Lo cual resulta curioso, puesto que el coraje es algo positivo. Supongo que cuando algo te da mucha rabia te llena de coraje y te lanzarías contra ese algo, objeto de tu ira, sin preocuparte por las consecuencias. Es una valentía estúpida pero útil. El coraje es una contradicción en los términos que lo definen, es una contradicción en sí mismo. Ya oigo el chirriar del metro y me pongo en pie y ando hacia el borde de la vía.

El coraje es un fuerte deseo de vivir en forma de una fuerte predisposición a morir. ¿Qué hay más contradictorio que eso? ¡Qué gilipollez! Amar tanto la vida que estés dispuesto a perderla. Lanzarte a los brazos de la muerte con coraje pensando que saldrás vivo de la contienda porque el mismo coraje que te llena de valor te ciega también y te vuelve gilipollas. El coraje es muy peligroso, ya que te anima a cometer locuras e igual vas y sobrevives y terminas

por convertirte en un héroe. En el precipitarte hacia el vacío con coraje hay una promesa de victoria, hay una convicción de supervivencia. El coraje premia la locura y eso convence a mucho imbécil que termina por matarse con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

Mi muerte no será valiente, ni heroica. Será triste y horrible. No habrá victoria ni promesas de paraíso. De hecho, no habrá paraíso alguno. Mi muerte será una muestra de la derrota que supone el vivir rodeado de gente y totalmente solo. Yo no tengo coraje. Estoy temblando, estoy sudando, estoy llorando y aprieto los dientes y los puños y me muerdo los labios y tengo miedo. Ya entra el metro al andén, doy un paso al frente y suena un pitido fuerte, largo, insistente.

Al final no soy yo el que va hacia la luz, la luz viene hacia mí.

Qué irónico.